
Martina
Leiva
¡VÁMONOS
de boda,
CARIÑO MÍO!

¡VÁMONOS *de boda*, CARIÑO MÍO!

Martina Leiva

Primera edición.
¡Vámonos de boda, cariño mío!
©Martina Leiva
©agosto, 2026
©Imágenes por Magnific y AdobeStock
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo

Capítulo 1

Libertad

Me encontraba en mi casa. Había tenido una semana cargada de trabajo y estaba terminando de arreglarme para salir de fiesta con mi hermana, que, además, era mi mejor amiga.

Mi nombre es Libertad. Sí, un nombre muy apropiado para ser organizadora de bodas, que era a lo que me dedicaba. Mi madre había elegido para nosotras dos nombres nada comunes, porque mi hermana se llama Alegría.

Entre el nacimiento de mi hermana y el mío tan solo había diez meses de diferencia y, como ambas nacimos en el mismo año —yo a principios y ella a finales—, siempre habíamos estado en la misma clase desde que empezamos el colegio.

Ahora me ayudaba en mi agencia de organización de eventos, pues yo me encargaba de las bodas y ella, de casi todo lo demás. También teníamos a Diego, al que apodábamos el comodín del público, ya que recurríamos a él para todo.

Hasta para ir de marcha, como era el caso de hoy. Ya estaba en mi casa esperándonos e impaciente, para no perder la costumbre, porque mi hermana siempre tardaba más de la cuenta, y no por coqueta, sino por lenta.

—No vuelvo a quedar nunca más con vosotras, que estamos perdiendo un tiempo precioso —dijo Diego, señalando el reloj.

—Chiquillo, ni que se fuera a mover el restaurante de sitio, si tan solo son las diez —le contestó mi hermana, mientras terminaba de pintarse los labios y cogía su bolso.

—La señora lo dice como si fueran las siete de la tarde, si es que… —respondí yo, negando con la cabeza.

—Eso mismo… A esta hora ya debería haber terminado de cenar y estar con una copa en mi sofá, como hago casi todos los sábados.

—¡Vamos! ¡Un planazo, señores, el que el muchacho tenía! —exclamó mi hermana, levantando los brazos.

Nosotras dos compramos una vivienda unifamiliar de dos plantas, pero la transformamos en dos viviendas completamente independientes. Ni siquiera entrábamos por la misma puerta, pues la mía estaba en la primera planta, subiendo por unas escaleras laterales, y la de ella se encontraba en la planta baja.

Por dentro eran absolutamente idénticas y contaban con dos habitaciones. La principal tenía baño en *suite*; en la segunda, mi hermana había puesto una habitación de invitados y, en mi casa, ese habitáculo estaba destinado a un despacho.

La cocina estaba abierta al salón y separada de este por una península en la que solía desayunar. Además, había un cuarto para la colada y otro baño completo al final del pasillo. Lo único que las diferenciaba era que, desde el salón de mi hermana, se podía salir directamente al jardín.

Si elegí la planta de arriba fue precisamente para evitar esto, porque a mí me daba pánico que cualquier desconocido pudiera entrar en casa por ahí. Ella era más valiente que yo.

En el jardín teníamos una zona de barbacoa, con una barra y neveras, donde pasábamos los fines de semana de verano y también los domingos de invierno en los que no llovía, porque el frío se podía soportar. Además, había una piscina en la que refrescarnos cuando llegaba el calor, que, por regla general, aparecía en cuanto pasaba la Feria.

Vivíamos en Sevilla, a las afueras, porque en el centro no podíamos tener nada más que un piso y a nosotras no nos gustaba nada esa idea. A mis padres, sin embargo, sí que les encantaba estar en todo el bullicio y, por eso, vivían en Triana, en la calle San Jacinto, para más detalles.

Ellos decían que era un lujo bajar de casa y encontrarse todo lo que necesitaban a un paso, desde tiendas de ropa y supermercados hasta un bar en el que tomarse una cervecita con una tapita, que era lo que más les gustaba del mundo a los dos.

Mi padre, Manuel, era empleado de banca. Llevaba allí desde que terminó de estudiar Contabilidad y trabajaba en una sucursal de un banco nacional que estaba justo frente al puente. Vamos, ni a dos minutos de su casa.

Mi madre, por el contrario, era profesora de primaria en un colegio del centro de Sevilla. Ella sí que tenía que coger el autobús para llegar a su trabajo, pero tampoco le importaba, porque decía que así salía de Triana.

Yo, para buscarles la lengua, siempre les decía que vivían en la República Independiente de Triana porque, aun siendo un barrio de Sevilla, se sentían como si vivieran en otra ciudad, y a mí eso siempre me había hecho mucha gracia.

Bueno, a lo que iba, que siempre me voy por los cerros de Úbeda. Salimos de mi casa y nos dirigimos a la parada de taxis que había en la esquina de nuestra urbanización, pues cuando salíamos no nos gustaba coger el coche por si nos tomábamos una copita.

Tomamos el primero de la fila y nos dirigimos hacia el centro porque, aunque queríamos vivir tranquilas a las afueras, tanto la oficina como los lugares a los que solíamos salir estaban en las zonas más concurridas de la ciudad.

Habíamos reservado en un restaurante situado en la azotea de un hotel junto a la catedral, desde donde teníamos unas vistas preciosas de Sevilla. Allí, al aire libre, cenaríamos de categoría, tanto por las viandas que servían como por el ambiente.

Nos sentamos en la mesa de siempre y pedimos un vinito blanco para abrir boca antes de que nos trajeran la comida que habíamos encargado.

—Tenemos que pensar en cogernos unos días de vacaciones para ir a la playa o algo —me dijo Diego.

—Sabes que yo no puedo, amigo. En esta época es cuando más trabajo tengo, pero podéis cogerlos vosotros, que, además, os corresponden.

—Si no vamos todos, no va ninguno, hermana. Tú lo sabes.

—Ya, pero es que vosotros tenéis derecho a ir a la playa, aunque yo no pueda.

—Esa manía que tiene todo el mundo de casarse en verano, con lo bonitas que son las bodas en enero…

—O en Navidad, y te ahorras una celebración.

—Claro, sería algo así como: «Cómase las uvas con nosotros en nuestra boda y así tendrá cotillón gratis».

Mi hermana, cuando dije eso, soltó el sorbo de vino que tenía en la boca como si fuera un aspersor, haciendo que cayera por toda la mesa, incluida la bandeja de almejas a la marinera que nos acababan de servir.

—No pasa nada. Un poquito más de vino para las almejas. Pensemos que estos marineros vienen contentos —dijo ella, mientras yo negaba con la cabeza.

—Amiga, eso que has dicho antes del cotillón gratis tampoco es así, porque no veas cómo se están poniendo ahora las bodas: que si el precio del cubierto, que si la ropa y, encima, el regalo —me aseguró Diego.

—Sí, pero la mayoría no pide el precio del cubierto. Eso ya depende de lo que cada persona quiera regalar —respondí.

Mientras nosotros estábamos hablando, mi hermana se estaba hartando de comer almejas. Tanto que, cuando nos dimos cuenta, tuvimos que pedir otra ración, ante las quejas de Diego, por supuesto.

—Es que ella no mira por nadie. Como tenga hambre, es mortalita —le dijo Diego.

—¿Qué quieres que haga? ¿Me espero hasta que terminéis el debate? Hijo, se pide otra ración y listo. Desde luego, no se puede ser más miseria que este tío —dijo mi hermana.

Yo ya no me sorprendía por ninguna de estas cosas, porque siempre era lo mismo: ella comía, él protestaba y, al final, daba igual, porque siempre era yo la que pagaba la cuenta. Así que avisé al camarero para que trajera otra ración y pasé de los dos.

Justo estábamos comiendo cuando mi hermana se fijó en un grupo de personas que había en una mesa al fondo de la terraza y me dio un codazo para que me fijara yo también.

—No veas cómo está ese del fondo, el de la chaqueta azul marino —me dijo.

—Sí que es guapo, pero mucho más guapo es el que se acaba de quitar la corbata —respondí.

—Ni que lo digas. Aunque están todos para darles un repasito, yo no le hacía ascos a ninguno, la verdad —dijo Diego.

Sí, nuestro amigo era gay y no sería la primera vez que nos levantaba a un hombre que nos gustaba. Tenía un carisma y una habilidad para ligar que ya quisiéramos para nosotras, aparte de que era guapísimo.

En un momento determinado, mi mirada se cruzó con la de ese hombre, que me regaló una sonrisa que me sonrojó por completo, porque no era una de esas inofensivas, sino de las que te calan el alma y te hacen pensar más de la cuenta.

Mi hermana se fijó y soltó una carcajada porque, aunque fuéramos las mejores amigas y las dos del mismo padre y la misma madre, éramos completamente diferentes en nuestra manera de ser.

Capítulo 2

Libertad

Después de terminar de cenar, nos trasladamos a otra zona de la misma azotea, ya que también contaba con un espacio donde tomar una copa y escuchar música de manera relajada, algunas veces en directo. Era un lugar que permitía disfrutar de la noche sin demasiados agobios.

Me encontraba en la barra pidiendo una copa cuando aquel hombre, el mismo que había cenado en la mesa del fondo, se situó a mi lado y volvió a mirarme de la misma manera.

—Hola, preciosa, ¿te puedo invitar a algo?

—Hola. No hace falta, gracias. Ya he pedido para mis amigos y para mí.

—No es que haga falta, es que a mí me apetece invitarte y, por extensión, también a tus amigos.

—Pues muchas gracias, entonces.

No permitió que pagara nada y me ayudó a llevar las copas. Después, se sentó con nosotros junto a un par de amigos que habían cenado con él.

—Por cierto, yo soy Rodrigo y ellos son mis amigos Víctor y Jaime —nos dijo, presentándose.

—Hola, guapos. Nosotros somos Alegría y Diego, y ella es mi hermana Libertad —le respondió mi hermana, con toda la poca vergüenza que tenía.

Nos levantamos para darnos dos besos. Bueno, yo no tuve necesidad de hacerlo porque, cuando iba a levantarme, los chicos se acercaron a mí y Rodrigo ya estaba sentado a mi lado.

—Vaya originalidad la de vuestra madre al poneros esos nombres —dijo Jaime, que era igual de descarado que mi hermana, quien no se quedó callada, ni mucho menos.

—Yo le pregunté cómo lo hizo y, aunque nunca me lo dijo, he sacado mis propias conclusiones.

—¿Y cuáles son esas conclusiones?

—Pues que cogió el libro de nombres que nunca le pondrías a tu hija y, según la página que le salió, eligió los nuestros.

—Y da gracias a la vida de que le salieran esos dos, porque, si le llegan a salir Eustaquia o Atanasia, más os habría valido que os pusieran un mote —dijo Víctor, que tampoco se quedaba atrás.

—Si a estas dos les ponen esos nombres viviendo en Sevilla, te puedo asegurar que serían *Marichochi* y *Mariculi*, porque no veas para pronunciar esos dos que has dicho —respondió Diego, haciéndonos reír a todos a carcajadas.

En un momento dado, Rodrigo me invitó a salir a bailar, pues estaban tocando una balada muy bonita y el grupo que actuaba aquella noche la estaba interpretando de una manera muy especial.

—Eres preciosa, Libertad. ¿Tienes pareja?

—Pues no, y tiene gracia, teniendo en cuenta a qué me dedico.

—¿Y a qué te dedicas?

—No vale reírse, ¿de acuerdo?

—Te lo prometo, aunque no debe de ser una profesión muy común, por lo que me dices.

—Bueno, tampoco es una profesión extraña. Lo curioso es que me llame Libertad, no tenga pareja y me dedique a organizar bodas.

Rodrigo soltó una carcajada que resonó por toda la terraza y me provocó una amplia sonrisa, algo que él agradeció, sobre todo después de haberme prometido que no lo haría. Pero es que era inevitable.

—Lo siento, lo siento. No tendría que haberme reído, pero es que es muy paradójico.

—Ni que lo digas. Si yo soy la primera persona que lo admite, sobre todo lo del nombre. Y tú, ¿a qué te dedicas, Rodrigo?

—Pues yo tengo un despacho de abogados y me va muy bien, dicho sea de paso.

—Eso es como que te toque la lotería, porque, tal y como está el trabajo… Yo también he tenido suerte y mi empresa va muy bien.

—¿Tan solo organizáis bodas?

—No, qué va. Mi empresa se dedica a la organización de todo tipo de eventos, pero yo, en concreto, he encontrado en las bodas mi forma de ganarme la vida.

—Es bueno saberlo. ¿Cómo se llama la empresa?

—«Libertad y Alegría», y nuestro lema es: «Con Libertad y Alegría, cualquier evento se puede organizar hoy en día».

Sí, lo sé, no podía ser más cutre ni más hortera, pero, cuando empezamos hace ya cuatro años, nos pareció lo más de lo más y, como nos había ido genial, ninguna de las dos quería cambiarlo. Era como nuestro amuleto de la suerte.

A Rodrigo no debió de parecerle nada de eso o, al menos, lo disimuló muchísimo, porque no dijo nada al respecto. Y eso, aunque acababa de conocerlo, me dijo mucho de su manera de ser: no era de los que juzgaban a los demás.

Ese hombre me gustaba, y mucho, pero no quería demostrarlo porque me daba una vergüenza horrible, como siempre me pasaba. No era yo de las que se acostaban con un chico la primera noche, pero, si me decía algo, me parecía que iba a hacer una excepción.

Terminamos de bailar aquella canción, pero nos resistíamos a volver a la mesa, donde estaban esos cuatro partidos de la risa. Tan solo ellos sabían de qué estaban hablando, pero debía de ser de lo más divertido.

Empezaron a tocar otra balada y, esta vez, dejamos la charla para otro momento. Rodrigo me puso la mano en la parte baja de la espalda y me pegó más a él. Yo lo permití, pues me apetecía muchísimo.

A mitad de la canción, viendo la tensión que se estaba formando entre nosotros, nos miramos a los ojos y empezamos a besarnos. No sé quién fue el que dio el primer paso hacia el otro, pero terminamos de esa guisa.

Cuando nos separamos, mi hermana me miraba como si me hubiera abducido un extraterrestre, como si no fuera yo y me hubieran cambiado por otra. Eso me hizo sonreír, porque no podía cerrar la boca.

—Libertad, me gustaría que pasaras la noche conmigo, sin más pretensiones que pasarlo bien.

—A mí también me gusta esa idea, entre otras cosas porque no nos conocemos lo suficiente como para aspirar a más.

—Claro, eso solo lo dirá el tiempo. Pero vayamos despacito.

—Bueno, tampoco hace falta ir tan despacio, teniendo en cuenta que vamos a empezar la casa por el tejado. No suelo acostarme con un hombre al que acabo de conocer, pero…

—Pues me alegro de que hayas decidido hacer una excepción conmigo.

—Eso mismo. Tú eres la excepción que confirma la regla.

Me acerqué a mi hermana y le dije que me marchaba, que ya nos veríamos al día siguiente para comer con nuestros padres, aunque nunca lo hacíamos en su casa, la verdad.

Los domingos eran día de reunión familiar a la hora de comer, pero mi madre, que decía que su cocina era muy pequeña —y no que detestaba cocinar—, siempre reservaba mesa en alguno de los restaurantes de la calle en la que vivían.

Salimos de allí con las manos entrelazadas y nos dirigimos a la recepción del hotel en el que estábamos. Por un momento pensé que nos marcharíamos a su casa, pero entendí por qué había elegido el hotel.

Si yo no estaba dispuesta a meter a un desconocido en mi casa, ¿por qué iba él a meter a una mujer que acababa de conocer en la suya? Sería aplicar la ley del embudo: la parte ancha, la permisiva, para mí y la estrecha, la restrictiva, para él. Y no sería justo.

Nada más atravesar la puerta de aquella habitación, se lanzó a mi boca como si no hubiera un mañana, haciendo que se me pusiera la piel de gallina al anticipar lo que me esperaba, que no iba a ser algo usual, ni mucho menos.

Sus manos recorrieron mi cuerpo en un instante, sin dejar un solo rincón por explorar, y me hicieron estremecer. Yo tampoco me corté, pues abrí su camisa con las manos, deseando ver aquel torso que se marcaba bajo la ropa.

En menos de cinco minutos, ambos estábamos en ropa interior, recorriéndonos con la mirada mientras avanzábamos hacia la cama entre besos y caricias.

Rodrigo me tumbó con mucha delicadeza y comenzó a besarme despacio, desde el cuello hasta el pecho, descendiendo poco a poco hasta mi monte de Venus.

Durante el recorrido se deshizo de mi sujetador y después hizo lo mismo con mis braguitas, sin prisa, pero sin pausa, provocando que el deseo aumentara poco a poco hasta hacerme estremecer al sentir su boca entre mis pliegues.

Después de llevarme al primer orgasmo, se puso un preservativo y me penetró con una intensidad que provocó que de mi boca escapara un gemido como nunca antes.

Tener sexo con Rodrigo fue una de las mejores experiencias de mi vida, os lo juro. Ningún otro hombre había conseguido hacerme temblar de aquella manera en la cama.

Lo hicimos varias veces, pues aquel hombre se recuperaba con una facilidad sorprendente, hasta que terminamos quedándonos dormidos. Al despertar, ya no estaba a mi lado y comprendí que aquello había acabado igual que empezó: demasiado deprisa.

Capítulo 3

Rodrigo

Desde que la había visto cenando en aquel restaurante, no había podido apartar los ojos de ella. Era como si un imán me atrajera hacia aquella mujer y no pensaba desaprovechar la oportunidad.

El resto de mis acompañantes decidió continuar la fiesta en otro lugar, pero mis inseparables amigos, Víctor y Jaime, se quedaron conmigo, pues hacía tiempo que no me veían interesado en una mujer.

La invité a una copa junto con sus acompañantes, la saqué a bailar y terminamos bailando en la cama de una de las habitaciones del mismo hotel en el que habíamos cenado.

Había pasado una noche estupenda, la mejor que recordaba en mucho tiempo, pues Libertad tenía una capacidad de entrega que rozaba lo increíble. Apenas tuve que esforzarme para que alcanzara los múltiples orgasmos que tuvo.

A las seis y media de la mañana, mientras ella continuaba completamente dormida, salí de la habitación. Era cierto que le había advertido que no esperara nada más que una noche de sexo, pero también me habría gustado despedirme de ella.

Sí, sé que podría haberla despertado, pero también me daba un poco de apuro hacerlo. ¿Qué iba a decirle? ¿Ha sido un placer? ¿Encantado de haber follado contigo? Era mejor marcharme sin decir nada.

Otro de los motivos por los que lo hice era que aquel día se celebraba la fiesta de compromiso de mi hermano Alonso en un cortijo que pertenecía a la familia de mi cuñada, donde ofrecerían una comida para todos los invitados.

No quería ni imaginarme la cantidad de personas que habría allí, porque los futuros suegros de mi hermano eran de esos que vivían pendientes del qué dirán y a los que el dinero, al igual que la altanería, les salía por los poros.

Todo lo contrario que mi cuñada, que era un encanto de mujer: sencilla, amable y a la que todo aquello le resultaba excesivo. Sin embargo, sus padres, apoyados por su prometido, la habían convencido de que era lo mejor.

Alonso también era abogado, aunque se ocupaba de asuntos distintos a los míos y trabajaba como socio en el despacho de su suegro.

Marta, por su parte, era psicóloga. Tenía su propia consulta y le iba muy bien, pese a que sus padres aseguraban que solo trabajaba para no aburrirse y que, a la larga, no obtendría grandes beneficios. Como el dinero no era un problema, consideraban que podía seguir ejerciendo hasta que fuera madre.

Llegué a casa, me di una ducha rápida y me arreglé. Después, cogí el coche para ir hasta el cortijo, que estaba a unas dos horas de Sevilla, para no llegar tarde.

Calculaba que estaría allí sobre las doce de la mañana y podría pasar un rato con la familia antes de que llegaran todos los invitados, además de tranquilizar un poquito a Marta, que estaría atacada de los nervios.

Nada más llegar, vi que habían contratado personal para servir la comida y hasta un hombre encargado de aparcar los coches. Bajo mi punto de vista, aquello era un derroche de dinero, cuando todos podíamos aparcar nuestros propios vehículos.

—Rodri, menos mal que llegas a tiempo, porque tu hermano necesita que lo ayudes —me dijo mi madre.

—¿Qué le ocurre?

—Pues que están grabando el vídeo y necesita que alguien vaya a ayudarlo a vestirse.

—¿Tiene ahora cinco años y no sabe atarse los cordones de los zapatos?

—No seas desagradable, Rodrigo, por favor. Es el vídeo que luego verá todo el mundo.

—¿Eso no se hace en las bodas? Digo, mientras se visten los novios y todo eso. Igual me estoy equivocando.

—La familia de Marta ha querido que la pedida también quede registrada en vídeo y, por eso, van a grabarlo todo, incluido el momento en el que se visten.

—Pues valiente chorrada…

Negué con la cabeza, pero me acerqué hasta donde estaba mi hermano vistiéndose. Aquello parecía la gala de los Oscar, la madre que los parió. No había más que fotógrafos y cámaras por todos lados.

—Chico, por un momento pensé que me había equivocado y que estaba aquí alojado Brad Pitt o alguien por el estilo.

—Me parece que soy algo más guapo que ese tipo.

—En eso te doy la razón. A guapo no te gana nadie.

—Serás cabronazo…

¿Sabéis el motivo por el que le dije eso? Pues muy sencillo. No es que yo sintiera una especial devoción por mi hermano, ni mucho menos, sino que éramos gemelos idénticos, así que, al llamarlo guapo a él, también me lo estaba diciendo a mí mismo.

Pero tan solo éramos idénticos físicamente, porque, en nuestra manera de ser y actuar, resultábamos completamente diferentes. Vamos, como si no fuéramos ni primos, mucho menos hermanos.

Yo me tomaba la vida con más ligereza, por decirlo de alguna manera. No, no era que me lo tomara todo a cachondeo, nada más lejos de mi forma de actuar, pero, cuando salía del trabajo, sabía desconectar.

Para que me entendáis, yo era de los que trabajaban para vivir, mientras que mi hermano vivía para trabajar. Además, Alonso era mucho más serio que yo y, para conseguir que se riera, tenía que suceder algo extraordinario.

Muchas veces me preguntaba qué había visto mi cuñada en él, hasta que un día se lo pregunté. Me respondió que con ella era completamente diferente: amable, romántico y detallista.

Nunca quise discutírselo, pues yo no estaba allí, entre ellos, para saber cómo era su relación, ni ganas tenía tampoco. Aparte de estar enamorado de ella, cosa de la que no dudaba, creo que también se había enamorado de su estatus.

Lo ayudé a vestirse mientras le hacían miles de fotos. Como ya sabía cómo funcionaba todo en aquella familia, me había puesto un traje azul marino, camisa blanca y corbata azul claro, con los complementos en marrón.

La pedida tuvo lugar antes de la comida, pues no tenía sentido empezar a celebrar antes de que se produjera. Mi hermano, como era habitual en él, había escogido un anillo que iba a provocarle a mi cuñada un esguince en el dedo, de lo ostentoso que era.

Pero vamos, yo calladito. Si a ella le gustaba, quién era yo para decir que era una horterada, mucho menos cuando me enteré de que había pertenecido a la abuela de Marta, por el valor sentimental que debía de tener para ella.

Cuando me acerqué a felicitarlos, mi cuñada me dio un abrazo tremendo que me sacó una sonrisa, aunque no pude quedarme callado.

—Martita, que te has confundido de persona. Tu prometido es el otro, el serio.

—Jamás podría confundirme, te lo aseguro.

—Ya, mujer, era una broma. Lleváis tanto tiempo juntos que debes de conocer hasta el último lunar de su cuerpo.

—Ay, no empieces, que sabes que me da vergüenza hablar de estas cosas.

—Vale, vale, me callo. Por cierto, ¿cómo vais a organizar la boda? ¿Ya tenéis fecha?

—Pues sí, queremos casarnos en la primavera del año que viene, pero todo depende de que haya disponibilidad en la capilla de los Marineros, que es donde queremos hacerlo.

—¿Vais a encargaros vosotros de todos los preparativos?

—¡Ni loca! Seguro que tu hermano, con el trabajo, acabaría dejándomelo todo a mí, y lidiar con los caprichos de mi madre vuelve majareta a cualquiera.

—Entonces, ¿contrataréis a alguien para que se encargue de todo?

—Contrataremos a una empresa. Es más, ya tenemos cita el próximo lunes. Bueno, tengo cita yo, porque tu hermano tiene una reunión y no podrá acompañarme.

—Lo siento, cuñada, pero mañana me marcho a Madrid para tratar un asunto con uno de mis clientes. Si no fuera por eso, te acompañaría yo mismo.

—Lo sé, Rodri, pero no te preocupes. Además, la empresa está cerca de mi consulta, así que no tardaré mucho en llegar.

No sé por qué, pero, de repente, la imagen de Libertad me vino a la mente. Recordé cómo se había sentido entre mis brazos y sus besos, pero tenía que quitármela de la cabeza, pues habíamos acordado que aquella noche no tendría más pretensiones que pasarlo bien.

Me obligué a volver al presente y nos sentamos a comer con Marta y sus padres. Mi madre estaba loca de contenta. Aunque no solía mostrar tanto entusiasmo, ver así a mi hermano bastaba para contagiarle su alegría.

Menos mal que la sobremesa dio paso pronto a las copas y al baile, porque ya me estaban volviendo loco con eso de que el próximo sería yo. En cuanto cada uno se entretuvo por su lado, aproveché para despedirme y largarme a casa con la excusa de que tenía que descansar para el viaje.

Capítulo 4

Libertad

Todavía no había terminado de cerrar la cancela de nuestra propiedad cuando vi a esos dos esperándome en el porche delantero de la casa de mi hermana.

Mientras mi hermana me miraba con una ceja levantada, a modo de interrogante, Diego lo hacía con una sonrisa en los labios. Ambos estaban deseando saber qué había sucedido unas horas antes.

—¿Me puedes explicar qué tenía ese hombre para que te hayas saltado tu primera norma? —me preguntó mi hermana.

—Hija, ¿qué va a tener? Una alegría entre las piernas, que pareces tonta —le dijo Diego, negando con la cabeza.

—Si solo fuera entre las piernas… —murmuré.

Se enteraron los dos y empezaron a reír.

Me cogieron cada uno por un brazo y me metieron a la fuerza en casa de mi hermana. Yo me reía a carcajadas y no podía dar ni un paso porque la risa no me dejaba, pero ellos seguían tirando de mí hacia el salón.

—¿Me podéis dejar un poquito en paz? —les pregunté.

—No, por lo menos hasta que nos cuentes todo lo que has hecho con ese adonis —dijo mi amigo.

—Lo siento, pero mis intimidades no las cuento.

—Hija, ni que te estuviéramos pidiendo detalles. Esos te los guardas para ti, que no queremos saberlos… —dijo mi hermana.

—Habla por ti, que yo sí quiero saberlo todo. Vamos, con el morbo que me da.

—Claro, claro, para que te metas en la ducha y te des cariño a mi costa.

—A tu costa no, guapa. En todo caso, a costa de tu adonis.

—No es mi adonis. Ni siquiera se ha despedido.

—No me digas que se ha marchado aprovechando que tú dormías —me dijo Diego.

—No tiene pinta de hacer eso, Dieguito.

—Pues eso mismo es lo que hizo, Ale, te lo aseguro. Cuando he abierto los ojos, ya no estaba. Fue como un espejismo.

—Liber, lo mismo tuvo que marcharse por alguna razón de peso —me dijo mi hermana.

La miré como si no me lo creyera mientras negaba con la cabeza. Mi hermana tenía unas ideas demasiado románticas y muy poco realistas, así que se lo expliqué todo para que lo entendiera.

—No, cariño, no ha sido por una razón de peso. Ha sido por algo de lo que hablamos antes de marcharnos.

—¿Perdona? No entiendo lo que quieres decir.

—Pues que, antes de decidirme a pasar la noche con él, hablamos de que tan solo sería eso: una noche de sexo sin más pretensiones.

—Entonces, todavía entiendo menos que te hayas acostado con él, mucho más en la primera cita.

—No ha sido una primera cita, Ale, sino un primer encuentro, porque ni siquiera la ha llevado a cenar —le explicó Diego, asintiendo con la cabeza.

—Exacto. Nos hemos conocido, me ha gustado y me he acostado con él. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada, cariño. Si es lo que querías y que se marchara de esa manera no te ha hecho daño, no hay nada de malo.

—Bueno, me voy a casa a ducharme y a cambiarme de ropa, que hoy nos toca comer con papá y mamá. Diego, ¿te vienes con nosotras?

—Pues sí, porque sé que a vuestros padres no les molesta y no me apetece comer solo. Además, yo también tengo que contaros lo que viví con Víctor en el baño.

—¿Te acostaste con él en el baño del restaurante? —pregunté, completamente asombrada.

—Bueno, acostarme no pude, pero digamos que hicimos trabajos manuales, además de comernos la boca como si no hubiera un mañana.

—Joder, y parecíais tontos cuando os compré. Al final, la única que no ha hecho nada he sido yo, que solo he hablado con Jaime y me he tomado una copa —dijo mi hermana.

Puso una carita que nosotros llamábamos la del gato con botas de la película *Shrek*, porque abría los ojos como si estuviera muerta de pena, y ambos soltamos una carcajada.

Diego nos contó que había entrado en el baño para hacer pis y que, cuando estaba a punto de salir, apareció Víctor. Este lo miró de arriba abajo y, sin mediar palabra, se lanzó a su boca, besándolo como si no hubiera un mañana.

Se metieron en uno de los cubículos con toda la intención de mantener relaciones sexuales, pero, justo cuando estaban a punto de hacerlo, alguien entró en el baño y les cortó el rollo.

—Hemos quedado para terminar lo que dejamos a medias, pero todavía no hemos concretado cuándo.

—Hijo, eso es como tener un tío en Jerez, que tiene uno, pero no lo ve —le dijo mi hermana.

—Chica, peor es lo tuyo. Con lo echada para delante que eres, te has pasado toda la noche como si estuvieras en ese programa de televisión en el que solo hay debates.

Mi hermana giró la cabeza como la niña del exorcista y se quedó con la boca abierta. Yo, en cambio, me doblaba de la risa en el sofá, con las lágrimas cayéndome por las mejillas.

Diego siempre tenía ropa de recambio tanto en mi casa como en la de mi hermana. Por eso, cogió sus cosas y subió conmigo para ducharse y cambiarse, dejando a Alegría con la boca abierta y sin poder articular palabra.

—Si mi hermana no se ha acostado con Jaime, ni siquiera lo ha intentado, es porque ese hombre le gusta mucho.

—Entonces, lo lógico sería que hubiera hecho lo contrario, ¿no?

—Para nada. Es así de difícil de entender, pero, después de tantos años a su lado, ya sé cómo funciona…

Le conté a Diego que, cuando un chico le gustaba mucho, no daba ni un paso. Era como si se quedara bloqueada y esperara a que él tomara la iniciativa.

Otra cosa era que solo quisiera pasar una noche con alguien. Entonces se convertía en la descarada de siempre y no paraba hasta conseguir lo que quería. Sí, sé que era difícil de entender, pero así era ella.

Salimos de mi casa ya duchados y cambiados de ropa y, por difícil que fuera de creer, Alegría también estaba lista y esperándonos para ir al restaurante en el que habíamos quedado con nuestros padres.

—¡Una raya en el agua y que no se borre! —dijo Diego.

—No siempre llego tarde. En el trabajo soy la primera en llegar, siempre.

—Ahí te tengo que dar la razón, pero, cuando no se trata de trabajo, siempre hay que esperarte.

—Eso no es cierto, y aquí está la prueba: llevo diez minutos esperándoos.

—Venga, dejad la charla, que mamá ya me ha llamado para decirme que están en el restaurante —les dije para que dejaran de discutir por una tontería como aquella.

Nos montamos en mi coche, pues mi hermana se negaba a conducir siempre que pudiera ir conmigo o con Diego, ya que no le gustaba nada. Solo lo cogía cuando tenía que hacer alguna visita relacionada con un evento y los demás estábamos ocupados.

Aparqué en la misma puerta porque, justo cuando llegamos, alguien sacaba su vehículo de allí. Eso era suerte y lo demás, un cuento, porque aparcar en Triana era más complicado que aprobar unas oposiciones a notaría, os lo prometo.

Entramos riendo y vimos que mis padres estaban sentados en la mesa de siempre. Ya habían colocado una silla más para Diego, como si supieran de antemano que vendría con nosotras.

—Hola, preciosa —le dijo Diego a mi madre.

—¿Cómo que preciosa? ¿Y a mí no me dices nada? —preguntó mi padre.

—Espera, joder, no seas impaciente. Que, si ella es preciosa, tú estás para mojar pan, pero, como ya estás casado y quiero mucho a tu mujer, no voy a intentar cambiarte de acera.

Mi madre soltó una carcajada mientras mi padre negaba con la cabeza, porque ya conocía a Diego y sabía que todo lo decía de broma. Los dos lo querían como a un hijo, sobre todo desde que su familia lo repudió por ser gay.

La comida transcurrió entre risas y bromas, especialmente por parte de mi madre, que le decía que cualquier día se liaba la manta a la cabeza y lo invitaba a hacer un trío con ella y con mi padre.

—Ese día lo marco en el calendario con fosforito, Macarena, te lo juro.

—Eso, eso, yo también lo voy a marcar, pero para poner una reunión ese día en el trabajo —le contestó mi padre.

—Te esperamos, no te preocupes —respondió Diego, convencido, y todos reímos a carcajadas.

Capítulo 5

Libertad

Vuelta al lunes y vuelta a la rutina, una que ya empezaba a pesarme un poquito. Y no porque no me gustara mi trabajo, sino porque hacía ya tanto calor que no era capaz de pensar con claridad.

Por suerte, el aire acondicionado de la oficina estaba a tope y allí se estaba de maravilla. El problema era el trayecto desde mi casa hasta el trabajo, pues el aire de mi coche no funcionaba y conducir así era asfixiante.

En cualquier otra ocasión, habría dejado mi coche en el taller y me habría llevado el de mi hermana, pero aquel día no podía hacerlo. Ella tenía que ir a un pueblo cercano para concretar los detalles de un cumpleaños y Diego estaba en otro punto de la ciudad organizando una cena de empresa.

Tenía una cita con una futura novia, Marta, y estaba esperando a que llegara, ya que me había avisado de que se retrasaría un poquito porque tenía una consulta de última hora.

Cuando hablamos por teléfono, me contó que era psicóloga, que llevaba cuatro años con su novio y que ya era hora de dar el siguiente paso. La pedida había sido en el cortijo familiar, pero ella no quería celebrar allí la boda para no repetir lugar.

Estaba repasando los datos que me había dado cuando entró en la oficina y supe que era ella por la sonrisa y el *anillaco* que llevaba en el dedo. Para mí era demasiado ostentoso, pero no sería yo quien cuestionara los gustos de nadie.

—Buenas tardes. ¿Eres Libertad?

—Buenas tardes, la misma. Y tú debes de ser Marta. ¿Me equivoco?

—Para nada. Buena observadora.

—Más que observadora, será mejor decir que soy organizada, porque todo me lo chiva la agenda. Pero, bueno, siéntate y explícame qué es lo que quieres para tu boda.

—Uy, es algo complicado, porque ni yo misma lo sé. Lo que sí tengo claro es que quiero casarme la próxima primavera y hacerlo en la capilla de los Marineros. De lo demás no tengo ni idea.

—Bueno, entonces vamos a empezar por llamar a la capilla para que nos digan qué días tienen libres, a ver si alguno se ajusta más o menos a la fecha que quieres.

—Eso sería perfecto —respondió con una sonrisa.

Cogí la agenda y busqué el teléfono de la capilla en cuestión. La teníamos a dos pasos, como quien dice, pero hacía tanto calor que preferí llamar, porque me derretiría por el camino.

Tuvo suerte, porque las listas de espera en iglesias de este tipo, con tanto tirón no solo entre los sevillanos, sino también entre mucha gente de fuera, solían ser interminables. Sin embargo, una novia había anulado su reserva por los problemas de salud de un familiar y había quedado libre el sábado veintiocho de mayo.

—No tenemos mucho donde elegir. Si quieres casarte la próxima primavera, solo nos dan la opción de ese día. Si no te gusta, podemos cambiar de año o de iglesia, porque todo lo demás está cogido.

—No, no, ese día es precioso. Haz la reserva, por favor.

Como todavía tenía al chico de la capilla al teléfono, hicimos la reserva inmediatamente y dejamos el asunto cerrado. Marta sabía que, una vez que empezara con los trámites, tenía que dejarme un depósito y no tuvo ningún problema en hacerme una transferencia en ese mismo momento.

—Vale, ya tenemos el día y la iglesia. Ahora nos toca pensar en el tipo de boda que quieres.

—Una cosa es el tipo de boda que quiero y otra muy diferente la que tengo que hacer.

—¿Perdona? Eres tú la que se casa y debes ser quien elija todos los detalles para no sentirte incómoda en el que se supone que será el mejor día de tu vida.

—Y lo haré, pero, si fuera por mí, me casaría con nuestras familias y poco más como invitados. Por desgracia, será una de esas bodas multitudinarias.

—¿Cuántos invitados, aproximadamente? Lo digo para mostrarte las diferentes opciones que tenemos para celebrar el banquete.

—Pues supongo que en torno a unas quinientas personas, más o menos.

—Chica, ¿vas a invitar a todo Sevilla?

—Menos a dos o tres que tienen un compromiso ese día.

Ambas soltamos una carcajada por la manera en la que lo había dicho. Esa mujer me caía estupendamente y solo esperaba que su futuro marido estuviera a su altura.

Anoté el número de invitados en la libreta que había cogido para los preparativos. Llamadme maniática, pero, cuando me contrataban para organizar una boda, elegía una personalizada para cada una. Así no me equivocaba nunca.

En la que había escogido para Marta aparecía una novia agarrando al novio por la corbata mientras él intentaba marcharse en dirección contraria, y a ella le hizo mucha gracia.

—Creo que, en mi caso, sería al revés. Alonso está como loco por casarse.

—¿Y tú no?

—Claro que sí, pero yo no necesito tanta ostentación para hacerlo. Si nos hubiéramos ido a cualquier ermita pequeña, en vaqueros y con tan solo dos testigos, me habría valido igual.

—Bueno, mujer, tendrás tu boda soñada y eso también es muy bonito.

—Pues sí, y contigo organizándolo todo, estoy segura de que será mucho más bonito todavía.

Era adorable, de verdad. Le enseñé los tipos de invitación entre los que podía elegir, aunque, si tenía otra cosa en mente, también podíamos mandarlas hacer.

—¿Tu prometido no quiere elegir nada?

—Mi prometido confía plenamente en mí. Además, con el trabajo, podrá acompañarme poco. Como mucho, vendré con mi cuñado, pero tampoco lo veo yo con muchas ganas, la verdad.

—Bueno, si sabes que podrás elegir lo que quieras sin que él se moleste, no hay problema.

—También vendrá mi madre, que coincide completamente con los gustos de mi prometido.

Eso no terminó de gustarme, porque estaba segura de que intentaría anular la opinión de la novia, pero, para conseguirlo, tendría que pasar por encima de mi cadáver.

No era la primera vez que alguien de la familia pretendía tumbar todas las decisiones de una novia, pero yo no lo permitía. Primero le preguntaba a ella y no dejaba que los demás dijeran nada hasta que hubiera expresado lo que quería.

Reducimos las opciones a tres, pero no quiso decidirse por ninguna hasta consultarlas con su pareja, y me pareció lo más lógico. Por eso, le envié un correo electrónico con las imágenes de las tres que habíamos seleccionado.

Le concerté una cita con la tienda de novias con la que trabajábamos, donde podía encontrar diseños de casi todas las firmas, y le dije que la iría informando sobre los diferentes espacios en los que podríamos celebrar el banquete.

—Libertad, ha sido un placer trabajar contigo. Te aseguro que me lo has puesto todo demasiado fácil.

—Tú sí que me lo has hecho muy sencillo, pero, antes de irte, déjame que te dé un consejo basado en mi experiencia.

—Por supuesto. Siempre será bueno escucharte; tú entiendes de esto más que yo.

—No dejes que nadie te apague la voz durante la organización de la boda. Siempre, en todas las ocasiones, te preguntaré primero a ti y no escucharé ninguna opinión antes de conocer la tuya. Si crees que esto puede suponer un problema, te aconsejo que lo hables con tus acompañantes.

—No habrá ningún problema, te lo aseguro.

—Entonces, nos vemos la semana que viene para mirar los lugares donde podríamos celebrar la boda. ¿Te viene bien quedar a la misma hora que hoy?

—A mí sí, pero entiendo que es la hora de comer y que igual a quien le viene mal es a ti.

—Por mí no te preocupes, porque no sería la primera vez que termino comiendo aquí.

—Entonces, nos vemos a la una. Gracias, Libertad.

—No hay de qué. Si tienes alguna duda, llámame y pregúntame lo que quieras, de verdad. En el correo electrónico que te he enviado tienes mi número de móvil.

Nos despedimos en la puerta y, cuando estaba a punto de cerrar para pedirme algo de comer, llegó mi madre con un táper y todo lo necesario para que comiera.

—Sabía que estabas aquí. Tu hermana me ha dicho que tenías una visita.

—Pues sí, acaba de marcharse y, viendo la hora que era, no iba a ir a casa para tener que volver enseguida. Habría pasado más tiempo en el camino que allí.

—Libertad, entiendo que tienes mucho trabajo, pero deberías ponerte un horario o terminarás enfermando.

—Ay, mamá, no seas dramática. Sabes que muchos de mis clientes no pueden venir en un horario normal por sus trabajos.

—Bueno, venga, ¿dónde comemos?

—Vamos al despacho, allí estaremos mejor.

Cerré la puerta con llave para que no nos molestara nadie y entramos en el despacho, ese que solo utilizábamos para comer o para llamar a alguien cuando había mucha gente en la oficina.

Comimos hablando de la última boda para la que me habían contratado, la de Marta, y mi madre, que me conocía mejor que nadie, me miró muy seria antes de hablar.

—Liber, no hagas lo de siempre, por favor. Esa chica, si es tal y como me has contado, no se merece pasarlo mal.

—Ya sabes cómo soy, mamá, y se lo he advertido. Tan solo escucharé su opinión. La de los demás me trae sin cuidado.

—Lo sabía, pero no puedes decirle eso y ponerla en un compromiso.

—No, mamá, no la estoy poniendo en ningún compromiso. Si sabe que las personas que la acompañan no están de acuerdo con sus decisiones, tendrá que encargarse de ponerlos a todos de acuerdo.

Mi madre soltó una carcajada por la manera en la que lo dije. Sabía que lo llevaría a cabo. No era de esas personas que hoy decían una cosa y mañana otra. Yo era consecuente con mis actos y eso era lo que había.

Cuando mi madre se marchó, ya tenía allí esperándome a otra de mis novias. Esta se casaba ese mismo fin de semana y estaba un poquito atacada de los nervios.

Teníamos que ir a su última prueba del vestido y concretar las flores que lucirían en el salón donde se celebraría el banquete, en pleno centro de Sevilla.

La boda tendría lugar en la iglesia del Salvador a las ocho de la tarde del sábado siguiente, y el banquete se celebraría en uno de los hoteles más bonitos de toda la ciudad.

Primero se serviría el cóctel de bienvenida en los jardines y, después, pasaríamos a una carpa con aire acondicionado que habíamos instalado junto a la piscina, donde tendría lugar la cena.

Tal y como había sucedido durante toda la organización, la suegra parecía ser la que se casaba y quería llevar la voz cantante en todo, intentando anular la opinión de la novia. Y yo no pude quedarme callada.

—Señora, ¿quién es la persona que se va a casar?

—Mi hijo, por supuesto.

—Ya, pero también su nuera. Supongo que, cuando usted se casó, nadie le dijo cómo tenía que ir vestida o qué era lo que le quedaba bien.

—Eran otros tiempos. Yo me casé con un vestido prestado que me quedaba grande porque mis padres no podían comprarme uno…

—Y, por eso, quiere que su nuera vaya vestida a su gusto, pero esto no funciona así. El vestido le queda precioso y, si ella quiere ir con los hombros al aire y no llevar velo, tiene que respetarla.

La mujer miró a su nuera y le pidió disculpas. Ella las aceptó y después me miró agradecida por mi intervención.

Capítulo 6

Libertad

Los últimos días habían pasado entre trabajo y más trabajo. El sábado, además, había tenido la boda en el Salvador, donde todo salió a pedir de boca. La novia fue como ella quiso, con los hombros al aire, y pudo utilizar un segundo vestido para el baile.

Al terminar la celebración, cuando me despedí de ellos, me dieron las gracias porque todo había ido como la seda, de principio a fin, con su mesa de dulces, su recena y cada detalle que habían planeado.

Sabía que mis honorarios no eran baratos, pero detrás había muchas horas de trabajo. Desde que contrataban mis servicios hasta el día de la boda, teníamos que invertir muchísimo tiempo para que todo saliera bien.

Ahora me tocaba ir hasta la tienda de novias con Marta, que ya me había avisado de que estaba de camino. Para ello, tenía que volver a coger el coche, porque se encontraba en uno de los parques empresariales de las afueras de la ciudad.

—¿Ya te marchas?

—Sí, he quedado con Marta en la nave de los vestidos de novia.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿No tienes nada que hacer?

—No, porque el cumpleaños ya está más que listo y, del otro, estoy esperando a que me diga la temática que quiere.

—Entonces, como Diego se queda aquí, vente y así me echas una mano con las fieras de las acompañantes.

Procurábamos que siempre hubiera alguien en la oficina y, cuando no era posible, desviábamos las llamadas del fijo a mi móvil de empresa para poder concertar las citas cuando les viniera bien a los clientes.

—El mártir de Diego, el que se tiene que quedar al frente de todo esto… —dijo nuestro amigo de manera dramática.

—No dudes de que, si pudiera, me cambiaba contigo, te lo aseguro, porque esa carretera tiene que estar echando fuego.

—Y menos mal que arreglaste el aire acondicionado, porque, si no, iba a ir contigo Rita la Cantaora —puntualizó mi hermana.

—Venga, que no quiero llegar tarde. Diego, si necesitas algo, ya sabes que estoy a golpe de teléfono.

—Un golpe sí que te daba yo, y no con el teléfono, precisamente.

—No vayas a empezar otra vez, Diego, por favor, te lo pido.

Diego hizo un gesto como si se pusiera una cremallera en la boca y nos sacó una sonrisa a las dos, porque mi amigo era así de dramático y de cualquier cosa hacía una telenovela.

Os explico a qué venía ese comentario. Había vuelto a tener contacto con Víctor y mantenían una especie de relación de amigos con derecho a roce. Además, había coincidido con Rodrigo y Jaime en alguna que otra salida que habían hecho juntos.

La primera vez que salió con ellos, vino corriendo a casa para decirnos que, en la siguiente, teníamos que ir los tres, pero yo me negué. Mi hermana sí había acudido a varios de esos encuentros en grupo y había intimado un poquito más con Jaime, aunque no habían llegado a tener nada más que un par de besos.

Entre los dos me habían vuelto loca para que fuera con ellos, pero no había accedido por una sencilla razón: ni una sola vez había preguntado por mí. Así que no tenía sentido que apareciera por allí como si estuviera desesperada por pasar otra noche con él.

También me arriesgaba a que me diera un corte, ya fuera diciéndome algo o marchándose con otra chica delante de mis narices, y eso sí que me iba a doler, y mucho. Por eso, mejor me quedaba en casita disfrutando de un baño nocturno en la piscina, que eran los mejores.

Sabía que, si mi hermana había accedido a venir conmigo, solo podía deberse a una de estas dos razones: o tenía que contarme algo que no quería que Diego supiera al mismo tiempo que yo, o estaban tramando algo entre los dos.

Por eso, en el momento en el que me subí al coche, antes incluso de arrancar, la miré esperando a que soltara lo que tenía que decirme.

—¿Me vas a decir ya lo que estás pensando o tengo que sacar la bola de cristal para saberlo?

—¿Qué dices de bola de cristal, loca? Ni que fueras tú una pitonisa ahora.

—Para adivinarlo, me refería.

—Liber, me gusta mucho Jaime.

—¿Cuál es el problema? ¿Acaso te ha dicho que no le gustas?

—No, más bien todo lo contrario, la verdad.

—¿Entonces? No entiendo cuál es el inconveniente que te tiene así.

—Que me da miedo apostarlo todo por él y que me rompa el corazón.

—Ay, chica, eso es inevitable, pero no puedes negarte a querer por miedo. ¿Y si sale bien?

—Entonces… ¿Crees que debo darle una oportunidad?

—Por supuesto que sí. No te niegues la oportunidad de ser feliz con un hombre.

—¿Y por qué no lo haces tú también?

—Porque no me ha llegado el hombre adecuado.

—Sabes que sí, que Rodrigo ha roto todas tus barreras…

—Pero no ha querido saber nada más de mí, por lo que no pienso perder el tiempo con él.

—Eso no es cierto, porque a mí me preguntó el primer día si tú ibas a aparecer en algún momento por donde estábamos nosotros.

—Claro, para salir corriendo antes de que llegara.

Solté una carcajada, no porque eso me hiciera ni pizca de gracia, que no me la hacía, sino porque mi hermana, como siempre, vivía en una comedia romántica cuando se trataba de hombres.

Aparqué delante de la nave al mismo tiempo que Marta, que venía acompañada por una mujer mayor, que supuse que sería su madre, y por otra algo más joven, que parecía un poco más amable y menos estirada.

—Buenas tardes, Marta. Ella es Alegría, mi hermana y socia en la empresa.

—Hola, Alegría, qué nombre más bonito, por favor. Ellas son mi madre, Amalia, y mi suegra, Gala. Ella es Libertad, mi organizadora de bodas.

—Vaya dos nombres más bonitos eligieron para vosotras. Bueno, os hacen justicia, porque sois preciosas —dijo Gala, dándonos dos besos.

—El suyo también es precioso —le dijo mi hermana.

—Bueno, vamos a dejarnos de halagos y tonterías, que, entre que esto está en el culo del mundo y que hace un calor del demonio, no vamos a perder más el tiempo —dijo Amalia.

No quise contestarle porque, si lo hacía, le iba a soltar una bordería y no tenía ganas de señalarme tan pronto, como diría mi madre. Por eso, miré a mi hermana y respiré hondo, contando hasta diez.

—Disculpa a mi madre, Libertad, está un tanto nerviosa con todo esto de la boda.

—No, cariño, no justifiques el comportamiento de los demás, sobre todo cuando no tiene justificación. Pero ya sabes lo que te he dicho, tan solo tendré en cuenta tu opinión.

—Y te lo agradezco, porque me hará falta. Tengo claro que mi suegra verá bien todo lo que haga, pero mi madre no me lo pondrá tan fácil.

—Entonces, ya sabes lo que tienes que hacer: ignorarla y tomar tus propias decisiones.

Entramos en la nave, que estaba repleta de vestidos de novia, y nos dirigimos a la chica de la recepción, que era la encargada de las citas y de asignarnos una comercial.

—Hola, Libe. ¿Una nueva novia?

—Hola, Julia, sí, aquí venimos a elegir vestido —le dije.

—Eso será si encontramos algo, porque no han podido elegir un lugar menos elegante para hacerlo —dijo Amalia con cara de asco.

Ahí sí que no pude callarme, porque no podía ni quería permitir que nadie tirara por tierra el trabajo de los demás.

—Señora Amalia, me va a perdonar, pero llevo muchos años trabajando con esta empresa. Han vestido a muchas de mis novias y ninguna ha tenido una sola queja.

—Mamá, por favor, no me avergüences. Aquí podemos encontrar todo tipo de vestidos.

—Vergüenza te dará decir que has comprado el vestido en una nave a las afueras, en vez de encargarle uno a un diseñador de renombre, como todos los que hay en el centro.

—Amalia, estás hablando del trabajo de estas chicas, que tienen muchos años de experiencia a sus espaldas. Déjalas trabajar —dijo Gala.

—Señora, yo no tengo ningún problema en romper el contrato de organización si usted cree que no estoy a la altura, pero, si continúo encargándome de la boda, no voy a consentir que se menosprecie mi trabajo ni una sola vez más.

—Mamá, por favor, no me hagas esto. Si no estás conforme, ahora mismo te llamo un taxi para que vuelvas a casa, pero no me boicotees más los preparativos, te lo ruego.

La señora agachó la cabeza, como si supiera que se había pasado con sus comentarios, y entró con nosotras y con la chica que iba a atendernos en la zona donde estaban todos los vestidos colgados.

—Lo primero que me tienes que decir es si tienes un diseñador o un diseño favorito —le dijo la chica a Marta.

—A mí me encantaría que fuera de Wedding —dijo su madre.

La chica, que estaba igual de acostumbrada que yo a que las madres metieran las narices en todo, no le hizo caso y esperó a que Marta dijera algo para saber a qué perchero dirigirla.

—La firma me da igual. Lo que tengo claro es que no quiero un vestido pomposo con el que parezca una mesa camilla ni tener que ir al gimnasio durante seis meses para poder con su peso.

—Entonces, vamos a ver este perchero, donde están los de corte sirena. Echa un vistazo. Vosotras también podéis elegir un vestido cada una con el que os gustaría verla, pero os aconsejo que sigáis sus indicaciones —dijo la chica.

Vi cómo Gala se dirigía a la misma zona en la que estaba mirando Marta, mientras que su madre se fue a elegir uno que, precisamente, llevaba todo lo que su hija no quería.

Marta la miró con pena, pues se veía que quería imponer su santa voluntad en todo, como si fuera ella la que se casaba. Por primera vez en mi vida, me imaginé eligiendo mi propio vestido de novia.

Rodrigo no salía de mi cabeza, pero no podía caer tan bajo como para ir a buscarlo, no cuando él no había demostrado que quisiera volver a tener contacto conmigo.

La cosa era muy sencilla: si hubiera querido, podría haberles pedido mi número tanto a mi hermana como a Diego. Y, si no quería hacerlo por el motivo que fuera, sabía el nombre de mi empresa. Con buscarla en internet habría dado conmigo a la primera.

Al final, Marta eligió dos vestidos que le llamaron la atención y que le iban a quedar perfectos, porque era muy pequeñita y delgadita. Gala escogió otro que era precioso y Amalia, por su parte, uno con el que parecería la muñeca de la tarta, pero con el pastel debajo, de lo pomposo que era.

Marta la miró como diciendo: «¿Qué parte de lo que he dicho que no quiero no has escuchado?». Pero le asentí con la cabeza, porque mi experiencia me decía que, cuanto más le rebatieras a una persona así, más insistiría.

Pasó al probador y el primero que se puso fue el que había elegido su madre. Cuando salió hasta donde estábamos nosotras y Amalia la vio, negó con la cabeza, pues parecía que el vestido la llevaba a ella en lugar de al contrario.

Al final, se quedó con el que había elegido Gala y que le quedaba precioso. Cuando se miró en el espejo, después de que la chica le improvisara un recogido y le colocara una tiara y el velo, empezó a llorar de la emoción.

Capítulo 7

Rodrigo

No podía sacarme a esa mujer de la cabeza, pero tampoco quería preguntar por ella ni a su hermana ni a su amigo, que estaba liado con Víctor, cada vez que coincidíamos con ellos.

Entre otras cosas, porque estaba viajando casi todas las semanas, como solía ocurrir cada año por esas fechas, ya que el despacho cerraba en agosto por vacaciones. Lo había tenido claro desde que lo abrí.

Yo no quería vivir para trabajar, sino todo lo contrario: quería trabajar para vivir, como creo que ya os he contado. Mi hermano y su futuro suegro eran todo lo contrario.

Como mucho, se cogían una semana de vacaciones cada uno; el resto del tiempo, tan solo iban de un caso a otro. Eso no era vivir, sino sobrevivir, y yo no quería eso ni para mí ni para ninguno de los míos.

Ese día había quedado para comer con ellos porque había llegado la noche anterior desde Madrid y salía al día siguiente hacia Barcelona; desde allí, iría a Valencia. Tenía que dejar cerrados todos los asuntos pendientes de ese mes para poder descansar en agosto.

—Menos mal que te vemos el pelo, chico —me dijo Jaime, dándome un abrazo.

—Eso digo yo, que casi tenemos que hacer un holograma para tenerte cerca —dijo Víctor.

—Ya sabéis cómo va este mes. Ando como pollo sin cabeza, por eso os he dicho de quedar para comer, porque, si no, me pasaría todo el mes sin veros.

—¿El fin de semana que viene tampoco estarás aquí? —preguntó Jaime.

—No, pero, bueno, ya solo me quedan estas tres visitas y cojo vacaciones. ¿Por qué me lo dices?

—Porque Alegría dijo de hacer una barbacoa y pasar el día en la piscina de su casa para que te apuntaras.

—Pues tendrá que ser otro día, aunque tampoco creo que a su hermana le guste que yo acuda a ese evento.

—¿Por qué? Libertad no es un ogro. Además, es de lo más agradable.

—¿La habéis visto?

—Yo no, pero Jaime sí que la ha visto un par de veces, cuando ha ido a buscar a Alegría al trabajo —dijo Víctor.

—¿Es cierto eso? ¿Cómo se encuentra?

—Pues sí, es cierto. Me parece una persona encantadora, simpática y divertida, y está volcada en el trabajo.

—Otra como mi hermano, que no encuentra el momento para divertirse.

—Claro que lo encuentra, pero, si sale con su hermana y su amigo y vamos nosotros, la pobre se queda sola. Por eso prefiere quedarse en casa.

—Trabajando, como si lo viera.

—No, disfrutando de baños nocturnos en su piscina.

Dios mío, me la imaginé allí, en bikini, con el agua chorreando por su cuerpo, y no pude evitar ponerme duro como el cemento armado, hasta el punto de sentirme incómodo en la silla.

—Rodri, ¿por qué no la llamas y cenas con ella antes de marcharte de nuevo?

—Pues porque me marcho mañana, entre otras cosas.

—Si no te atreves a hacerlo tú, puedo llamar a Alegría y podemos quedar todos en su casa. Así tendrás la oportunidad de verla y aclarar tus sentimientos.

—No tengo nada que aclarar, Jaime, pero me parece una buena idea para charlar un rato con ella.

Jaime se levantó de la mesa en la que estábamos comiendo y llamó a su chica, que le dijo que podíamos ir cuando quisiéramos, puesto que ya estaban en casa y no iban a moverse de allí.

Le pidió, por favor, que no le dijera a su hermana que yo iba a ir, para que no tuviera la oportunidad de marcharse y dejarme allí plantado. Ella le respondió que no había ningún problema y que llamáramos primero a la puerta de su casa.

—Tendré que ir primero a mi casa a cambiarme. No quiero ir así, como si fuera a una reunión.

—Me parece perfecto. Así yo también cojo algo de ropa, que acabo de salir de trabajar.

—Venga, yo pago, que hace mucho que no lo hago, y nos marchamos a mi casa.

Pagué la cuenta y nos encaminamos hacia mi casa, que no estaba demasiado lejos de donde habíamos comido, a pesar de que no se encontraba en el centro. Vivía en un ático en el paseo de Colón, con unas vistas preciosas al río y una terraza con *jacuzzi*.

Jaime no necesitaba nada, puesto que vivía en el mismo edificio que yo, una planta más abajo. Por eso, mientras nosotros subíamos a mi ático, él se quedó en el suyo, esperando a que bajáramos a buscarlo.

Me di una ducha rápida porque, con el calor que hacía, no es que hubiera sudado: es que, en vez de dos axilas, tenía dos fuentes, y no me gustaba nada eso.

Fui hasta mi vestidor mientras Víctor se daba una ducha en el baño del pasillo. Elegí un bañador, una camiseta y unas zapatillas de esparto, porque con chanclas no se podía conducir. En ese momento entró mi amigo.

—Coge lo que te dé la gana, ahí tienes de todo.

—Me pondría un bañador «marcapaquetes» para poner a tono a Diego, pero, como no quiero dar el espectáculo, me pondré este, que es muy bonito.

Terminamos de vestirnos y bajamos a buscar a Jaime, que ya nos esperaba en el rellano. Había salido al oír cerrarse la puerta de mi casa y había elegido el mismo atuendo que nosotros.

Bajamos hasta el garaje, pues habíamos decidido que iríamos en mi coche porque era mucho más probable que ellos dos acabaran quedándose con sus parejas. Así, yo no tendría que volverme en taxi.

La urbanización en la que vivían las chicas era preciosa. Nunca había estado allí, pero no esperaba que las dos vivieran en la misma parcela y que hubieran convertido un chalé unifamiliar en dos casas completamente independientes.

Jaime avisó a su chica de que estábamos llegando y ella nos esperaba en la puerta exterior, junto a la verja. Nos abrió para que entrara con el coche y me indicó dónde debía aparcar.

El jardín era precioso y mucho más bonito por dentro de lo que se podía apreciar desde fuera. Alegría nos pidió que guardáramos silencio porque su hermana estaba en las hamacas de la parte trasera y quería que mi llegada fuera una sorpresa.

Os prometo que me puse nervioso, como si tuviera quince años y fuera a hacerme el encontradizo con la chica que me gustaba, sin saber si le sentaría bien o mal que hubiera ido a buscarla.

Rodeamos la casa y la vi. Llevaba un bikini blanco que hacía resaltar el tono de su piel, tenía el pelo recogido en un moño deshecho y estaba tumbada en la hamaca, a la sombra, como si estuviera descansando.

Llegué hasta ella, tomé una gran bocanada de aire y me senté a su lado, esperando a que asimilara mi presencia antes de hablar para no darle un susto, pero no me salió bien la jugada.

—Me cago en la leche —murmuró.

—Yo también me alegro de verte.

—Hombre, si hubieras querido verme, creo yo que lo habrías tenido fácil.

—Sí, podría haberte buscado en cualquier ocasión, pero también te digo que he estado muy ocupado con asuntos que requerían mi atención.

—Sí, claro. Ni que fueras ministro ahora.

—Si fuera ministro, te aseguro que estaría rascándome los huevos mucho más de lo que lo hago ahora.

—Si tú lo dices… Bueno, creo que voy a irme a mi casa y así estaréis más a gusto.

—No te vayas, por favor. Tengo que pedirte disculpas por la manera en que me marché y por no haber vuelto a dar señales de vida.

—Disculpas aceptadas, aunque, antes de pasar aquella noche juntos, ambos habíamos acordado que sería solo sexo, así que no tenías por qué despedirte.

Que hubiera dicho aquello del sexo me dolió como si me hubieran arrancado el corazón y hubieran jugado al fútbol con él, a pesar de que había sido yo quien había dicho aquello; sin embargo, ya no era lo que pensaba.

Se me quedó mirando, como si no supiera qué hacer: quedarse y pasar el día conmigo o marcharse a su casa y matar a su hermana por la encerrona.

Finalmente, asintió con la cabeza, pero no permaneció a mi lado, sino que se tiró a la piscina, literalmente, como si también ella hubiera sentido el calor que se había apoderado de mí en cuanto la vi. Yo tampoco me quedé allí: me quité la camiseta e hice lo mismo que ella, saltar al agua.

Capítulo 8

Libertad

Estaba de lo más tranquila en mi hamaca, pues mi hermana y Diego se encontraban dentro, preparando comida como si fuera a venir toda la urbanización a comer a casa.

No dije nada porque no era la primera vez que ocurría y, después, no quedaban ni las migas. Era cierto que nos encantaba comer y no éramos de los que contaban las calorías, porque nuestra constitución nos lo permitía.

Pero la comida no era lo único que esos dos estaban tramando, y lo supe en el momento en el que noté que alguien se sentaba en la hamaca en la que yo descansaba, porque la tarde anterior había tenido una boda de esas que dejan muchos dolores de cabeza.

—Me cago en la leche —murmuré.

—Yo también me alegro de verte.

Sí, tal y como pensáis, era Rodrigo, que había venido con sus amigos, cosa que mi hermana me había ocultado y por la que se llevaría un rapapolvo de los buenos en cuanto nos quedáramos a solas.

Estamos de acuerdo en que el jardín era tan suyo como mío y que podía invitar a quien le saliera de las narices, pero no hacerme una encerrona como aquella, porque así era como me sentía.

Verlo allí, en bañador, pidiéndome que no me marchara y que le diera la oportunidad de disculparse, hizo que la sangre me hirviera de tal manera que ni siquiera pude articular palabra. Asentí con la cabeza y me lancé a la piscina.

Lejos de quedarse con sus amigos y darme un poquito de espacio para recomponerme, se lanzó detrás de mí y salió justo delante de mi cuerpo, dejando muy poco espacio entre los dos.

El agua cayéndole por el pecho, el pelo mojado y completamente despeinado y esas pestañas que, si fuera mujer, le ahorrarían una fortuna en máscara, hicieron que me entraran unas ganas enormes de besarlo.

No sé si supo leerme a la perfección o si deseaba lo mismo que yo, pero, antes de que pudiéramos darnos cuenta, estábamos comiéndonos la boca como si no hubiera un mañana.

—Joder, Libertad, me vuelves loco.

—No digas cosas que no sientes.

—Tú sí que vas a sentir todo lo que pienso hacerte esta misma noche, si es que me dejas.

Posó las manos en mi trasero, amasándolo y haciendo que rodeara su cintura con las piernas, mientras no dejábamos de besarnos. Os prometo que, si no hubiera sido porque estaban nuestros amigos allí, habría dejado que me hiciera el amor en ese mismo momento.

—Estos dos no han perdido el tiempo —dijo Diego.

—Ni que lo digas. Lo que no entiendo es por qué no se han visto antes —dijo mi hermana.

—Por sus ocupaciones, si casi ni nosotros lo hemos visto —respondió Jaime.

Escuchábamos todos esos comentarios de fondo, pero era como si nada de aquello fuera con nosotros, como si estuvieran hablando de otras personas. Nos dio exactamente lo mismo, pues seguimos a lo nuestro.

—En cuanto terminemos de cenar, te prometo que te secuestro y no voy a dejarte tranquila hasta que tenga que marcharme.

—¿También te vas a ir sin despedirte?

—Si estás dormida, por supuesto que lo haré.

—Pues nada, procuraré estar despierta cuando lo hagas.

—Yo te mantendré despierta, no te preocupes.

Me contó que tenía varios asuntos que tratar y estaría fuera de la ciudad hasta la semana siguiente, cuando cogería vacaciones y volvería a casa, aunque a mediados de mes se marcharía de viaje a algún destino de playa.

Estaba hablando con él, ya fuera de la piscina, cuando sonó mi teléfono. Supe que debía de ser algo importante, porque nadie se atrevería a llamarme al móvil del trabajo durante el fin de semana si no fuera necesario.

—Disculpadme, me llaman del trabajo.

—¿No puedes dejar de trabajar ni siquiera en fin de semana?

—Sí que lo hago, pero tiene que ser algo importante o no me llamarían.

Me aparté de donde estaban todos para hablar con tranquilidad y conseguir que la persona que me llamaba se sintiera atendida y respetada, algo que para mí era muy importante.

—Libertad, perdona que te moleste un domingo a estas horas, pero necesito hablar contigo.

—Hola, Marta. Tú dirás, ¿en qué puedo ayudarte?

—Necesito adelantar la boda a la segunda semana de agosto, por favor.

—¿Perdona? Creo que no te he oído bien.

—Sí, me has oído perfectamente, pero es una cuestión de vida o muerte.

—Marta, para eso tan solo quedan tres semanas. Es técnicamente imposible.

—Por favor, te lo ruego. Me he enterado esta mañana de que estoy embarazada y no quiero que el bebé nazca fuera del matrimonio.

—Eso, hoy en día, no tiene ninguna importancia, Marta. No estamos en el siglo XIX.

—Lo dices porque no eres la hija de mis padres. Son capaces de no dejarme salir de casa o de obligarme a casarme de cualquier manera.

—Está bien, te espero mañana a primera hora en mi oficina. Haremos las llamadas necesarias y veremos qué podemos hacer. ¿Hay algún motivo por el que tenga que ser el segundo fin de semana de agosto y no el primero o el tercero?

—Porque quiero que esté mi cuñado y seguro que ese fin de semana ya estará de vacaciones. Además, mi prometido podría tomarse libre la semana siguiente para nuestra luna de miel.

—No te prometo nada, pero haré todo lo posible para que así sea.

—Gracias, Libertad. Si consigues que esté todo listo para esa fecha, te prometo que te pagaré el doble.

—No voy a cobrarte el doble, Marta. Te cobraré exactamente lo mismo. Lo bueno es que el vestido no necesitaba ningún arreglo y podríamos ir a recogerlo mañana mismo.

—Por favor, no sabes lo que esto significa para mí. Ni siquiera se lo he dicho todavía a mi novio, no hasta que todo esté listo para ese día.

—Está bien, lo intentaré. Mejor te veo mañana a última hora de la mañana y así ya podré darte las diferentes opciones, si es que tenemos algo donde elegir.

Corté la llamada y volví hasta donde estaban todos, con la cabeza hirviendo y dándole vueltas a la conversación que acababa de tener con Marta y a la manera de conseguir que se cumplieran sus sueños, porque se lo merecía.

Mi hermana, que ya me conocía, vino a preguntarme qué había pasado para que me llamaran un domingo y a esas horas. Por la cara que llevaba, sabía que tenía que ser algo complicado.

—Era la novia a la que acompañamos el otro día a elegir el vestido.

—¿La que tenía la madre tan sumamente desagradable?

—Esa misma…

—Como si lo viera, quiere anular el contrato por culpa de esa mujer.

—No, todo lo contrario. Quiere adelantar la boda a dentro de tres semanas. Al parecer, está embarazada y, sabiendo cómo es su querida madre, no quiere que el bebé nazca fuera del matrimonio.

—Si yo tuviera esa madre, tampoco querría, que es capaz de hacerle un exorcismo al niño o de darlo en adopción para que nadie hablara.

—Joder, la estáis pintando como si esa mujer fuera un ogro —dijo Rodrigo.

—No, es mucho peor que eso. Es controladora, maleducada y quiere imponer su santa voluntad en todo momento —le contesté.

—Uf, esa es la definición de suegra en toda regla. Pobrecito el hombre al que le haya tocado —dijo Jaime, riendo.

—No, pobrecita de la novia, porque dice que su prometido es igual de recto que su madre.

—Vamos, que va a salir de Guatemala y se va a meter en Guatepeor —dijo Diego.

—Espero que no, porque esa chica es encantadora, además de preciosa y muy amable —contesté.

—Era una muñequita vestida de novia y tenía una ilusión enorme —añadió mi hermana.

—¿No conoces todavía al novio? —preguntó Víctor.

—Pues no. El trabajo le ha impedido tomar ninguna decisión sobre la boda y las poquitas en las que ha participado se han limitado a elegir entre las distintas opciones que ella le ha llevado.

—Yo pienso que eso es cosa de dos y que, si has decidido casarte con una mujer, es para implicarte igual que ella. Si no, da la sensación de que no te hace ilusión —dijo Rodrigo.

—Os sorprenderíais de la cantidad de bodas en las que todo lo decide la novia y, cuando llega el momento, ellos se dedican a poner pegas por todo —dije.

Les conté lo que había pasado en la última boda que había organizado, donde todo había sido supervisado por la novia hasta que el novio llegó a la iglesia y empezó a decir que aquellas flores no le gustaban, que la música elegida no iba con él…

—Hasta que lo corté y le dije que, como siguiera actuando así, yo misma me encargaría de quitarlo todo y se iba a tener que casar poniendo Spotify en el móvil.

Capítulo 9

Rodrigo

Estaba sentada junto a nosotros, pero su cabeza seguía en el trabajo, intentando encontrar una solución para aquella chica a la que su madre tenía presionada y que, según ellas, no merecía pasar por todo aquello.

Por eso me acerqué a ella para susurrarle al oído y ver su reacción, porque me moría por tenerla para mí solo, recrearme en su cuerpo y conseguir que se olvidara del trabajo de una puñetera vez.

—Te veo muy tensa y tengo la manera perfecta de hacer que te olvides del trabajo por un buen rato.

—No sé si será una buena idea…

—Yo tampoco, pero, después del beso que nos hemos dado en la piscina, es algo que deseamos los dos y en la misma medida.

—¿Sabes qué? Tienes razón y, por una vez en mi vida, voy a hacer lo que quiero, no lo que se espera que haga.

Libertad se levantó de la silla y me tendió la mano para que la siguiera. No dudé en tomarla y hacer lo mismo que ella, y nos detuvimos al pie de la escalera que llevaba hasta su casa.

—Chicos, que paséis buena noche. Nos vemos mañana —les dijo a todos nuestros amigos.

—Creo que vamos a pasarlo igual que tú, ni más ni menos —le respondió Diego.

—Pues procura dormir un poquito, porque mañana nos espera un día frenético. Entre otras cosas, vas a tener que ocuparte, junto a mi hermana, de todo lo que hay agendado para ese día.

—¿No piensas salir de esa habitación en todo el día? ¿Tan cansada te va a dejar tu hombre?

—En primer lugar, no es mi hombre y, en segundo, por muy cansada que esté, no tendré más remedio que levantarme. Tengo mucho que organizar.

La conversación continuó mientras subíamos las escaleras y, en cuanto abrió la puerta y entramos en su casa, mi principal misión fue hacerle entender que sí era su hombre, al igual que ella era mi mujer, sin discusión.

La pegué contra la puerta y la besé, pero no lo hice de manera dulce ni la traté como si fuera una muñequita que pudiera partirse por la mitad. Lo hice de manera hambrienta, como si entre sus labios estuviera el secreto de la eterna juventud y quisiera bebérmelo entero.

Iba solo con el bikini puesto, así que lo tuve fácil. Solté los lazos del cuello y de la espalda, haciendo que la parte superior cayera al suelo y dejara sus pechos al descubierto, con los que me di un festín.

—Dios, Libertad, eres perfecta. Me gustas tanto…

—No digas mentiras, por favor. No te hacen falta; ya me tienes donde querías.

—Donde ambos queríamos estar, no te confundas.

—Está bien, tienes razón, pero deja la charla para más tarde. Ahora ve a lo que tienes que ir.

Solté una carcajada, la cogí en brazos y le pedí que me dijera dónde estaba su habitación, porque no pensaba perder más tiempo con tonterías cuando lo que realmente quería era estar dentro de ella y hacerla gritar de placer.

La dejé de pie delante de la cama, me arrodillé ante ella y me deshice de la braguita del bikini, dejándola completamente desnuda frente a mí. Me relamí los labios porque me encantaba ver lo mojada que estaba y pensaba bebérmelo absolutamente todo.

Levanté una de sus piernas y la apoyé sobre la cama, dándome pleno acceso a su sexo. Lo lamí de arriba abajo, haciendo que soltara un grito por el placer que estaba sintiendo, para después succionar su botón del placer y hacer círculos con la lengua sobre él hasta que alcanzó el primer orgasmo.

Las piernas le temblaban y, menos mal que la tenía sujeta por la cintura porque, de no ser así, tenía claro que habría terminado en el suelo y no me lo habría perdonado nunca.

Se sentó en la cama porque ya no podía aguantar un minuto más de pie después de lo intenso que había sido aquel orgasmo. Aun así, no dejé que se recuperara demasiado, pues me quité el bañador y quedé desnudo frente a ella.

Se había recostado un poco y, al verme así, se incorporó. Me miró a los ojos y cogió mi miembro con una mano, acariciándolo de arriba abajo, hasta que se acercó y recorrió toda su longitud con la punta de la lengua.

Sentir aquel contacto desde la base hasta el glande fue una de las mejores sensaciones que había experimentado en mi vida. Eso sin contar cómo se lo metió en la boca, jugueteó con la punta y succionó hasta casi conseguir que me corriera, aunque no era allí donde quería terminar.

—Para, preciosa, o terminaré antes de empezar. Eso lo dejaremos para más tarde, cuando ya me haya saciado de penetrarte.

—Hazlo ya, no aguanto más.

Y eso hice. La recosté sobre la cama, le levanté las piernas hasta ponerlas sobre mis hombros y la penetré con una estocada dura y profunda, moviéndome dentro de ella hasta que el placer volvió a atravesarla.

Después fui yo quien se sentó en la cama y la coloqué a horcajadas sobre mi regazo, con los pies apoyados en el suelo y mi miembro a la entrada de su vagina.

Fue ella quien lo guio hasta la entrada de su sexo y después se dejó caer sobre él, recibiéndome hasta el fondo. Impulsándose con las piernas, empezó a subir y bajar sobre mí, buscando su propio placer y, por consiguiente, provocando también el mío.

Alcanzamos el siguiente orgasmo al unísono: ella, con un grito que me excitó muchísimo; yo, con un gruñido que nació de lo más profundo de mi interior. Tengo que reconocer que acostarme con ella había sido la mejor experiencia sexual de mi vida, y eso era motivo suficiente para querer más de aquello que teníamos.

No se lo dije. Me contuve, pues prefería hacerlo cuando estuviera de vacaciones y pudiéramos pasar más tiempo juntos, conocernos mejor y no solo en el plano íntimo.

Estuvimos casi toda la noche entregándonos el uno al otro, en la cama, contra la pared y en la ducha, hasta que el reloj marcó las seis de la mañana, hora a la que tuve que abandonar su casa, su cama y su cuerpo.

—Libertad, me tengo que marchar.

—Está bien, te acompaño a la puerta. Yo también voy a darme una ducha y a empezar a trabajar.

—Descansa un poco, que no has dormido nada.

—Ni tú, y tampoco vas a hacerlo. Ahora, con una ducha y dos buenos cafés, soy capaz de organizar diez bodas a la vez.

—Pues qué suerte, porque yo, después de una reunión, termino completamente agotado.

Nos despedimos en la puerta de su casa y no pude evitar darle un beso en los labios, como si quisiera decirle que aquello no terminaba allí, aunque no sabía si ella estaba de acuerdo.

Cogí el coche, pues tenía que pasar por casa para cambiarme de ropa antes de dirigirme al aeropuerto. Mi avión salía a las ocho de la mañana y llevaba el tiempo justo.

Solo esperaba poder dejarlo todo resuelto antes del fin de semana, cuando tendría que viajar a Valencia para cerrar el asunto y, después, cogerme las vacaciones.

Durante el vuelo pensé en ella, en la expresión de su cara mientras practicábamos sexo, en cómo se entregaba y en la manera en que gemía, y no pude evitar volver a ponerme duro.

En el asiento de al lado iba una chica que no paraba de mirarme mientras se relamía los labios, como si estuviera insinuándose. En otra ocasión no habría dudado en decirle que me esperara en el baño para saciar mis ganas, pero ahora no me salía.

En cuanto el avión aterrizó y nos permitieron bajar, fui uno de los primeros en salir. Por suerte, no tenía que esperar el equipaje, puesto que solo llevaba una maleta de mano en la cabina, así que pude dirigirme directamente a la parada de taxis para ir al hotel.

La reunión sería durante un almuerzo de trabajo y, como apenas eran las diez y media de la mañana, me daba tiempo a descansar un rato antes de reunirme con ellos.

Sin cambiarme siquiera y después de quitarme únicamente los zapatos, me dejé caer sobre la cama y puse la alarma a la una. Habíamos quedado a las dos y media en un restaurante cercano al hotel en el que me hospedaba, así que tendría tiempo de ducharme y vestirme para presentarme en condiciones.

Capítulo 10

Libertad

En cuanto Rodrigo se marchó de mi casa, me metí en la ducha y me preparé un café y unas tostadas. Cogí el portátil y lo encendí, pues tenía que buscar un lugar donde celebrar la boda de Marta, que estuviera disponible para esa fecha y tuviera capacidad para unas cuatrocientas personas.

Sabía que aquella boda iba a darme más de un dolor de cabeza por lo precipitado de todo, porque la querida mamá no me lo iba a poner fácil y porque algo me decía que aquello traería alguna sorpresa.

En cuanto dieron las ocho de la mañana, ya estaba entrando en el local, con un montón de cosas anotadas que tenía pendientes de confirmar y otras que ya había tramitado, como lo del vestido.

Antes de salir de casa, había llamado a Susana, una antigua compañera del colegio. Bueno, en realidad, la propietaria de la tienda era su madre, pero ella estaba al frente del negocio desde que cayó enferma.

—Susana, te necesito.

—Uy, eso significa problemas y tengo el cupo lleno. Pero dime, ¿qué te ocurre?

—Una de mis novias fue a probarse un vestido que, en principio, no necesita ningún arreglo, pero hemos tenido que adelantar la boda y necesito tenerlo listo dentro de tres semanas.

—Bueno, eso de que no necesita arreglos será en el momento de elegirlo. Sabes que después siempre hay que hacerle alguno, sí o sí.

—Por favor, o va a tener que presentarse en su propia ceremonia con una sábana liada al cuerpo, como si llevara una túnica griega.

—Pues mira, lo mismo marca tendencia en las bodas del año que viene.

—No seas más cabrona, por favor, que la pobre no se lo merece. Tiene una madre que es una bruja y, si se entera de esto, es capaz de ponerle el vestido de su abuela.

—Tenías que haber empezado por ahí. Sabes que no soporto a las madres controladoras, pero no puedo enviártelo así y arriesgarme a que después le quede pequeño o grande.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Dime el nombre de la chica, aunque supongo que estará anotado entre los datos de tus clientas. Voy a localizar el vestido y pedirle que venga a probárselo la misma semana de la boda. Se lo entregaremos dos días antes, ya completamente arreglado.

—Te saco a hombros como a los toreros en la Maestranza.

—Mejor quedamos y me invitas a cenar.

—Eso está hecho. Gracias, Susana, no sé qué habría hecho sin ti.

—Pues yo sí, que me has despertado a las siete de la mañana cuando no tengo que estar en la tienda hasta las nueve y media.

—Mejor, así te da tiempo a tomarte un café y arreglarte tranquila.

—Adiós, cabrona.

Colgué el teléfono riendo, porque Susana era así. Te hacía el favor, eso era indudable, pero antes tenía que ponerte todas las pegas habidas y por haber y, al final, terminabas haciendo lo que a ella le daba la gana, como habéis podido comprobar.

Nada más entrar, contacté con dos hoteles de la ciudad que tenían capacidad para unos quinientos invitados y crucé los dedos para que alguno estuviera disponible ese día. A unas malas, si me decían que no, siempre podía plantearle a Marta la posibilidad de contratar un catering y celebrarlo en el cortijo, aunque no era eso lo que quería.

Tuvimos suerte y el primero con el que hablé, que además tenía unos jardines preciosos, tenía libre ese fin de semana porque habían cancelado una convención.

No sabía si necesitarían también habitaciones, por lo que, de momento, reservé el salón y los jardines y dejé pendiente el tema del alojamiento hasta que pudiera hablar con Marta.

La chica, muy amable, me envió por correo electrónico los diferentes menús que habían confeccionado para las celebraciones, para que la novia pudiera elegir entre ellos.

La única condición que me puso fue que tenía que hacer un primer ingreso de dos mil euros para formalizar la reserva y enviarle el menú elegido a lo largo del día, pues, para tanta gente, necesitaban contar con provisiones suficientes y aquello llevaba tiempo.

Terminé la llamada con la tranquilidad de tener otra cosa resuelta. Ahora venía lo peor: la iglesia. Marta me había dicho que quería casarse sí o sí en la capilla de los Marineros y, si la primera vez habíamos tenido la suerte de que se anulara una boda, encontrar un hueco con tan poquísimo tiempo me parecía casi imposible.

La única solución que se me ocurría, en el caso de que no pudiera celebrarse allí, era buscar a un sacerdote que oficiara la ceremonia en el mismo hotel, pero intentaría por todos los medios hacer realidad su sueño.

—Buenos días, soy Libertad, la organizadora de bodas.

—Buenos días, Libertad, ¿en qué puedo ayudarte?

—Verá, tengo una novia que había reservado la fecha para el veintiocho de mayo del año que viene, pero, por motivos personales, necesita adelantar la boda al doce de agosto de este año. Vamos dentro de menos de tres semanas.

—Uf, es muy precipitado, por no decir imposible, pero déjame mirar la agenda para ver si hay algo libre.

—Su sueño es casarse ahí desde pequeña, pues le tiene mucha fe a la Esperanza. Además, sus suegros se casaron allí y quería honrarlos con ese detalle.

Sí, me estaba inventando casi todo, porque no tenía ni la más remota idea del motivo por el que Marta quería casarse allí. Lo mismo no tenía nada que ver con eso y lo hacía por la estética de la capilla o porque quedaba bien, pero tenía que jugar todas mis bazas para conseguirlo.

—Ese día está todo completo, pero, como me has dicho que es su sueño y a mí me gusta que las personas cumplan los suyos, podría casarlos a las siete de la tarde, después del bautizo que tengo a las seis.

—¿De verdad me lo dice?

—Por supuesto. Eso sí, no podrá cambiar la decoración floral que esté puesta, porque la familia del bautizo lo tiene muy claro.

—Como si quieren poner un centro de flores en cada banco. Eso no es ningún problema, se lo aseguro.

Ya me encargaría yo de que no lo fuera, porque todo lo que estábamos consiguiendo era un milagro. Los astros se habían alineado a nuestro favor y eso ya era mucho.

Había quedado con Marta a la hora de comer, pero la necesitaba allí conmigo para terminar de concretar los detalles que nos faltaban, ya que íbamos a contrarreloj y, si quería que no faltara nada en su boda, teníamos que hacerlo cuanto antes.

—Marta, soy Libertad.

—Hola, preciosa. Dime que la cosa va bien o me dará un infarto.

—Va mucho mejor de lo que podía imaginar, pero te necesito aquí conmigo lo antes posible. Tengo mucho que mostrarte y muchas decisiones que tomar.

—Está bien, llamaré a mi prometido para que vaya en cuanto pueda y yo estaré ahí en media hora.

—Perfecto, te espero.

Terminé la llamada justo cuando mi hermana y Diego entraban por la puerta del local. Ellos tendrían que encargarse de todas las visitas programadas para aquel día y de casi todas las de esa semana, pues todavía tenía mucho que organizar para la boda de Marta.

Apenas me dio tiempo a hablar con ellos cuando entró la primera cita y, después, llegó Marta casi corriendo, pero con una sonrisa en los labios que me empujaba a hacer todo lo que estuviera en mi mano por ella.

Le conté todo lo que había conseguido, desde la iglesia hasta el hotel en el que se celebraría la boda, donde tendríamos que elegir el menú y calcular cuántas habitaciones necesitarían los invitados.

—Tendría que enviar las invitaciones ahora mismo para saber cuáles de las personas que vienen de fuera necesitan alojamiento.

—Podríamos enviarlas de manera digital, aunque después las entregaras también en papel, y así sabríamos cuántos invitados confirman su asistencia.

—Me parece una idea fantástica. ¿Quién se encargaría de eso?

—Pues, si quieres, puedo hacerlo yo misma. Utilizaríamos el mismo diseño que elegiste para las invitaciones en papel, pero necesito las direcciones de correo electrónico de todos los invitados.

—Espera, voy a llamar a mi prometido para pedirle que traiga la lista cuando venga. Ahora te cuento.

Marta sacó el teléfono y se lo pidió a su novio, que no dudó en decirle que imprimiría la lista y se la llevaría. Estaría allí en unos quince o veinte minutos.

Marta me contó que, la noche anterior, al verla tan preocupada, su prometido le había preguntado qué le ocurría. Ella terminó explicándole, llorando a moco tendido, el motivo por el que se encontraba así.

No vivían juntos, aunque él tenía una casa propia en la que llevaba mucho tiempo viviendo y donde fijarían su residencia después de casarse.

—Me dijo que no había ningún problema, que, si quería adelantar la boda, lo hiciera y que él estaba completamente de acuerdo.

—Eso es buenísimo, porque cuentas con su apoyo y no todos los hombres son así.

Capítulo 11

Libertad

Me pareció un gesto muy bonito por parte de su novio, pues no todos son capaces de aceptar de buen grado un embarazo inesperado y no programado, y una sonrisa se dibujó en mi cara.

Ya habíamos elegido el menú y el fotógrafo, y solo nos faltaba decidir la mesa de dulces que quería poner y el tipo de recena, pero, para eso, me dijo que prefería esperar a que llegara su prometido.

Estábamos las dos solas en la oficina, pues mi hermana y Diego habían salido, cada uno con un cliente, para mostrarles algunas de las cosas que habían pedido, por lo que nos pusimos a hablar de temas más íntimos.

—¿Tienes novio o pareja, Libertad?

—Bueno, estoy conociendo a alguien, pero todavía no nos hemos atrevido a hablar de nada relacionado con el futuro.

—Vamos, que os estáis limitando a disfrutar del momento.

—Más o menos, sí. Aunque tengo que reconocer que me gusta, y mucho, pero hay algo que me frena, como si no me lo contara todo.

—Uy, los hombres son así. Mi prometido lo hace muy a menudo, pero he aprendido a ignorarlo. Cuando se siente preparado, me lo cuenta.

—¿Y si no te lo cuenta nunca?

—Pues es su problema, no el mío. Por ejemplo, ayer me dijo que no podíamos vernos porque tenía mucho trabajo y había quedado con unos amigos para comer. Sé que no llegó a su casa en toda la noche, pero no me lo ha dicho.

—¿Y te quedas tan tranquila? ¿Sin que te haya dado ninguna explicación?

—Por supuesto. La confianza es primordial en una pareja. Si no fuera así, no podría vivir, presa de los celos, porque mi prometido es de los que llaman la atención por la calle.

—Tienes razón, pero, como yo he tenido tan mala suerte con los hombres, no termino de confiar ni de relajarme.

—Pues tendrás que aprender a hacerlo o, te lo aseguro, la única que lo pasará mal serás tú.

Estábamos hablando de todo aquello cuando lo vi aparecer al otro lado del escaparate y una sonrisa se dibujó en mis labios, pensando que aquel compromiso del que me había hablado había terminado antes de la cuenta. Entonces Marta habló.

—¿Lo ves? Esa es la reacción que tienen las mujeres al verlo.

—¿Perdona?

No entendí lo que quería decirme hasta que abrió la puerta, se acercó a Marta y le dio un beso en los labios. Os prometo que me quise morir. Agaché la cabeza para recomponerme y evitar que ella se diera cuenta de lo que me ocurría.

—Libertad, él es Alonso, mi prometido.

—Encantada, Alonso. Siéntate, por favor. Yo soy Libertad, la organizadora de la boda.

—Un placer, Libertad, y tutéame, si eres tan amable, ya que vamos a pasar muchas horas juntos durante estas semanas.

¿Se podía tener tan poca vergüenza? ¡Si hasta en el nombre me había mentido! Y ahora actuaba como si no me conociera. Claro que no había aparecido por su casa en toda la noche, como que había estado conmigo.

Tuve que tragar quina para no saltar y decirle cuatro cosas bien dichas, pero Marta no se lo merecía. Otra le habría puesto ahí mismo los puntos sobre las íes, pero yo no. Lo nuestro había sido tan solo sexo y entre ellos había amor.

Si hubieran estado allí mi hermana o Diego, estoy completamente segura de que le habrían dicho cuatro cosas, pero su prometida estaba embarazada y no sería yo quien se metiera en medio.

Es más, si hubiera sabido que tenía pareja, ni siquiera me habría acercado a él. Le habría dicho que lo que estaba buscando fuera se lo pidiera a su prometida, pero no había sido así, pues me había engañado tanto a mí como a Marta.

Hice lo mismo que él y actué como si no lo conociera, aunque por dentro me estuviera muriendo de pena. No podía tener más mala suerte porque, para una vez que un hombre me tocaba el corazón, tenía que ser un cabronazo que jugaba con las mujeres.

Estuvo de acuerdo con todo lo que habíamos elegido para la celebración, a excepción del envío de las invitaciones de manera digital; aunque, después de explicarle el motivo por el que había que hacerlo, pudimos convencerlo.

—Libertad, ¿puedo pasar al baño, por favor?

—Por supuesto. Sube esa escalera y es la primera puerta a la derecha.

—Gracias. Es que, desde que estoy embarazada, no aguanto mucho. Y eso que estoy de poco tiempo, no quiero ni imaginarme cómo será cuando llegue al último trimestre.

—Eso no tiene nada que ver, lo mismo se te pasa dentro de poco.

Vimos cómo Marta subía hasta el baño y, cuando estuvimos a solas, no pude callarme. Era como si aquello me estuviera arañando por dentro, así que se lo dije en voz baja para que su prometida no se enterara.

—Hay que tener muy poca vergüenza para comportarte así teniendo a tu prometida embarazada.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? Ella es mi prioridad, pero de vez en cuando necesito apartarme de su lado. Su intensidad me sobrepasa.

—Claro, y por eso te crees con derecho a acostarte con otras mujeres.

—Eso es mentira, y espero que ni siquiera lo insinúes delante de Marta.

—¿Tienes la poca vergüenza de decirme que es mentira? ¿En mi cara?

No pudo contestarme, ya que escuchamos a Marta bajar por la escalera y ninguno quería que tuviera que pasar por un momento así. Como he dicho mil veces, no se merecía tener a un hombre de aquella calaña a su lado, pero tampoco que alguien destruyera su sueño.

Se marcharon después de decirme que, a lo largo de la semana, me confirmarían el número de habitaciones que necesitarían, así como el tipo de música que querían que sonara durante las copas y el baile, pues no se ponían de acuerdo.

Eso era lo de menos, porque el hotel contaba con su propio grupo, que se adaptaba a los deseos de los clientes y tenía un amplio repertorio. Aun así, quería agobiarlo un poquito, porque parecía que la boda no iba con él.

A las tres y media de la tarde decidí que ya había tenido suficiente de oficina por aquel día. Además, debía ir al hotel para elegir el tipo de manteles y los centros de mesa y, para eso, había quedado con Marta a las siete y media, cuando el calor aflojara un poco.

Salí y cerré con llave, dispuesta a comer en el primer lugar que encontrara y donde se estuviera fresquito, pero me lo pensé mejor y decidí ir al mismo hotel en el que había quedado con ella.

Nada más llegar me llevé una sorpresa, pues los encontré en el restaurante, comiendo como si fueran la pareja perfecta. Por parte de ella, no dudaba de que lo fueran, pero él dejaba mucho que desear.

—Libertad, ven y siéntate a comer con nosotros. Es lo menos que podemos hacer con todo lo que estás trabajando —me dijo Marta.

—No quisiera que os sintierais incómodos, de verdad.

—No nos sentiremos de ese modo, te lo aseguro. Además, así podéis elegir todo lo que tenéis pendiente y Marta no tendrá que volver hasta aquí con el calor que hace —me dijo Alonso.

—Bueno, está bien.

Me senté con ellos, más por compromiso que por otra cosa, porque, además, estaban esperando a que llegaran los padres de ambos para contarles que habían adelantado la boda y les venía muy bien contar con mi presencia.

No, si aquel cabrón no daba puntada sin hilo. Quería tener todos los frentes cubiertos y que nadie se diera cuenta de que estaba mintiéndoles a todos, empezando por su prometida.

Quise apretarle las tuercas un poquito más para comprobar si algo de lo que me había contado sobre su vida era cierto o si todo había sido una mentira, así que le pregunté:

—¿A qué te dedicas, Alonso?

—Soy abogado.

—Uno de los mejores de la ciudad, por no decir del país. Trabaja en un despacho junto a mi padre, del que es socio —lo aduló Marta.

—Tampoco es para tanto, cariño. Tu padre me ha ayudado mucho a llegar donde estoy y le estaré siempre agradecido por todo lo que ha hecho por mí.

Mira, en su profesión no me había mentido, aunque sí me había dicho que había montado su propio despacho y que le había costado mucho llegar hasta donde estaba.

Claro, no podía contarme que lo había conseguido gracias a su suegro, ya que eso habría implicado decirme que tenía pareja. Ahora entendía el motivo por el que se casaba con Marta, aun teniendo miles de escarceos amorosos por ahí.

No quería decir con aquello que no la quisiera, porque el tiempo y el roce hacen el cariño, pero sí tenía claro que no estaba enamorado de ella. Cuando una persona ama de verdad a otra, no necesita acostarse con alguien que no sea su pareja.

Minutos después llegaron los padres de ambos. Los de Alonso entraron con una sonrisa y completamente relajados. Los otros dos parecían tener un palo metido por el culo y cara de no haber visitado al señor Roca en, al menos, una semana.

Estuve a punto de pedirle al camarero que les trajera un buen plato de laxante, a ver si así cambiaban de expresión, pero era mejor que me callara, pues no tenía ganas de cargar con más jaleo del que ya llevaba encima.

—Libertad, qué placer volver a verte —me dijo la madre de Alonso.

—Gala, el placer es mío, sin duda.

—Mira, él es Gonzalo, mi marido y el padre del novio.

—Encantado, Libertad. Mi mujer tenía razón y, sin desmerecer a mi futura nuera, eres más bonita de lo que me había dicho.

—¿Qué hace esta mujer aquí? Pensé que era una comida familiar —dijo Amalia, la madre de Marta.

—Amalia, no vayas a empezar. Si la chica está aquí, será porque su presencia es necesaria —dijo su marido.

—Amalia, si ella está aquí es porque tenemos que contaros algo y puede explicaros todos los detalles —dijo Alonso, echándome a mí el muerto encima.

—Bueno, yo podré explicaros los detalles de los cambios, pero el resto no es de mi competencia.

—¿De qué demonios está hablando? Espero que no haya habido ningún cambio significativo en la boda, porque no pienso consentirlo. Si no sabe hacer bien su trabajo, que se lo deje a otra —dijo Amalia, volviendo a atacarme.

No me dio tiempo a contestarle porque Marta se me adelantó, pero os juro que me entraron ganas de mandar aquella boda a la mierda y dejar que se las apañaran como pudieran.

Por si no tenía ya suficiente presión con organizarle la boda al hombre del que me había enamorado, encima tenía que aguantar las tonterías de su futura suegra, que parecía tener cogido a Dios por los cojones.

Alonso resoplaba, aunque no daba un paso adelante para frenarla, como debería haber hecho. Todo el arrojo y el descaro que había mostrado conmigo eran tan solo una fachada, porque allí bien que se quedaba callado.

—Mamá, Libertad ha hecho su trabajo mejor que nadie, porque otra organizadora, al ver lo que le hemos planteado, habría tirado la toalla y me habría dicho que me buscara la vida. Ella ha hecho todo lo contrario.

—No entiendo nada. ¿Alguien me lo explica?

Marta le contó a su madre que estaba embarazada y que no se casarían en primavera, sino dentro de tres semanas.

Capítulo 12

Libertad

Las reacciones de las dos familias fueron completamente opuestas. Mientras Gala y Gonzalo los felicitaban por su futura paternidad, Amalia y Jesús empezaron a increparlos y a llamarlos de inconscientes para arriba.

—Sé que a mí esto ni me va ni me viene, pero me parece que esa no debería ser la actitud de unos padres con su hija —les dije a ambos, aunque en especial a Amalia.

—¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Aplaudirles y decirles que lo han hecho de maravilla? —me contestó ella.

—Pues sí, porque ninguno de los dos es un niño ni acaban de conocerse. Aunque, por otro lado, incluso si fuera así, no tendrían por qué reprocharles nada.

—Eso mismo, este tema ni le va ni le viene. Por eso, le pediría que se marchara en este preciso instante y nos dejara hablar en familia —me dijo el idiota de Jesús.

Me repateaba el estómago la gente que se creía por encima de los demás, aquellos que pensaban que, por tener más dinero que otros, podían pisotear a cualquiera.

No es que yo estuviera nadando en la abundancia, ni mucho menos, pero, gracias a mi trabajo, tenía las espaldas bien cubiertas si algún día decidía parar durante un tiempo. Aunque eso ellos no tenían por qué saberlo.

—No se preocupe, que ya me marcho. Marta, cuando termines de comer, te espero en la recepción. A mí se me ha quitado el hambre —le dije.

Me levanté de la mesa y puse rumbo a la barra, donde pediría una copa mientras esperaba a que quedara libre alguna mesa, cuando noté a Alonso detrás de mí. Era lo que menos esperaba, la verdad.

—Libertad, te ruego que disculpes a mis suegros. Digamos que tienen una forma muy peculiar de ver la vida y la relación entre padres e hijos…

—No tienes que disculparte por algo que no has hecho tú. En todo caso, tendrían que venir ellos a hacerlo. Además, vuelve con tu prometida; no quiero que piense que entre nosotros hay algo más que una relación comercial.

—Es que es lo que hay.

—Por favor, no seas más cínico. No actúes como si no nos hubiéramos conocido antes y de una manera muy íntima, además.

—Te repito que nos hemos conocido esta mañana. Debes de estar confundiéndome con otra persona. No soy de esos hombres que buscan fuera lo que no tienen en casa, porque con Marta no me falta nada.

—¿Estás intentando hacerme pasar por loca? Porque eso es lo último que me faltaba en el día de hoy.

—No intento hacerte pasar por nada. Tan solo digo que muchas mujeres beben más de la cuenta cuando están de fiesta y, a la mañana siguiente, no recuerdan bien la cara del hombre con el que se han acostado.

Os prometo que me dejó fuera de juego. Primero me llamaba loca y después borracha. Cualquier cosa con tal de quitarse de encima su parte de culpa que, además, era casi toda, porque yo desconocía por completo sus circunstancias.

—De verdad, si no te necesitáramos para organizar la boda, ya habría buscado a otra persona que te sustituyera.

—No te equivoques. Si sigo aquí, no es ni por ti ni por el dinero. Si continúo organizando esta boda es por Marta, que no se merece a las personas de las que está rodeada.

Me bebí la copa de un trago y me dirigí a la mesa que el camarero me había indicado. Por suerte, estaba en la otra punta del restaurante, donde no tendría que verle la cara a ninguno de ellos.

Los únicos por quienes lo sentía eran Gala y Gonzalo, que me habían caído genial y no tenían la culpa de que su hijo fuera un sinvergüenza de ese calibre. Aun así, era mejor de aquella manera, pues la comida no me sentaría mal por tener que escuchar comentarios de lo más desagradables.

Me senté a comer tranquilamente cuando recibí una llamada de mi hermana, que se habría asustado al no verme en el local, ya que nunca lo dejábamos sin nadie y mucho menos cerrado sin ser festivo o fin de semana.

—Dime, Alegría.

—Uy, chica, eso es lo que te falta a ti, porque tienes una voz de ultratumba que da miedo escucharla.

—Ya te contaré. Ahora estoy comiendo y no me apetece hablar.

—¿Todo bien con la boda de Marta?

—Con respecto a eso, lo único malo es el novio.

—¿Tan desagradable es?

—Ahora no puedo, Ale. Te llamo cuando termine o nos vemos en casa y nos damos un baño. Eso sí, por favor, que venga como mucho Diego. No tengo ganas de ver a nadie más.

—Por supuesto, cariño. Te espero en casa con una buena jarra de sangría fría y una *pizza* de esas que tanto te gustan.

—Te quiero, hermanita.

—No más que yo a ti.

Cortamos la llamada y me dediqué a comer. Tenía la suerte de contar con unos padres como los míos, además de con mi hermana, a la que quería con toda mi alma y con quien siempre podía contar, me sucediera lo que me sucediera.

Estaba terminándome el postre cuando recibí un mensaje de Marta en el que me decía que ya estaban listas y me esperaban en la recepción. Pedí la cuenta para bajar lo antes posible, pero el camarero me informó de que ya estaba todo pagado, pues lo había abonado la familia Dávila.

Mira, tampoco me había mentido sobre su apellido, pero no quería darle más vueltas a todo aquello. Mi relación, o lo que fuera que hubiera tenido con Rodrigo, Alonso o como coño se llamara, había terminado para siempre.

Ahora tenía que centrarme en la boda y en conseguir que todo saliera a pedir de boca. Con suerte, en un par de semanas dejaría de verlo y podría pasar página, o al menos eso intentaría.

Cuando llegué a la recepción, allí estaban doña Cacatúa y la señora Gala. La primera, como si tuviera un mojón debajo de la nariz; la segunda, con una sonrisa de lo más amable en el rostro.

Marta se encontraba entre ambas, sin saber cómo actuar ni qué decir, completamente avergonzada por la manera en la que sus padres se habían dirigido a mí.

—Marta, ¿todo bien?

—Sí, Libertad, todo perfecto.

—Entonces, vayamos a elegir la mantelería, los cubiertos y la tarta que quieres que se sirva en tu boda.

Con aquellas palabras les dejé claro a todos que la única opinión que escucharía sería la de Marta. Mientras Gala me miró satisfecha, como si estuviera completamente de acuerdo conmigo, la otra lo hizo con cara de asco.

—Espero que dejemos lo de las tartas para el final porque, si lo hacemos ahora, con el estómago lleno, todas nos provocarán asco —me dijo Amalia.

—El orden de las cosas lo decidirá Marta. Ni usted, ni su suegra, ni siquiera yo, sino ella, que es la única que tiene algo que decir.

Su madre fue a replicarme, pero Gala no se lo permitió. Habló a continuación, dejando muy clara su postura, que, por cierto, no era diferente de la mía.

La chica encargada de todo aquello nos condujo hasta uno de los salones inferiores, en concreto, aquel en el que se celebraría el ágape de la boda y que era absolutamente precioso.

Tenía unas puertas que daban al jardín, unas lámparas preciosas en el techo y las mesas distribuidas de tal manera que todos pudieran verse sin sentir el agobio de tener a tantas personas en un mismo lugar.

—Este es el salón presidencial, donde celebraremos la boda, ya que es el único de todo el hotel en el que caben todos los invitados —nos explicó la chica.

—Es precioso, me encanta —dijo Marta, ilusionada.

—Y, aunque no te gustara, tendrías que aguantarte, porque no tienes otra opción —replicó su madre.

Decidí ignorarla porque, como le hiciera caso, íbamos a estar allí hasta el día del juicio final. Nadie podía imaginarse las ganas que tenía de terminar con todo aquello, que se dieran el «sí, quiero» de una vez y no tener que volver a cruzarme con ninguno de ellos.

La chica del hotel nos fue mostrando cómo quedarían vestidas las mesas, con las diferentes opciones de manteles y servilletas, así como los centros de mesa y las fundas de las sillas.

Marta las fue mirando una tras otra y, al final, decidió combinar tres estilos diferentes que, en conjunto, quedaban preciosos. Eligió los manteles en color blanco roto, con las puntas de croché, que les daban un toque de lo más elegante y bohemio.

Las servilletas eran de color azul marino, aunque del mismo estilo, y contrastaban con los manteles una barbaridad. Asimismo, los centros que escogió eran pequeños, de esos que permitían mirar a los ojos a quien tenías enfrente sin tener que hacer juegos con la cabeza.

Las flores que eligió fueron en tonos blancos y azules, al igual que las fundas de las sillas, aunque las pidió, al contrario que los manteles y las servilletas, creando una combinación muy original.

—No veo yo esos tonos, cuando lo bonito es que esté todo en rosa pastel y dorado —dijo su madre.

—Claro que sí, como si en vez de una boda estuviéramos en la presentación de las actividades de Navidad que organiza el ayuntamiento.

Cuando solté aquello, Gala se echó a reír, al igual que la chica del hotel, mientras Marta no sabía dónde meterse y Amalia me miraba como quien contempla un insecto.

Ya había aguantado demasiado a aquella mujer. No pude callarme, os lo prometo, y, cuando supe que contaba con el apoyo de Marta y de su suegra, menos iba a hacerlo. Se había abierto la veda.

Salimos de allí con todo concretado y me dirigí hacia el coche para volver a casa, cuando Gala se acercó con intención de hablar conmigo. No llegué a subir y esperé a que me dijera qué necesitaba.

—Libertad, quería darte las gracias por lo que has hecho por Marta y por mi hijo.

—Si le soy sincera, lo he hecho por su futura nuera, por nadie más.

—Sea como sea, no has permitido que esa mujer se salga con la suya. Dicen que las suegras somos las que nos metemos en todo, pero te aseguro que, en mi caso, es todo lo contrario.

—Lo sé, no hay más que verlo. Parecía que fueras tú su madre, pero sé que Marta podrá contar siempre contigo y eso, en estos tiempos, es de agradecer.

—Me estás hablando como si supieras algo que yo no sé y que pudiera afectar a mi nuera.

—No puedo decirle nada más. Quizás solo sean impresiones mías. Ahora tengo que marcharme, nos vemos el día de la boda.

—Gracias de nuevo, Libertad.

Me monté en el coche y salí de allí cagando leches, antes de que aquella mujer consiguiera hacerme cantar todo lo que llevaba dentro como si fuera una famosa cantante de ópera.

Puse rumbo a casa, a mi refugio, al único lugar donde me sentía en paz y a salvo, sabiendo que todavía quedaba lo peor: verlo dar el «sí, quiero» y terminar de partirme el corazón.

Todo lo que había estado conteniendo durante el día se desbordó en cuanto me lo imaginé en el altar, junto a Marta, casándose con ella.

Me aparté a un lado de la carretera antes de que el llanto provocara un accidente y permanecí allí hasta que logré calmarme un poco y pude retomar el camino.

Capítulo 13

Libertad

En cuanto llegué a casa y abrí el portón de la calle para meter el coche, vi cómo mi hermana abría la puerta de la suya y me esperaba con los brazos abiertos.

No me hizo falta articular una sola palabra, pues entre sus brazos me sentí tan en paz que dejé salir todo lo que llevaba aguantando durante el día.

—Y yo que pensaba que ya había llorado suficiente cuando me paré en la carretera…

—Nunca se llora suficiente cuando una está dolida, Liber.

—Ale, tengo que contarte algo, pero debes prometerme una cosa.

—¿Qué tengo que prometerte? Porque lo mismo me dices que debo ofrecerte en sacrificio a mi primer hijo y eso no me conviene.

—No, tu primer hijo será para ti, yo solo actuaré como su tía.

—Venga, no le des más vueltas y dime ya lo que sea.

—Quiero que me prometas que no les dirás nada a Jaime y Víctor y, mucho menos, permitirás que esto afecte a la relación con tu chico.

—Me estás asustando, Liber.

—No es para menos. Hoy he descubierto quién es el novio de Marta.

—¿Y? ¿Qué tiene eso que ver contigo? ¿Acaso lo conocemos?

—Por supuesto que lo conocemos. Yo mejor que nadie. No te puedes imaginar la cara que se me quedó cuando Marta me contó que él no había aparecido por su casa en toda la noche.

—Sigo sin entenderte. Por favor, háblame como si fuera tontita, porque no me estoy enterando de nada.

Le conté a mi hermana todo lo sucedido aquella mañana y cómo había llegado a la conclusión de que Alonso y Rodrigo eran la misma persona.

—Por supuesto que no había estado en su casa durante toda la noche; se estaba acostando conmigo.

—No se puede ser más cabrón, pero sus amigos también lo son por permitirlo.

—Nadie tiene que responder por los actos de los demás, Ale.

—Pero, si sabían lo que estaba haciendo su amigo, lo lógico es que me lo hubieran contado. Joder, eres mi hermana.

—Precisamente por eso. Cada uno desempeña un papel diferente en tu vida y no quiero que esto que me ha sucedido afecte a lo vuestro.

—No es justo para ti.

—Mira, mi niña, esto que te he contado va a quedar entre tú y yo. Nadie más lo sabrá. Voy a llevar esa boda como si fuera otra cualquiera y, cuando todo termine, ese hombre pasará a la historia.

—Pero es que no es una boda cualquiera, es la del hombre del que estás enamorada…

—Y que me ha engañado como a una tonta. Si hasta me dijo que tenía toda esta semana llena de compromisos y que, en la segunda quincena de agosto, se marchaba de vacaciones al extranjero.

—Claro, de luna de miel. No se me va de la cabeza lo cabrón que ha sido.

—Eso no es todo. ¿Sabes lo que me dijo en la barra del hotel?

—Me puedo esperar cualquier cosa, hermana.

Le conté cómo había intentado cargar sobre mis hombros con todo el peso de lo que había sucedido entre nosotros, llegando a insinuar que había sido un error provocado por haber bebido demasiado, cuando yo no pasaba de tomarme una o dos cervezas.

Mi hermana estaba como una leona enjaulada y quiso coger el móvil para llamar a Jaime y ponerlo como los trapos, pero no se lo permití. Lo único que le dije fue que tuviera muchísimo cuidado con él, pues no quería que le ocurriera lo mismo que a Marta.

Después de aquello, subí a casa, me cambié de ropa y me puse un bañador, porque lo que más me apetecía en el mundo era sumergirme en la piscina y dejar que el agua y el ejercicio me agotaran lo suficiente como para poder dormir toda la noche.

Ale, que conocía mi manera de actuar en esos casos, ya había preparado la jarra de sangría de la que habíamos hablado y pedido una *pizza* en mi pizzería preferida, mientras yo hacía un largo tras otro en la piscina.

Cuando salí, tenía hasta las extremidades entumecidas, pero me sentía más relajada que nunca y había tomado una decisión para la que necesitaría la colaboración y el apoyo de mi hermana.

—¿Qué te está rondando por la cabeza, Libertad?

—Tengo que pedirte un favor.

—Dime, hermanita. Si está en mi mano, puedes contar con ello.

—Yo llevaré todo el tema de la boda hasta el día de la ceremonia. En ese momento, serás tú quien se haga cargo mientras yo me marcho lejos durante unos días.

—¿Estás segura de querer hacer eso?

—Tan segura como de que verlo en ese altar terminaría de partirme el corazón, mucho más de lo que ya lo tengo.

—Entonces, cuenta conmigo. Yo me encargaré de todo ese día. Ahora vamos a cenar, que la *pizza* todavía está caliente.

Nos sentamos en el porche trasero. Ella también llevaba puesto el bañador porque, en cuanto termináramos de cenar, volveríamos al agua para paliar un poquito el calor sofocante que hacía.

No sabía dónde iba a marcharme, pero tenía que hacerlo. Necesitaba estar lejos de aquella boda para no echarme atrás en el último momento y presentarme allí para verlo vestido de novio. Prefería alejarme antes que contemplarlo en el altar y pensar que podría haber sido yo quien estuviera a su lado.

Aquella noche me costó conciliar el sueño a pesar de todo el cansancio.

A la mañana siguiente, mi hermana, que había estado pendiente de mí, me escuchó en la cocina y subió para hablar conmigo.

—Liber, quédate hoy en casa, relájate en la piscina. Nosotros nos ocupamos de todo.

—No hace falta, de verdad. Vosotros ya tenéis trabajo de sobra.

—Lo de la boda de Marta, que es lo más importante, está prácticamente resuelto, y lo que falta puedes hacerlo desde aquí.

—Está bien, porque no he podido pegar ojo en toda la noche y me vendrá de lujo. Ahora mismo voy a darme un baño y después intentaré dormir un poquito.

—Eso es lo que tienes que hacer. Y, si necesitas algo, me llamas, que vengo enseguida.

—Eso tendría que decírtelo yo a ti, capulla, que soy la que se queda aquí sin trabajar.

Alegría soltó una carcajada, me dio un beso en la mejilla y salió de casa, dispuesta a irse al trabajo mientras yo me quedaba allí descansando y desconectando.

Estaba tumbada en la hamaca cuando sonó mi móvil. Era un mensaje de quien menos me lo esperaba, a juzgar por lo que me había dicho el día anterior.

Rodrigo: *No veo el momento de volver a tenerte entre mis brazos. No me quito de la cabeza la última noche que pasamos juntos.*

Os prometo que me entraron ganas de contestarle y ponerlo como los mismos trapos, pero, en vez de eso, lo bloqueé de inmediato. No quería saber nada más de él, mucho menos cuando iba a casarse en menos de tres semanas y su prometida estaba esperando un bebé.

De nuevo me vino a la cabeza la manera en la que me había hablado el día anterior y pensé que aquel hombre debía de tener algún trastorno mental, porque su comportamiento no era ni medio normal.

Estaba pensando en ello cuando noté que se abría el portón de fuera. Miré el reloj, porque mi hermana todavía tenía que estar trabajando, así que solo podía ser una persona. Bueno, en realidad, eran dos.

—Mamá, papá, ¿se puede saber qué hacéis aquí?

—Venir a verte y traerte una cosa que seguro que te va a gustar —me dijo mi madre.

—Mi hermana ya se ha ido de la lengua, estoy completamente segura.

—Pues no ha sido tu hermana, lista —respondió mi padre.

—Entonces, ¿quién ha sido?

—Hemos pasado por la oficina y, al no verte allí, hemos preguntado. Cuando Diego nos ha dicho que hoy no habías ido porque te encontrabas mal, nos hemos venido directamente para acá —me contó mi padre.

Mi madre se plantó delante de mí con las manos en la cintura, como si esperara que le explicara qué me ocurría. Sabía que no iba a moverse de allí mientras yo no hablara, así que empecé a contárselo todo, con mi padre escuchando a su lado.

—Ese tío no se merece ni que una mujer como tú esté enamorada de él, mucho menos que otra vaya a casarse y esté esperando un hijo suyo —dijo mi madre.

—Yo no quiero ser el abogado del diablo, pero quizás deberíamos escuchar la otra versión, la de él, porque todo debe tener una explicación —dijo mi padre.

—Pues, si no quieres ser el abogado del diablo, más vale que mantengas la boca cerrada —le dijo mi madre.

Capítulo 14

Rodrigo

Las reuniones estaban siendo de lo más tediosas; se me estaban haciendo eternas. No sabía si era por las ganas que tenía de terminar ya con todo, porque me moría por volver a ver a Libertad o porque tenía las vacaciones muy cerca, pero ya no aguantaba más.

Entre una reunión y otra, mientras me tomaba una cerveza sin alcohol bien fría, porque de las otras no podía beber mientras estuviera trabajando, saqué el móvil y le envié un mensaje a Libertad. Porque sí, antes de marcharme habíamos intercambiado los números.

Rodrigo: *No veo el momento de poder tenerte entre mis brazos. No me quito de la cabeza la última noche que pasamos juntos.*

Esperé un buen rato a que me respondiera, pero, al ver que no lo hacía, pensé que estaría ocupada con el trabajo. La llamaría más tarde, cuando estuviera de vuelta en el hotel.

Volví a entrar en la última reunión antes de marcharme a Valencia, donde tan solo tenía otra al día siguiente por la tarde, después de la cual podría volver a casa. Llevaba ya tres días en Barcelona y estaba como loco por terminar para poder invitar a Libertad a cenar y a tomar una copa.

Salí de allí casi tres horas después y, como había silenciado el teléfono antes de entrar, en cuanto puse un pie fuera del edificio, lo saqué para comprobar si Libertad me había respondido o me había llamado alguien.

Me encontré tres llamadas perdidas de mi hermano y me asusté, porque no solía insistir tanto. Si me llamaba y veía que no contestaba, esperaba a que yo le devolviera la llamada, así que marqué su número de inmediato.

—Menos mal que das señales de vida, hermanito.

—Estaba en una reunión. Sabes que este mes es muy complicado para mí, pero, por suerte, solo me queda terminar con las de esta semana.

—Mejor, porque tanto Marta como yo tenemos que decirte algo.

—Me estás asustando. ¿Qué ha ocurrido?

—Pues que tenemos que darte dos noticias…

—No me vayas a decir eso de «una buena y una mala».

—No, no, pierde cuidado, que las dos son fantásticas.

—Entonces, dímelas ya y déjate de tonterías.

Mi hermano soltó una carcajada, algo nada habitual en él, y supe que Alonso estaba más feliz que nunca. Me alegré mucho por él, pero todavía más por Marta, que se merecía a un hombre que la hiciera reír.

—La primera noticia es que vas a ser tío. ¡Marta y yo estamos embarazados!

—Chicos, enhorabuena. Estoy completamente seguro de que ese bebé vendrá para terminar de colmaros de felicidad.

—Y eso no es todo, cuñado.

—Ah, ¿no?

—No, porque la siguiente noticia es que nos casamos…

—Pero eso ya lo sabía. Menudo *fiestorro* montó tu madre. Con lo agria que es, no entiendo cómo se le dan tan bien estas cosas.

Mi cuñada soltó una carcajada mientras mi hermano me reñía por lo que había dicho. Pero era cierto, no había contado ninguna mentira ni era la primera vez que Marta escuchaba algo así de mi boca, pues entre nosotros no había secretos ni medias tintas.

—Ya lo sé, la pedida fue digna de un programa de televisión.

—Sí, sí, digna de los *Gipsy Kings*, por lo menos.

—No seas más cabrón y deja hablar a mi prometida.

—Uy, «mi prometida», qué solemne ha sonado eso. Alonso, te tengo dicho que no te juntes tanto con tu suegra, que estás a menos de un mes de poner la misma cara de estar oliendo mierda.

—¿Quieres callarte de una puta vez y dejarnos hablar?

—Vale, vale, ya me callo. ¿Qué pasa con la boda?

—Pues que será el doce de agosto, justo para que hayas vuelto y antes de que te marches de viaje de placer.

—¿Cómo coño vais a organizar una boda en una semana y media?

—Ya está todo organizado. Nuestra organizadora se ha encargado de todo y no podía haber salido mejor.

—Espero que hayáis decidido casaros en la playa, porque un doce de agosto en Sevilla y con un traje de chaqueta va a ser la muerte a pellizcos.

—Pues no, lo siento por ti, porque nos casamos en la capilla de los Marineros, en el barrio de Triana —me dijo mi cuñada.

—Tócate los huevos. Ya solo me falta que me digas que os casáis a la hora de los toros y entonces sí que me corto las venas.

—No será a las cinco de la tarde, sino a las siete, y esperamos contar con tu presencia. Después, si quieres, puedes quitarte la chaqueta en el hotel donde lo vamos a celebrar.

—Qué remedio, no voy a dejar a mi cuñada sola ante el peligro.

—Serás cabronazo. Y a tu hermano que le parta un rayo, ¿no?

—Mira, a mi hermano voy a darle una alegría porque, si todo sale como espero, iré acompañado a esa boda.

—No me vayas a meter en las fotos a una tía con la que te acuestas, que el día de mañana, si tienes una pareja seria, a ver cómo le explico quién es esa mujer —dijo mi hermano.

Solté una carcajada por la manera en que lo dijo, pero no le aclaré absolutamente nada. Tan solo les aseguré que nos veríamos pronto y corté la llamada, pues me moría de ganas de hablar con Libertad.

Marqué su número, pero la llamada no daba tono. Además, el siguiente mensaje que le envié se quedó con una sola marca, no con las dos que aparecían cuando llegaba al destinatario, y se me pasó por la cabeza que pudiera haberme bloqueado.

Ahora bien, si eso era así, ¿por qué lo había hecho? ¿Qué le había hecho yo para que reaccionara de aquella manera? No pude aguantar más y llamé a Jaime, que era quien podía enterarse de lo que estaba sucediendo.

Os prometo que estuve a punto de llamar a la empresa de Valencia para decirles que debíamos aplazar la reunión hasta después de las vacaciones y regresar a Sevilla. Sin embargo, pensé que aquel era mi trabajo y que me había costado mucho llegar hasta allí como para tirarlo todo por la borda.

—Jaime, ¿sabes si ha pasado algo con Libertad?

—Hola a ti también, amigo mío.

—Por favor, no tengo tiempo para ironías ni sandeces. Contéstame.

—Pues, que yo sepa, no ha pasado nada. Hoy no ha ido a trabajar porque se encontraba mal, o eso me ha dicho Ale, y por eso no hemos podido quedar, ya que ella se ha puesto al frente de la oficina.

—Algo tiene que haber ocurrido. Me ha bloqueado.

—¿Pero qué podrías haberle hecho tú? Vimos cómo os despedíais y parecíais una pareja de verdad.

—Eso mismo he pensado yo, pero no sé… Lo mismo se ha enterado de algo que le ha molestado.

—Libertad no es de las que bloquean sin enterarse antes de lo sucedido, así que debe de haber sido algo mucho peor.

—Eso mismo he pensado. Antes de hacer algo así, me habría llamado para preguntarme lo que fuera.

—Si quieres, puedo pasarme por casa de Ale e intentar que me cuente algo. En cuanto lo sepa, me pongo en contacto contigo.

—Sí, por favor, te lo agradecería eternamente.

Corté la llamada y me sentí perdido, sin saber qué hacer ni a quién acudir. Estaba claro que, aunque hablara con su hermana, ella no me contaría lo que ocurría, porque su lealtad hacia Libertad estaba por encima de todo.

Justo cuando estaba pensando qué hacer, recibí una llamada que me vino como caída del cielo. Era de la empresa de Valencia, con la que tenía programada la reunión para el día siguiente.

—Buenas tardes, señor Dávila. Soy Rocío, la encargada de la empresa valenciana.

—Dígame, Rocío, ¿puedo ayudarla en algo?

—Pues sí. Si no es mucha molestia para usted, me gustaría pedirle que aplazáramos la reunión de mañana, ya que no tenemos ningún asunto importante que tratar.

—Por mí no hay ningún problema. Eso sí, tendría que ser ya en septiembre, puesto que me voy de vacaciones y, además, tengo que asistir a la boda de mi hermano.

—Me parece perfecto. Si le viene bien, podemos fijarla para el primer lunes de septiembre.

—Lo anoto. Nos vemos ese día.

Me faltó ponerme a gritar y a bailar cuando corté la llamada, porque Rocío había hecho justo lo que yo pretendía y eso me daba vía libre para regresar a casa antes de tiempo.

Lo primero que hice fue cambiar el vuelo que tenía a Valencia por uno a Sevilla y anular la reserva del hotel. Perdí el dinero, pero me daba exactamente lo mismo si con aquello conseguía no perderla a ella.

Capítulo 15

Libertad

Mis padres me habían traído una sorpresa, que no era otra cosa que un crucero para solteros que salía de Valencia dos días después y para el que me habían sacado un pasaje.

No me lo pensé. Ya estaba todo listo, incluso Marta tenía el vestido en su casa, así que preparé la maleta y me marché aquella misma mañana. Cogí un vuelo hacia Valencia, donde pasaría el tiempo que faltaba antes de embarcar en el crucero.

Me daba igual que fuera para solteros o para casados, porque no pretendía buscar pareja. Ya había elegido una y me había salido mal, por lo que primero tendría que sanar mi corazón.

El día que pasé en Valencia antes de embarcar me lo dediqué por completo a mí misma. Contraté una sesión de *spa* con masaje, de la que salí como nueva, y después me fui a un salón de belleza, donde pedí que me cortaran el pelo y me hicieran la manicura y la pedicura.

Me merecía aquello, pensar, por una vez, solo en mí, desconectar de todo y disfrutar de la experiencia. Les dije a mis padres que tendría el móvil apagado y que solo los llamaría al llegar a Valencia, como ya había hecho, y cuando desembarcara, antes de coger el vuelo de vuelta a Sevilla.

No les gustó demasiado la idea, pero es que no me apetecía nada tener a todo el mundo colgado del teléfono, preguntándome cómo estaba y contándome cosas de la boda, esa que quería olvidar. Aun así, terminaron aceptándolo.

Iba a subirme a aquel barco con toda la tranquilidad del mundo y con la ilusión de poder desconectar y pasarlo bien, pero, justo cuando estaba a punto de salir del hotel, la chica de recepción me detuvo.

—Señorita Santana, un momento, por favor.

—¿Ocurre algo?

—Ha llegado un correo electrónico para usted a la dirección del hotel, con su número de habitación.

—Muchísimas gracias.

La chica me tendió un documento que acababa de imprimir y no podía creerme lo que estaba leyendo. ¿Se podía tener más mala suerte que yo? Justo en aquel momento, cuando estaba dispuesta a conocer gente nueva y pasarlo bien, me encontraba con aquello.

Os estaréis preguntando qué decía aquel correo electrónico que me había cabreado tanto. Pues no era otra cosa que había surgido un problema urgente y tenía que volver en ese mismo momento. Os lo voy a leer para que sepáis las palabras exactas:

«Libertad, sé que es tu momento de desconectar de todo, pero hay un problema importante con la boda de Alonso y Marta y no sé cómo solucionarlo.

Como tienes el móvil apagado, no me queda otra que intentar contactar contigo a través de la recepción del hotel. Espero que no te suponga demasiada molestia.

Si no fuera importante, no me atrevería a interrumpir tu semana de vacaciones, mucho menos sabiendo cuánto la necesitas. Te adjunto el billete de vuelta».

Así, con su santo chichi. Ni me contaba lo que sucedía ni me daba la más mínima pista de para qué me necesitaba. Llamadme desconfiada, pero algo me olía mal, así que, antes de marcharme a ninguna parte, encendí el teléfono y llamé a mi hermana.

—¿Se puede saber qué ha sucedido para que me envíes ese correo electrónico?

—No te lo puedo decir, pero necesito que vengas. No pierdas el vuelo, por favor, o no llegarás a tiempo.

—¿A tiempo de qué, Ale?

—De ver lo que va a suceder. Por favor, Libertad, confía en mí.

—Mira, ¿sabes lo que te digo? Que no existe tal problema y que, por eso, sintiéndolo mucho, no pienso romper mis planes. Nos vemos dentro de una semana.

—Libertad, por favor…

No seguí escuchándola. Corté la llamada y apagué el móvil. No iba a permitir que nada ni nadie perturbara mi descanso, así que encaminé mis pasos hacia la parada de taxis más cercana y tomé uno para que me llevara hasta el puerto, desde donde embarcaría rumbo a mi felicidad.

Nada más subir al barco, mientras recorría el pasillo que llevaba hasta mi camarote, me tropecé con un chico guapísimo, aunque no era mi tipo. Sí, podéis pensar que ninguno lo era porque mi corazón estaba ocupado, y así era, pero eso no significaba que no pudiéramos ser amigos.

—Perdona, no te he visto.

—Chica, pues espalda tengo como para que me vieras.

—Bueno, quizás no era la expresión correcta. Estaba distraída, pensando en mis cosas, y no me he dado cuenta.

—Nada, la próxima vez que salga al pasillo lo haré con un chaleco reflectante y me pondré una baliza en la cabeza para que me veas y me escuches.

—Creo que ni aunque te pusieras el faro de Chipiona. Cuando me sumerjo en mí misma, me aíslo de todo y de todos.

—Pues deberías tener cuidado, porque lo mismo que te ha pasado en el pasillo te ocurre en la cubierta y nos vemos con una pasajera menos.

Solté una carcajada porque me hizo muchísima gracia la manera en la que lo dijo. Al final iba a hacerme amiga de aquel chico, del que todavía no sabía ni el nombre, pero pensaba remediarlo en ese mismo momento.

—Por cierto, me llamo Libertad.

—Bonito nombre para un crucero como este. Yo soy Dary.

—Hombre, teniendo en cuenta que todos somos solteros y que la mayoría viene buscando pareja…

—Me parece que no te fijaste bien al reservar el billete de este crucero.

—¿En qué tenía que fijarme? Porque, la verdad, no te entiendo.

—No, si aquí entender, entendemos todos, no sé si me explico.

—Chico, pues como un libro cerrado.

—Anda, deja la maleta en tu camarote y vámonos a cubierta. Nos tomamos algo y, si después de observar a todo el mundo sigues sin saber de qué te hablo, te lo cuento.

Eso hice. Dejé la maleta y salí con él hasta la cubierta, donde nos sentamos en una de las mesas y pedimos dos cócteles. El mío, sin alcohol, porque no quería tener que lamentar más cosas de las que ya estaba lamentando.

Me fijé en la gente que iba llegando, pero no aprecié nada que me llamara especialmente la atención. Si acaso, algún que otro pasajero un tanto exagerado en su manera de vestir, aunque tampoco era algo que pudiera asustarme.

—Veo que sigues sin darte cuenta de nada…

—Dary, por lo que tú más quieras, dime ya a qué te estás refiriendo, porque voy a volverme loca mirando a todo el mundo y no quiero que nadie se me enfrente para preguntarme qué coño observo.

—Uy, chica, te aseguro que eso es precisamente lo que más van a mirar la mayoría de las pasajeras.

—¡No!

—¡Bingo! Te has embarcado en un crucero gay. Da igual que estén solteros o casados.

—La madre que parió a mis padres…

—¿Qué te ocurre con ellos? Ni que los pobres tuvieran la culpa de que estés subida en este barco. Porque… deduzco que no eres gay.

—Pues no, no soy gay, pero tampoco me importa hacer un crucero así. Es más, voy a pasármelo de lujo, eso lo tengo claro. Y mis padres tienen toda la culpa, que fueron ellos quienes me regalaron el pasaje.

Nos reímos muchísimo durante aquel rato mientras nos contábamos nuestras vidas. Lo mismo mi hermana quería que volviera para evitar que me encontrara con aquello, pero no podía estar más contenta de haberme quedado y de haber seguido adelante con mis planes.

Nos quedamos a comer en aquella misma cubierta, donde se encontraba uno de los restaurantes de bufé libre más solicitados de todo el barco, tanto por su ubicación como por el tipo de comida.

—Primero ve tú. Yo te espero aquí y así no nos quitan la mesa, que para eso la hemos cogido antes que nadie.

—Está bien, pero no sé si podré traer la comida de los dos.

—Anda, bonita, mejor quédate tú, que ya voy yo.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque las Navidades pasadas tuvo que haber una oferta de polvorones y te los comiste tú todos.

Solté una carcajada que no pude contener. Aquel hombre tenía una manera de decir las cosas que hacía que te partieras de risa y, lo mejor de todo, era que no necesitaba pensarlas, le salían solas.

Lo primero que hice fue encender el móvil para hacernos una foto mientras comíamos, pues se había dedicado a coger un poquito de todo, sin dejarse casi nada por probar, y la imagen nos quedó de lo más graciosa.

Lo había encendido, sí, pero lo puse en modo avión para no recibir llamadas ni mensajes de nadie. No me apetecía en aquellos momentos.

Capítulo 16

Rodrigo

Llegué corriendo a la casa donde vivían Libertad y su hermana, pero no me abrió nadie. Aun así, no desistí y me quedé allí esperando a que llegara alguien, con maleta incorporada, porque ni siquiera había pasado por mi casa.

La primera en aparecer fue Alegría, que me miró con tan mala cara que supe que algo había ocurrido. Ahora solo me faltaba averiguar qué era eso tan grave que había hecho para que me tratara de aquella manera.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Venir a pedir una explicación, pero no a ti, sino a tu hermana.

—¿Tienes los santos cojones de venir a pedirle explicaciones a ella? ¿Precisamente tú?

—Hombre, después de que me haya bloqueado, tú dirás.

—Bloqueado, dice. Si me haces eso a mí, te corto los huevos. Aunque, bueno, ya no te importaría, porque vas a tener tu primer hijo.

—¿De qué coño estás hablando?

—Mira, a mí no me vengas con las mismas milongas que le soltaste el otro día a mi hermana, porque yo sí que te he visto con ella y no me vale eso de la bebida.

—Te juro por lo más sagrado que no sé de qué me estás hablando.

—Pero ¿cómo puedes tener tan poquísima vergüenza?

—Si quieres seguir insultándome, hazlo, pero explícame lo que ha ocurrido, por lo que tú más quieras, para que, cuando me ponga delante de tu hermana, sepa por qué tengo que pedirle perdón.

—Uy, eso va a ser muy difícil, porque no está en la ciudad. Se ha marchado esta misma mañana y no volverá en un tiempo. Como comprenderás, no pensaba quedarse aquí mientras tú te casabas con tu novia, que, por cierto, está embarazada. ¿Necesitas algún motivo más?

—Me cago en la leche, eso me pasa por no habérselo dicho antes.

—Eso mismo. Si le hubieras contado que estabas a punto de casarte, ella no se habría acostado contigo.

—No era eso lo que tenía que haberle dicho, sino que tengo un hermano gemelo, que es quien va a casarse el próximo sábado y el que va a hacerme tío por primera vez.

—Claro que sí, y yo tengo un clon. Lo que pasa es que vive en Marte… o en miércoles, que tampoco lo sé con seguridad.

—¿Quieres que te lo demuestre?

—Como si no lo supieras y no lo tuvieras todo preparado.

—Coge tu teléfono, si quieres, y llama por videollamada a este número para que veas que no miento.

Alegría me miró sin saber si hacerme caso o mandarme a la mierda, pero, al final, sacó el teléfono y marcó el número que le había dado. Unos segundos después, la imagen de mi hermano apareció en la pantalla.

—Alegría, buenas tardes. ¿Algún problema con la boda?

—No, hermano, la he llamado para que vea que no soy yo quien se casa. Bien podrías haberme dicho que la organizadora de bodas que habíais escogido era Libertad.

—¿La conoces?

—Era la chica con la que pretendía ir a tu boda, pero me ha bloqueado hasta en el telefonillo.

—Coño, ahora entiendo todo lo que me dijo, pero no caí en que estuviera hablando de ti, te lo juro.

—¿Qué te dijo?

—Que no me merecía a la mujer con la que iba a casarme, que cómo tenía tan poca vergüenza de presentarme delante de ella y actuar como si no la conociera… Y te juro que le dije que se estaba confundiendo de hombre y que la próxima vez no bebiera tanto.

—Joder, con razón me ha bloqueado. Lo que no entiendo es cómo no te ha dejado sin la continuación del apellido.

De fondo escuché a mi cuñada doblada de la risa, porque, si algo así podía pasarle a alguien, tenía que ser a mí. No podía ocurrirle a otro. Todo por mi manía de no contarle a nadie que tenía un hermano gemelo para evitar que nos compararan.

—Cuñado, la próxima vez vas a tener que llevar colgada del pecho una foto de los dos o una prueba de ADN.

—La culpa la tiene tu prometido. Si me hubiera contado lo que había pasado, habría podido sacarla de dudas. Joder, si ni siquiera estaba en la ciudad, acabo de llegar.

—Bueno, hombre, tampoco es para tomárselo así. Siempre puedes hablar con ella en la boda y entenderá que no eras tú quien se casaba —me dijo mi hermano.

—Eso sí que va a ser difícil, porque mi hermana no estará el día de la boda. Es más, seré yo quien se ocupe de todo a partir de ahora. Ella se ha ido a un crucero de solteros, pero… —dijo Alegría.

—¿Pero qué? Por lo que tú más quieras, Alegría, haz que vuelva para la boda.

—Voy a intentarlo, pero no te prometo nada —me respondió.

Cortó la llamada con mi hermano, que se había quedado bastante preocupado al ver mi estado de desesperación, y se puso en contacto con el hotel donde se alojaba Libertad.

Me cago en la leche. Si no me hubieran anulado aquella reunión, los dos habríamos estado en la misma ciudad y habría podido hablar con ella, aclararlo todo y conseguir que viniera conmigo a la boda.

No hubo manera de que la chica de recepción pusiera a Alegría en contacto con su hermana, pues Libertad había dejado muy claro que no quería que nadie la molestara con llamadas. Sin embargo, le ofreció la posibilidad de enviarle un correo electrónico a la recepción, que le entregarían en cuanto la vieran salir.

—Voy a enviarle un correo y, si la conozco bien, en cuanto lo reciba, se pondrá en contacto conmigo.

—Adjunta el billete de avión de vuelta, por favor. Yo lo pago, pero pónselo todo muy fácil.

—Está bien, vamos a buscarle un vuelo de Valencia a Sevilla para hoy mismo, porque, si no, mañana se marchará de crucero.

—Joder, ya podían haberle buscado tus padres un apartamentito en Rota para que se fuera a la playa.

Alegría soltó una carcajada que resonó por todo el jardín, donde seguíamos hablando, concretamente en el porche trasero. Allí habíamos cenado la última vez y, de repente, acudieron a mi cabeza las imágenes de Libertad sentada en mi regazo. Habría dado todo lo que tenía por regresar a aquella noche.

Enviamos el correo electrónico a la dirección que nos había facilitado la recepcionista, después de dejarle claro que se trataba de algo muy urgente, y nos sentamos a esperar su llamada.

—Voy a por dos cervezas y algo de picar, porque tengo la impresión de que ni tú ni yo hemos comido nada.

—Pues no. Lo único que me he tomado ha sido un café en el aeropuerto antes de venir, pero tampoco creo que me entre nada.

—Bueno, tampoco voy a ponerte un plato de cocido.

—Joder, solo de pensarlo me están entrando unos sudores de muerte.

Alegría volvió a reír y noté que ya no era la misma persona que me había recibido. Comprobar que no era yo el novio, sino mi hermano gemelo, había hecho que se relajara un poquito, y aquello me gustó.

Dejó su móvil encima de la mesa del porche y me advirtió que, si sonaba y era su hermana, no contestara. Debía avisarla lo antes posible porque, como Libertad me escuchara a mí, pensaría que todo era mentira.

Unos cuarenta y cinco minutos después de haber enviado el correo electrónico, su teléfono vibró encima de la mesa. Al comprobar quién llamaba, vimos que se trataba de su hermana y me puse de lo más nervioso.

—¿Se puede saber qué ha sucedido para que me envíes ese correo electrónico?

—No te lo puedo decir, pero necesito que vengas. No pierdas el vuelo, por favor, o no llegarás a tiempo.

—¿A tiempo de qué, Ale?

—De ver lo que va a suceder. Por favor, Libertad, confía en mí.

—Mira, ¿sabes lo que te digo? Que no existe ningún problema y que, por eso, sintiéndolo mucho, no pienso romper mis planes. Nos vemos dentro de una semana.

Aquella fue toda la conversación. Por mucho que Alegría intentó detenerla para poder explicarse, no lo consiguió, porque Libertad colgó y apagó el móvil de nuevo.

Como conociera a alguien en aquel crucero, la perdería para siempre. Estaba completamente seguro de que se dejaría llevar pensando que yo iba a casarme con mi novia de toda la vida, y me vine abajo.

—Rodrigo, no te aflijas. El domingo después de la boda estará de vuelta y podrás hablar con ella.

—Será demasiado tarde. Como conozca a alguien…

—Mi hermana no es de las que se acuestan con un hombre nada más conocerlo.

—Pues conmigo lo hizo, y eso es lo que me da miedo. Que pretenda sacarse la espinita pensando algo que no es.

Capítulo 17

Libertad

No pude reírme más con aquel hombre, que me contó que había roto con su pareja un mes antes porque, después de una relación de siete años, este había decidido que quería probar con una mujer, ya que no estaba del todo convencido de que fuera gay.

No fue la historia en sí, sino la manera que tuvo de contármela, con aquellos aspavientos y esa forma suya de hablar que hacía que tuvieras que doblarte de la risa. Tenía claro que me esperaba una semana de lo más divertida.

—Imagínate mi cara cuando me dice eso… Maricón, pero si tú te las has comido dobladas, ¿ahora me vas a decir que te van las almejas?

—Para, por favor, que ya me duele la mandíbula de reírme.

—No puedo, chica, si es que eso es para mear y no echar gota.

—¿Qué hiciste? Me refiero al momento en el que te lo dijo.

—¿Qué iba a hacer? Primero me reí, pues pensaba que estaba de broma. ¡Si lo habíamos hecho un rato antes! Después me levanté, le dije que cogiera sus cosas y se marchara.

—Hombre, era lo lógico.

—Lo lógico para ti y para mí, porque para él no. ¿Pues no me dijo el muy desgraciado que podíamos seguir viviendo juntos y teniendo lo mismo mientras él conocía a esa mujer que le había llamado la atención?

—¿De verdad te dijo eso? No me lo puedo creer. Los hombres tienen una visión de la vida un tanto peculiar.

—¿Peculiar? Son unos cabrones, con todas las letras. Y a ti… ¿Qué te ha pasado para que hayas terminado en un crucero «de solteros»?

—No seas cabrito, por favor, que los culpables de que yo esté aquí son mis padres. Seguro que lo hicieron con toda la intención de que me quitara a Rodrigo, Alonso o como coño se llame de la cabeza.

—Explícame eso, porque no lo entiendo.

Le conté mi historia, cómo había conocido a aquel hombre, porque ya no sabía ni de qué manera llamarlo, y cómo había descubierto que la boda que estaba organizando era la suya, además de que su prometida estaba embarazada.

También le expliqué cómo me había hablado y la manera en la que había intentado escurrir el bulto y echarme a mí la culpa, diciendo que había bebido demasiado y me había equivocado de hombre.

—¡No me jodas! Ese tío no conoce la vergüenza, vamos.

—Por eso, antes de subirme al barco, hablé con mi hermana y me dijo que había un problema con la boda. Le colgué porque no quiero saber nada. Que se las apañen como puedan.

—¿Cuándo es la boda?

—El sábado a las siete de la tarde, en Sevilla.

—Pues se me ha ocurrido algo. Vamos a estar viajando hasta el viernes. Ese día cogeremos un vuelo a Sevilla, pero no pasarás por tu casa, sino que nos quedaremos en el hotel donde se celebrará la boda y haremos una entrada triunfal.

—¿Sabes que estás loco?

—Uy, lo tengo claro desde que tengo uso de razón, pero eso no impide que me haya convertido en tu loco favorito.

—En uno de ellos, porque mi hermana y mi amigo Diego también están ahí, luchando contigo.

—Yo no lucho con nadie. Si me quieren, bien, y, si no, que se vayan a tomar viento fresco, que en mi tierra hay mucho de eso.

Dary era de un pueblecito de Cádiz, uno muy turístico, con unas vistas y unas playas impresionantes. Era el lugar preferido de muchos famosos nacionales para veranear y el atún era su plato estrella.

Sí, sí, me refiero a Zahara de los Atunes, como su propio nombre indica, y le prometí que iríamos en cuanto estuviera más tranquila. Él no vivía allí, aunque se estaba planteando volver, pues podía trabajar desde cualquier parte del mundo siempre que tuviera su portátil y conexión a internet.

—Lo haré, al menos durante una temporada, porque ya estoy harto de vivir en la ciudad.

—¿Dónde vives ahora?

—Vivo en Málaga, en la calle Larios, pero echo de menos mi pueblo, mi gente, salir a la calle y que todo el mundo me salude. Aunque sé que, cuando lleve allí unos días, terminaré agobiándome con tanta atención, pues ya no estoy acostumbrado.

—Siempre puedes venirte a Sevilla. En mi casa tienes sitio.

—Esa no es mala idea, lo de irme a Sevilla, digo, pero en invierno, que el calor no lo soporto. Aunque me buscaré algo para vivir, que no quiero retroceder en el tiempo y volver a estar como cuando vivía con mis padres.

Estuvimos un buen rato charlando de todo mientras él buscaba un par de billetes para volar desde Florencia hasta Sevilla el mismo día que llegáramos. Cuando los encontró, y como el vuelo salía por la tarde, hicimos planes para ver un poco la ciudad, aunque tuviéramos que ir con las maletas a cuestas.

—Creo que será mejor que dejemos la visita para otra ocasión. Ya volveremos cuando podamos y cogeremos un taxi desde el puerto hasta el aeropuerto.

—Sí, amiga, tienes razón, o vamos a parecernos a Paco Martínez Soria en esa película en la que iba por Madrid con la maleta, el cuadro y las dos gallinas.

Solté una carcajada que se escuchó por toda la cubierta, porque aquel hombre no podía tener más gracia contando las cosas. Ya me había imaginado a los dos con la boina calada hasta las orejas, la maleta y las dos gallinas, y terminé hasta llorando de la risa.

Nos hicimos miles de fotos que pensaba ir subiendo poco a poco, aunque no en aquel momento, sino cuando volviéramos. Durante el crucero solo publicaría una, la de la cena de gala, con un pie de foto que tenía clarísimo.

Los días fueron pasando y llegó aquella cena tan esperada, en la que todo el mundo se vestía con sus mejores atuendos, como si fuera a una gala de entrega de premios, y nosotros no íbamos a ser menos.

Yo me había llevado un vestido rojo, largo, que me marcaba la figura de una manera muy elegante, aunque también muy sensual. Tenía una abertura en el lado derecho que mostraba mi pierna al caminar.

El escote era de pico, bastante pronunciado, pero para nada chabacano ni ordinario, y dejaba la espalda al descubierto, donde solo se veían dos tirantes muy finos. Lo combiné con complementos dorados y unas sandalias del mismo color, de tacón alto y sujetas al tobillo con una cadenita.

Cuando Dary me vio, se quedó con la boca abierta. Me cogió de la mano, me hizo girar sobre mí misma y no dudó en llevarme hasta la terraza del camarote para hacernos una foto con la luna y el mar de fondo.

—Te juro que, si no tuviera tan claro que soy gay, te pediría matrimonio ahora mismo, porque no podríamos hacer mejor pareja.

—No seas loco, anda. Y sí, la foto ha quedado preciosa y pienso subirla ahora mismo.

—Eso, que se le atragante la noche de antes de la boda, para que aprenda y se entere de lo que ha perdido.

—Tampoco es eso, porque Marta, la novia, es encantadora. Ya lo verás, no puede ser una chica más amable y simpática.

—No, si al final mi abuela va a tener razón en eso que decía de que todos los hijos de la gran puta tenían suerte.

Volví a reírme porque con Dary todo era así, una cadena de disparates que hacía que, al terminar el día, te doliera hasta la barriga. Cogí el móvil, pues me había enviado la foto por WhatsApp, y la subí a las redes sociales.

«Cuando piensas que estás en tu peor momento, la vida te demuestra que sí hay personas que merecen la pena, que te apoyan y te hacen reír como nadie. No me dejes nunca, Dary, porque me moriría de pena».

No teníamos nada sentimental y estaba claro que nunca lo tendríamos, pero eso el otro no tenía por qué saberlo. Aquel texto dejaba muchas cosas en el aire, así que podía sacar las conclusiones que quisiera.

Salimos del camarote y nos marchamos hasta la cubierta donde se celebraría la cena. No fueron pocas las mujeres que se acercaron a mí con intención de tener algo conmigo, pero las rechacé a todas de la manera más elegante que pude.

—Estás triunfando como la Coca-Cola.

—Anda que tú… Aquel moreno no te quita los ojos de encima.

—Sí, pero no me interesa. Estoy saturado y necesito estar un tiempo a solas, porque, como me acueste con alguien, ya pienso que va a pedirme matrimonio y empiezo a montarme mis películas.

—Entonces, no te separes de mi lado esta noche. Total, mañana ya nos marchamos del barco.

—Sí, ya he avisado en recepción de que desembarcábamos aquí porque teníamos que volver de manera urgente. Me han dicho que nos devolverán el importe de lo no consumido, pero no en dinero, sino mediante descuentos para otros cruceros.

—Me parece bien, pero, por lo que más quieras, la próxima vez que sea en un crucero normal, que ya no sé cómo ponerme para no sentirme incómoda.

—Uy, amiga, para conseguir eso tendrías que haberte puesto un burka, por lo menos.

Aquella noche no fuimos a ninguna de las zonas de ocio que había en el barco, pues, al día siguiente, teníamos que coger el tren desde Livorno hasta Florencia y, una vez allí, un taxi que nos llevara al aeropuerto. No queríamos perder el avión y, mucho menos, la boda.

Mi amigo bromeaba con el momento en el que el cura dijera aquello de «si alguien tiene algo que decir, que hable ahora o calle para siempre».

—Te prometo que, si fuéramos a la iglesia, me levantaría y le diría que no se casara, que era un cabrón y un adúltero.

—Por eso no vamos a ir, porque Marta no se merece algo así.

—Ni tú tampoco, chica, que te la ha dado con queso.

—Ya, pero fue culpa mía por no preguntarle si tenía pareja.

—¿De qué estás hablando, chavala? Toda la culpa es de él, que no debería meter su pajarito en ninguna cueva que no fuera la de su novia.

—No sé, a veces pienso que yo también tengo parte de culpa por acostarme con él sin conocerlo, sin saber nada de su vida.

—No, verás, si a partir de ahora todo hombre que te guste va a tener que presentarte hasta su árbol genealógico para que te eche un polvo… Ya me los imagino con un dosier debajo del brazo.

—Idiota eres, hijo mío.

Negué con la cabeza, aunque por dentro me estaba riendo lo más grande. ¿Por qué tenía que ser gay? Era todo lo que yo buscaba en un hombre: guapo, atento y capaz de hacerme reír… Definitivamente, estaba gafada.

El trayecto hasta Sevilla fue toda una odisea. El tren se averió a mitad de camino y tuvieron que llevarnos en autobús, con un calor que parecía sacado del mismísimo infierno. Para rematar, nuestro avión se retrasó. Vamos, una alegría de viaje.

Aun así, por fin estábamos en el hotel donde se celebraría la boda. En Roma, Dary me había convencido para que me comprara un vestido que, según él, lo dejaría sin aliento. Os prometo que no quería eclipsar a la novia, pero, por otro lado, también quería demostrar mi valía, no sé si me explico.

Cuando llegamos al hotel, vi a mi hermana desde lejos y corrí hasta el ascensor, diciéndole a Dary que se diera prisa. No quería que Alegría me viera porque podía avisar a Rodrigo.

Entramos en la habitación entre risas y casi cayéndonos por las carreras. Desde luego, si queríamos pasar desapercibidos, estábamos haciendo todo lo contrario.

Capítulo 18

Libertad

Esa noche apenas pegué ojo y, aunque Dary tuvo que aguantarme para impedir que bajara a supervisarlo todo, pasé el día más o menos bien. Eso sí, no veía pasar las horas; el tiempo se me hacía eterno.

Dary, que había pedido la comida a la habitación, me tenía preparada una sorpresa, pues había contratado a una peluquera y a una maquilladora para que se ocuparan de mí y me convirtieran en la reina de la fiesta, como él decía.

Esperamos a que la celebración hubiera comenzado para bajar y, cuando terminaron de arreglarme y me miré en el espejo, os prometo que no me reconocía.

Estaba absolutamente arrolladora y elegante. En mi vida me había visto tan guapa ni con tanto glamur. Dary tampoco se quedaba atrás, pues llevaba un esmoquin con las solapas brillantes, una pajarita del mismo tono y un fajín a juego.

—Parecemos Ken y Barbie.

—Sí, solo que ellos son rubios y nosotros, morenos.

—Ya quisieran esos dos tener el pelazo y el estilo que tenemos nosotros. No es por nada, pero pocos invitados van a ir como tú y yo.

—Entre otras cosas, porque ni siquiera somos invitados. Somos unos colados de manual.

—Bueno, pues con irnos a cenar al restaurante del hotel tenemos bastante. Eso sí, invitas tú, que yo ya tengo la tarjeta temblando.

—No hay problema. Cenamos en el restaurante y les decimos que lo sumen a la cuenta de la boda.

Salimos de la habitación riendo, pero detrás de toda aquella fachada estaban mis nervios, unos que hacían que me temblaran hasta las pestañas. Dary, que se había dado cuenta de mi estado, me pasó un brazo por la cintura, intentando evitar que me cayera porque me fallaban hasta las piernas.

Entramos en el jardín, donde estaban sirviendo un cóctel que yo conocía muy bien, pues había sido la encargada de concretarlo todo. Cuando Gala me vio, se llevó las manos a la boca, completamente sorprendida, aunque su reacción no tuvo ni punto de comparación con la de Marta.

—¡Has venido! Lo sabía, sabía que no me dejarías sola en un día así.

—Hola, Marta. Estás preciosa. ¿Todo bien?

—Todo genial. Alegría se ha ocupado de todo a la perfección.

—Buenas tardes —dijo el novio, acercándose, y os prometo que me tembló todo el cuerpo.

No podía estar más guapo con aquel esmoquin, el fajín azul oscuro y el pelo peinado hacia atrás con gomina, pero no era mío, nunca lo había sido y jamás lo sería. Cuanto antes lo aceptara, mucho mejor.

—Os presento a Dary, un amigo —les dije, tragando saliva.

—Encantado, Dary. Espero que lo pases bien en la boda.

—No, no nos quedaremos. Nos marchamos. Solo he venido para comprobar cómo iba todo…

—Hermano, buenas tardes. Todavía no había tenido la oportunidad de felicitaros.

Cuando giré la cabeza, me quise morir. ¡No podía ser! ¿O sí? Dios mío, me estaba volviendo loca. ¡Eran completamente iguales! Me quedé con la boca abierta, incapaz de cerrarla.

—Hola, Libertad. Te veo muy bien acompañada.

—Rodrigo, yo…

—Tú sacaste tus propias conclusiones demasiado pronto, no hiciste caso a tu hermana, no confiaste en ella ni volviste cuando te lo pidió. Ahora ya es demasiado tarde.

No pude articular una sola palabra, sobre todo cuando una morena de piernas infinitas se acercó a él; Rodrigo la cogió por la cintura y le plantó un beso en los labios. Os juro que me quise morir allí mismo.

—Rodrigo, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte —le dijo Alonso.

—No me arrepentiré de nada. Ella ha decidido rehacer su vida y yo pienso hacer lo mismo —le contestó.

Mi primer impulso fue salir corriendo, darle una bofetada y contarle muchas cosas que él no sabía, que nadie conocía excepto yo, pero no tuve fuerzas para hacerlo.

Armándome con toda la elegancia de la que fui capaz, me despedí de los novios y salí del jardín. Subí a la habitación para recoger mi ropa y mi maleta y marcharme a casa.

—No seas tonta. Baja y habla con él, no permitas que el orgullo se interponga en tu felicidad.

—Ya lo has oído. No pienso rebajarme más. He venido para abrirle los ojos y he terminado abriendo los míos.

—Esa mujer no te llega ni a la suela del zapato.

—No me llegará, pero es con ella con quien ha decidido pasar página. Ya me había hecho a la idea de que nunca sería mío, así que me costará menos que antes olvidarlo.

—Eres tonta, de verdad. Antes pensabas que te había engañado y ahora ya sabes que no. No te niegues la oportunidad de ser feliz, por favor.

No quise seguir escuchándolo. Le agradecía todo lo que había dejado para ayudarme y las veces que me había hecho reír, pero, en aquel momento, lo único que quería era estar en casa y, a ser posible, sola.

Dary no insistió más y me dijo que volvería a Málaga, donde pasaría unos días antes de ir a ver a sus padres al pueblo. Me ofreció marcharme con él, pero no podía. Le pedí que me diera tiempo y le prometí que lo llamaría en cuanto me encontrara mejor.

Como llevaba la maleta y no necesitaba recoger nada más, en el último momento cambié de planes. Me bajé del taxi, entré en casa, comprobé que todo estaba en orden y cogí las llaves del coche.

Mi abuelo había tenido una casita en un pueblo de Huelva y todos conservábamos las llaves para ir cuando nos apeteciera, pues, desde que murió, mi padre había pasado a ser el propietario.

Le envié un mensaje a mi madre para que no se preocupara:

Libertad: *Mamá, estoy de vuelta, pero no puedo quedarme aquí. Necesito poner mis ideas en orden, así que me marcho unos días a la casa de la playa. Cuando vuelva, pasaré por vuestra casa, porque tengo que contaros algo. Os quiero con toda mi alma.*

Mamá: *Tómate el tiempo que necesites, mi vida. Sabes que tu padre y yo siempre estaremos aquí para todo lo que te haga falta. Te queremos.*

También le conté a Dary lo que había decidido, pero le pedí, por favor y encarecidamente, que no viniera, al menos de momento. Necesitaba tiempo para mí, para recuperarme y pensar qué hacer con mi futuro. En vez de responder al mensaje, me llamó por teléfono.

—Mi niña, no tienes ni que pedírmelo. Cuando quieras y te encuentres con fuerzas, no dudes en llamarme, que iré al fin del mundo si hace falta.

—Gracias, Dary. No sé qué haría sin ti.

—Cariño, pues lo mismo, pero de una manera mucho más aburrida, te lo aseguro.

—Te quiero, amigo.

—Yo te amo, amiga.

Corté la llamada y apagué el móvil. Ahora sí podía marcharme tranquila, porque mis padres ya sabían dónde estaba y no se preocuparían por mí. Me habría gustado hablar con mi hermana antes de irme, pero no quise interrumpirla mientras trabajaba. Ya lo haría a la vuelta.

Puse rumbo al pueblo, donde permanecería, al menos, una semana más. Tenía plena confianza en mi hermana y en Diego para sacar adelante el negocio, y yo necesitaba parar, respirar y volver a coger impulso.

Nadie sabía que estaba embarazada. Me había enterado dos días antes, cuando, después de varios días de retraso y de encontrarme indispuesta, acudí a la enfermería del barco mientras Dary estaba en el gimnasio. La prueba confirmó todas y cada una de mis sospechas.

Preferí no decir nada, ni siquiera a Dary. Primero, porque pensaba que Marta estaba embarazada y no se merecía un disgusto de aquel calibre y, segundo, porque no iba a admitir ni muerta que esperaba un hijo de un hombre casado.

Ahora que tenía claro que Rodrigo no me había mentido, que no era él quien iba a casarse, debía decidir si se lo contaría, trastocando sus nuevos planes, o si seguiría adelante yo sola.

Porque sí, lo siento mucho, pero esa decisión ya la tenía tomada: continuaría con el embarazo. No pensaba renunciar también a mi hijo, sobre todo cuando siempre había querido ser madre.

Con aquellos pensamientos llegué a la casa del pueblo, que seguía tan bonita como la recordaba, a pesar de que hacía más de tres años que no iba por allí. Mi madre contaba con una chica que se encargaba de limpiarla y mantenerla así de estupenda.

Eran casi las once de la noche cuando llegué y no tenía nada para comer, pues aquella vez no habían podido llenar la nevera, como solían hacer cuando sabían que íbamos a pasar unos días allí.

Llevaba ropa cómoda porque, nada más entrar en la habitación del hotel, me había quitado el vestido de la boda, deshecho el peinado y lavado la cara. Dejé la maleta en la entrada y me dirigí al bar más cercano.

Allí, la gente reía y charlaba. Había varios grupos de amigos cenando y unos niños correteaban por la arena como si el verano fuera eterno y las horas no pasaran para ellos. Aquella imagen me parecía maravillosa.

En el pueblo siempre sucedía lo mismo: dejabas las obligaciones y las preocupaciones en la ciudad donde vivías. Todos lo conseguían menos yo, que había ido hasta allí precisamente para intentarlo, aunque dudaba mucho que fuera capaz.

No quedaba ninguna mesa libre y el bullicio empezaba a agobiarme. Antes de que me diera una nueva crisis de ansiedad, que no sería ni la primera ni la última, me acerqué a la barra y pedí una ración de pescado variado para llevar y unos pimientos fritos.

El olor de los pimientos me llegó con una intensidad fascinante cuando, en realidad, nunca me habían llamado demasiado la atención, pero debía de ser cosa del embarazo.

Recogí todo lo que había pedido, además de dos latas de refresco de cola, pagué y regresé a la casa, donde cenaría en el jardín, disfrutando de una noche que invitaba a ello.

La propiedad tenía una pequeña playa privada a la que solo se podía acceder desde el interior del jardín. Por eso, en cuanto terminé de cenar, me quité la ropa y me metí en el mar.

Lo hice solo con las braguitas puestas y fue una de las mejores sensaciones del mundo. Allí, mientras nadaba y me acariciaba el vientre, tomé una de las decisiones importantes que tenía pendientes.

Aquel bebé sería solo mío. No le diría a nadie quién era su padre, ni siquiera a mi hermana o a mis padres, y lo criaría como madre soltera. De aquel modo, no obligaría a nadie a tenerme presente en su vida ni a ejercer como padre de una criatura que no había buscado.

Salí del agua y volví a la casa, donde lo recogí todo, me di una ducha y me metí en la cama. Mañana sería otro día y, en cuanto me levantara, iría al supermercado para comprar de todo, pues no quería tener que volver a comer en los bares.

No es que no me gustara hacerlo, no me malinterpretéis. Lo que no soportaba era hacerlo sola mientras estaba rodeada de gente feliz que reía y charlaba.

Sí, sé que lo que estoy diciendo es un poquito contradictorio, sobre todo teniendo en cuenta que podía llamar a Dary y que, en menos que canta un gallo, vendría a pasar aquella semana conmigo.

Con esos pensamientos me quedé dormida, abrazando y acariciando mi vientre, porque todavía no había visto a mi bebé y ya lo quería con toda mi alma.

Capítulo 19

Rodrigo

Desde que Libertad se marchó a aquel crucero que me traía por la calle de la amargura hasta el día de la boda, miré sus redes sociales todos y cada uno de los días, esperando encontrar algo que me indicara lo que podía esperar.

La respuesta llegó dos días antes de la boda, cuando subió una foto con un hombre que, a primera vista, podía hacer pensar que eran tan solo amigos. Sin embargo, después leí el pie de foto y me dolió como si me hubieran apuñalado el corazón.

«Cuando piensas que estás en tu peor momento, la vida te demuestra que sí hay personas que merecen la pena, que te apoyan y te hacen reír como nadie. No me dejes nunca, Dary, porque me moriría de pena».

Eso era lo que ponía. Me lo había aprendido de memoria de tantas veces como lo había leído y, por eso, no me lo pensé más. Si ella había pasado página, yo tenía que cambiar de libro.

Cogí el móvil y llamé a Reyes. Sabía que me diría que sí, pues, desde la noche en la que nos acostamos, me había llamado varias veces y tenía claro que yo le gustaba mucho.

Si alguien podía ayudarme a quitarme a Libertad de la cabeza, era ella, porque en la cama era dinamita pura y, como persona, también era encantadora. Todo el mundo a su alrededor la adoraba y no encontraba a nadie mejor para que me acompañara a la boda de mi hermano.

Entré en mi habitación, me duché y me vestí para dirigirme al restaurante donde habíamos quedado, el mismo al que íbamos siempre y donde podíamos hablar con total intimidad, sin que nada ni nadie nos molestara.

—Hola, preciosa.

—Hola, corazón, ya había perdido la esperanza de que volvieras a llamarme.

—¿No sabes eso que dicen de que la esperanza es lo último que se pierde?

—Muy gracioso. ¿Dónde has estado metido durante todo este tiempo?

—Digamos que he estado muy ocupado, además de con el corazón roto.

—¿Quién ha osado partirle el corazón al soltero de oro de Sevilla?

—Hombre, tanto como el soltero de oro… Más bien el soltero de bronce, porque no he alcanzado el primer puesto del podio.

—¿Para qué me has llamado, Rodrigo? Quiero que seas completamente sincero conmigo, sin mentiras.

—Te he llamado para que me ayudes a olvidar a una mujer que me ha hecho mucho daño. Para que seas tú quien ocupe su lugar. Sé que puede sonar muy mal, pero, como me has pedido, quiero ser sincero.

—No suena mal, te lo aseguro. Suena perfecto y no dudes de que voy a conseguirlo. Eso sí, si logro ocupar su lugar, quiero un anillo en el dedo y una boda, contigo, por supuesto.

—No adelantemos acontecimientos, Reyes, por favor.

—Está bien, cenemos y veamos qué nos depara la noche…

—El sábado quiero que seas mi acompañante en la boda de mi hermano.

—Entonces tendré que ir de compras. No puedo presentarme en una boda con un vestido que ya he usado…

—Toma, ahí tienes quinientos euros para que te compres lo que quieras. Ahora sí, vamos a cenar y el sábado te recojo a las seis para ir a la boda.

—¿No vas a pasar la noche conmigo? Ya me había imaginado entre tus brazos, haciéndote gemir como siempre que estamos juntos.

—Me vas a perdonar, preciosa, pero esta noche no me apetece. Quizá con el tiempo…

—Está bien, me dejas en casa cuando cenemos y nos vemos pasado mañana para la boda.

La cena transcurrió como recordaba que solían hacerlo mis encuentros con Reyes, entre risas y anécdotas. Me sentí muy bien a su lado, como hacía tiempo que no me sentía, y aquello me reconfortó muchísimo.

Me despedí de ella en la puerta de su casa con un breve beso en los labios, que aprovechó para profundizar y llevarme al límite. ¿La detuve? Para nada. Dejé la mente en blanco y permití que me arrastrara hasta el interior.

Aquella noche no hicimos el amor, simplemente follamos como animales, todo hay que decirlo, porque dejé salir toda la furia y la rabia que me corrían por las venas por lo sucedido con Libertad en forma de embestidas y besos salvajes.

Sin embargo, no me sirvió de nada porque, en el momento en el que alcancé el clímax, me sentí vacío y sucio. Ni siquiera pensé en si ella había llegado o no, algo que nunca me había ocurrido.

Me levanté de la cama, me vestí y me marché, diciéndole a Reyes que nos veríamos el día de la boda y que fuera de compras para lucir todavía más bonita, porque tenía que resaltar por encima de todas las mujeres.

No sabía el motivo. Era como si quisiera que Alegría se lo contara, como si necesitara que Libertad supiera lo que había dejado escapar: un hombre completamente enamorado de ella, al que había cambiado por un polvo improvisado.

Pero la vida me tenía preparada una sorpresa, una que no me gustaría y que sentiría en lo más profundo del corazón, provocándome una herida que no sabía cuándo dejaría de sangrar.

Todo sucedió en el jardín del hotel durante el cóctel de la boda. Miré hacia donde se encontraban mi hermano y mi cuñada y allí estaba ella, con aquel tipo del crucero.

No podía decir que no estuviera preciosa, porque no habría sido cierto. Llevaba un vestido que resaltaba su silueta y parecía flotar por el césped, como si los zapatos de tacón se adaptaran a ella y no al contrario. No pude contenerme y me acerqué.

En cuanto la tuve delante y se dio cuenta de que no era yo quien se había casado, su rostro pasó de la incredulidad a la pena, como si se arrepintiera de todo lo que había hecho, pero ya era demasiado tarde.

Reyes se acercó y le di un beso en los labios para que Libertad comprendiera que ya no significaba nada para mí, aunque no fuera cierto, aunque me estuviera muriendo por dentro. Y terminó de quedarle claro cuando mi hermano se dirigió a mí.

—Rodrigo, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte —me dijo mi hermano.

—No me arrepentiré de nada. Ella ha decidido rehacer su vida y yo pienso hacer lo mismo —le contesté, acercando todavía más a Reyes contra mi cuerpo.

La vi marcharse y agradecí al cielo que no me hubiera dicho nada más, porque no habría sabido qué hacer y, probablemente, habría corrido detrás de ella y me la habría cargado al hombro como un cavernícola.

Justo cuando la observaba alejarse con aquel hombre, llegó Alegría, su hermana, que, al verme agarrado a Reyes, volvió a mirarme con la misma cara de desprecio que había puesto aquel día.

—¿Vas a seguir haciéndole daño? Lo digo para solicitar una orden de alejamiento contra ti.

—No te preocupes, pierde cuidado por eso, porque no volveré a acercarme a ella. Que siga con el tipo que conoció en ese crucero.

—No seas ridículo, de verdad. ¿Sabes una cosa? Mi hermana está enamorada de ti. Yo la conozco mejor que nadie y sería incapaz de estar con alguien que no fueras tú.

—Más vale que entres en sus redes sociales y mires la fotografía de los dos en el camarote. Eso sin contar que solo han reservado una habitación en este hotel.

Alegría se marchó, dejándome allí como si yo fuera el culpable de todo, cuando había sido su hermana quien me había cambiado por una versión barata y cutre de mí.

Me giré para tomarme una copa en la barra cuando noté que alguien se sentaba a mi lado. Pensé que sería mi hermano para volver a darme la chapa, pero no era él, sino el tipo con el que Libertad había venido a la boda.

—¿Qué te pasa? ¿Necesitas mis consejos para hacerla gemir como yo lo hacía?

—Pues mira, si tuviera alguna intención de acostarme con ella, lo mismo sí que me harían falta. Entre otras cosas, porque no tengo ni puta idea de cómo tratar a una mujer en la cama.

—¿Perdona? ¿Qué quieres decirme con eso?

—Bueno, veo que hoy te has dejado el cerebro olvidado en casa, porque creo que es bastante obvio lo que te estoy diciendo.

—¿Eres gay? ¿No te has acostado con Libertad?

—Sí y no. Sí, soy gay y no me he acostado con ella. Tan solo somos buenos amigos, nada más.

—Pero… esa foto, lo que puso en el pie de foto…

—¿La del camarote del crucero? Pues la has malinterpretado, porque ni hay un beso ni nada en esas palabras que indique que tenemos una relación más allá de la amistad.

Aquel tipo se marchó tal y como había llegado, dejándome con una cara de gilipollas que debió de notarse a leguas, porque mi hermano se acercó hasta donde yo estaba nada más mirarme.

—¿Qué te ha pasado, Rodri?

—Que soy gilipollas y he vuelto a cagarla.

—Te lo dije. Estoy seguro de que es con Libertad con quien la has jodido otra vez.

—Pues sí. Ese tipo con el que ha venido…

—Dary, así se llama.

—Bueno, pues Dary es gay y tan solo son amigos.

—Así nos lo presentó a Marta y a mí, pero, como siempre, tú vas por libre, piensas lo que te da la gana y actúas en consecuencia.

—Joder, se ha vuelto a marchar, pero ahora no puedo ir detrás de ella. Tengo que hablar con Reyes y decirle que lo nuestro se ha terminado.

—¿Te has acostado con ella? Como si lo estuviera viendo. Y ahora te remuerde la conciencia.

—Me siento como el culo, Alonso. ¿Cómo he podido ser tan gilipollas?

—Yo no he parido a un hombre cobarde. Y desde ya te digo que, si no es Libertad, no quiero a ninguna otra mujer como nuera —dijo mi madre.

—Mamá, por favor, que ya tengo suficiente presión encima.

—Como tú mismo dices, me importa un cojón de pato la presión que tengas. Tú la has cagado y tú lo solucionas, así de sencillo.

—Y pensar que casi se carga mi boda… Menos mal que tuvo la integridad de no contarle nada a Marta o habría perdido a mi mujer y a mi bebé.

—Claro, y tú también te callaste que ella era la organizadora de la boda. Con lo sencillo que habría sido que me dijeras su nombre para que pudiera hablar con ella antes de llegar a esto.

—No, verás tú si al final voy a ser yo el culpable. O, mejor todavía, la culpa la tiene mamá por parir gemelos idénticos.

—Yo, cuando estabas empezando con Marta y ella intentó besarme, la frené y le expliqué que éramos gemelos. Tú podrías haber hecho lo mismo cuando Libertad te dijo que se había acostado contigo.

—No le des la vuelta al asunto, Rodri. El único culpable de todo este embrollo has sido tú. Si te hubieras quedado quietecito y hubieras hablado con ella en cuanto descubrió que éramos dos, ahora no estarías lamentándote.

No quise seguir hablando con nadie, así que me quedé sentado en la barra y las copas fueron cayendo una detrás de otra. Me las bebía como si fueran vasos de agua hasta que mi padre, al verme, se sentó a mi lado.

—¿Piensas dejar a todo el bar sin existencias?

—Si eso consigue que olvide lo idiota que soy, estoy dispuesto a hacerlo.

—Lo único que vas a conseguir es un fuerte dolor de cabeza y un malestar general que no te dejará ni levantar la cabeza de la almohada. Así que para ya, porque tendrás que estar a pleno rendimiento si quieres ir mañana a buscarla.

Capítulo 20

Libertad

Aquellos días lejos de todo me habían venido muy bien. Había ordenado mis ideas y ahora sabía lo que quería, lo que necesitaba, sin tener que darle más vueltas.

Avisé a mis padres para que vinieran, pues los necesitaba, y les pedí que trajeran también a Alegría. De ese modo, podría contarles a todos lo que me ocurría y lo que había decidido hacer.

Sabía que no se lo tomarían demasiado bien, sobre todo cuando descubrieran que estaba embarazada, pues querrían permanecer a mi lado durante todo el proceso, hasta que naciera mi bebé. Sin embargo, no podía quedarme en Sevilla solo para tenerlos cerca.

La ciudad era muy grande, pero solo pensar que podía salir a tomar algo con los chicos y sus parejas y encontrarme allí a Rodrigo acompañado de aquella mujer hacía que el vello se me pusiera de punta.

Estaba sentada en el porche, esperando a que llegaran. Por la hora que era y el tiempo que había transcurrido desde que me avisaron de que salían de Sevilla, no debían de tardar demasiado.

—Ya estamos aquí, hermanita —dijo Alegría al bajar del coche.

—¡No sabéis las ganas que tenía de veros!

Corrí hacia ellos y me abracé a mi familia, esa que tanta falta me hacía en aquellos momentos y de la que tendría un apoyo incondicional, hiciera lo que hiciera.

—¿Cómo estás, mi niña? —preguntó mi madre.

—Bueno, no tan bien como quisiera, pero tampoco tan mal como algunos desearían verme.

—No digas eso, cariño. Todo el mundo te adora y nadie quiere verte mal.

—Ay, mamá, si tú supieras…

—Pues cuéntamelo y así lo sabré.

—No merece la pena. Lo que tengo que contaros es mucho más importante que todo lo que ha sucedido y necesito que estéis de mi lado, sobre todo tú, Ale.

—A mí me tendrás siempre, hasta para hacer puenting, si es eso en lo que estás pensando, aun sabiendo que me dan pánico las alturas.

—No es nada de eso, aunque un poquito de vértigo sí te va a dar lo que estoy pensando hacer.

—Hija, por lo que tú más quieras, habla ya de una vez, que me estás asustando —dijo mi padre, y yo solté una carcajada.

Entramos en la casa, pues el calor era especialmente agobiante aquel día, y saqué refrescos para todos, excepto para mi padre, que prefería tomarse una cerveza bien fría. También preparé algo de picar, ya que era la hora del aperitivo.

Nos sentamos alrededor de la mesa del salón y, cuando comprobé que tenía toda su atención y que los tres esperaban impacientes aquello que debía contarles, empecé a hablar.

—Familia, lo primero que tengo que deciros es que estoy embarazada…

—Mi vida, enhorabuena —dijo mi padre.

—Gracias, papá. Sabía que podría contar con vuestro apoyo.

—¿Se lo vas a contar? Tiene derecho a saberlo —me dijo mi hermana.

—¿A quién tiene que decírselo? —preguntó mi madre.

—A nadie, porque este bebé será solo mío. Si alguien pregunta, diré que me he sometido a un tratamiento de inseminación artificial. Nada más.

—No me parece justo, porque ese bebé es cosa de dos, no solo tuya —dijo mi hermana, enfadada.

—Tu hermana tiene todo el derecho del mundo a hacer lo que le dé la gana, sobre todo si sabe que ese hombre no es bueno ni para el bebé ni para ella —replicó mi padre.

—Pero es que eso no es así. Ese hombre está locamente enamorado de ella, es abogado y tiene una buena posición económica. No entiendo qué puede tener de malo.

—Eso de que está enamorado de mí es mentira. Además, él ya tiene a otra persona en su vida y no pienso obligar a nadie a tenerme presente por cojones. ¿Ha quedado claro?

Sí, estaba muy enfadada, porque había pensado que mi hermana me apoyaría. Sin embargo, por lo visto, prefería ponerse de parte de su novio antes que de la mía y, si me daba la razón, estaba claro que terminaría discutiendo con él por culpa de su amiguito.

Mi madre se sentó a mi lado y me cogió de las manos para tranquilizarme. En cierto modo, lo consiguió, así que decidí continuar hablando y terminar de contarles mis planes.

—Lo siguiente que tengo que deciros es que me marcho de la ciudad.

—¿De qué estás hablando? —preguntó mi madre, pensando que me refería a unos días.

—Quiero expandir el negocio. Como mi hermana y Diego son perfectamente capaces de sacar adelante la oficina de Sevilla, yo quiero intentarlo en una ciudad como Málaga.

—¿Estás segura de que quieres hacer eso?

—Más segura que nunca. Papá, no puedo quedarme allí y arriesgarme a cruzarme con ese hombre y su novia cada vez que salga o vaya a tomar algo con mi hermana y mi cuñado. No hasta que haya aprendido a vivir sin él.

—Mi niña, si eso es lo que necesitas, tu familia estará ahí para apoyarte, aunque tengamos que ir todos los fines de semana a verte —dijo mi madre, abrazándome como solo una madre sabe hacerlo.

Mi hermana, después de recapacitar un poco, también se acercó para abrazarme. Luego se puso de rodillas delante de mi vientre y comenzó a hablarle al bebé con una ternura que parecía demostrar que ya le costaba separarse de nosotros.

—Enano, o enana, porque todavía no sabemos qué eres, te habla tu tía la loca. Te aseguro que serás el bebé más querido del mundo, tanto por tu madre como por todos nosotros, y que nunca te faltará de nada.

Las palabras de mi hermana me emocionaron de tal manera que no pude evitar que unas lágrimas resbalaran por mi rostro. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, no eran de pena, sino de felicidad.

Aquel día no me importó salir a comer al bar. El dueño era amigo de mi padre desde que eran niños y salió a recibirlo para darle el abrazo que llevaban tanto tiempo sin poder darse, pues hacía mucho que mi padre no visitaba el pueblo.

Cuando le contó que iba a ser abuelo, porque solo le faltó anunciarlo en la valla de entrada al pueblo de lo orgulloso que estaba, el hombre nos invitó a una ronda de chupitos. El mío sin alcohol, por supuesto.

Pasamos el resto del día en el pueblo y, al atardecer, volvimos a Sevilla. Yo no permanecería allí demasiado tiempo, solo el necesario para prepararlo todo y acudir al ginecólogo, ya que mi madre quería quedarse tranquila sabiendo que el embarazo iba bien.

Me instalé en casa de mis padres, pues no quería volver a la mía más de lo imprescindible, y mi hermana se encargó de recoger todo lo que le había pedido, dejando el resto tal y como estaba.

No sabía cuánto tiempo permanecería fuera, por lo que le dije que se quedara con las llaves por si surgía algún problema o por si Víctor y Diego querían dormir allí después de alguna barbacoa y evitar así tener que coger el coche.

Aquella mañana fui con mi madre al ginecólogo. Me repitió la prueba, que volvió a dar positivo, como no podía ser de otra manera, y, por la fecha de mi última regla, calculó que estaba de unas seis semanas. Después me tomó la tensión, me pesó y solicitó una analítica completa para comprobar que todo estuviera bien.

—Vamos a pasar a la sala de diagnóstico para hacerte una ecografía. Como todavía estás de pocas semanas, tendrá que ser vaginal, pero así podremos comprobar que el embarazo está bien ubicado —nos explicó el doctor.

—La abuela está como loca por verlo, doctor.

—Hija, es que es mi primer nieto. No puedo estar de otra manera —respondió mi madre mientras el médico negaba con una sonrisa.

Me recosté en la camilla y seguí las indicaciones que me dio. Durante unos instantes, permaneció en silencio mientras observaba la pantalla. No pude evitar fijarme en su expresión, sobre todo cuando frunció ligeramente el ceño y movió el ecógrafo.

—Doctor, ¿ocurre algo?

—No te preocupes, no es nada malo.

—¿A qué se refiere? Porque nos está asustando —dijo mi madre.

El ginecólogo volvió a mirar la pantalla antes de sonreír.

—Libertad, aquí no hay un saco gestacional.

—¿Cómo que no hay ninguno? Si las pruebas han dado positivo…

—No he dicho que no haya ninguno. He dicho que no hay uno. Hay dos.

—¡No me joda!

—Veo que la noticia te ha sorprendido —comentó, conteniendo la risa—. Es un embarazo gemelar. Se observan dos sacos gestacionales, aunque tendremos que ir controlando su evolución durante las próximas semanas.

Os prometo que casi me caí de la camilla mientras mi madre lloraba de alegría. Por lo visto, como si no tuviera suficiente con la posibilidad de traer al mundo a un clon de Rodrigo, ahora tendría dos.

—Libertad, ¿estás segura de que quieres marcharte lejos? —preguntó mi madre.

—Ahora más que nunca, mamá. Tendré que ser fuerte por ellos. Aunque no tengan a su padre, tendrán una madre que hará todo lo posible para que no les falte nada.

Capítulo 21

Libertad

Esa misma tarde terminé de cargar en el coche todo lo que me llevaría a Málaga. Antes de marcharme, mi madre se encargó de repetirme mil veces que, si me encontraba mal o notaba cualquier molestia, llamara primero a una ambulancia y después a ella o a mi padre, que se plantarían a mi lado antes de que cantara un gallo.

—Lo sé, mamá, no hace falta que me lo repitas más, de verdad.

—Hija, es que sigo pensando que deberías quedarte aquí, cerca de nosotros.

—Mamá, te he dicho que, cuando falten dos meses para que nazcan, me vendré a tu casa y no volveré a moverme hasta que haya terminado mi baja maternal.

—Eso espero, porque, como me pierda el nacimiento de mis nietos, voy a estar dándote cates hasta que los niños hagan la mili.

—Mamá, la mili la quitaron hace muchos años.

—Pues imagínate hasta cuándo voy a estar dándote cates.

Mi madre era así, no se callaba ni debajo del agua, y ese era precisamente mi temor: que se encontrara con Rodrigo o que él fuera a buscarme y terminara contándoselo todo, desde mi paradero hasta mi embarazo.

Se lo había advertido a todos, uno por uno, pero en especial a mi hermana, pues no quería que le dijera absolutamente nada a nadie, ni a Jaime, ni a Diego ni a ningún otro. Ya se enterarían cuando tuvieran que hacerlo.

Lo sentía por Diego, que había sido mi amigo desde que éramos pequeños, pero no confiaba en que, durante un momento de debilidad, le contara a Víctor que estaba embarazada y que este, a su vez, se lo dijera a Rodrigo.

Él tenía derecho a continuar con su vida y no sería yo el lastre que lo mantuviera anclado a mí. Podéis pensar que estaba siendo egoísta, pero nada más lejos de mis verdaderas intenciones. A mí me dolía más que a nadie privar a mis hijos de su padre.

Después de despedirme de mi familia, puse rumbo a Málaga. Durante los días anteriores había hablado con Dary, que me ofreció su casa para que viviera con él, pero yo necesitaba tener mi propio espacio, así que me ayudó a encontrar una vivienda y un local.

No quería volver a vivir en un piso. Me había acostumbrado a hacerlo en una casa con jardín, piscina y todas las comodidades necesarias para no tener que salir a ninguna parte, y no estaba dispuesta a dar un paso atrás.

Dary me esperaba en mi nueva casa, que era preciosa. Se encontraba a las afueras de Málaga y contaba con todo lo que había pedido. Además, estaba distribuida en una sola planta, algo que me facilitaría mucho la vida cuando tuviera más barriga que cuerpo.

Era de planta abierta, otra de las cosas que me gustaban porque, cuando los niños crecieran, podría vigilarlos mientras preparaba la comida o hacía cualquier otra cosa en la cocina.

Tenía tres habitaciones. Una de ellas era enorme y sería la de los niños, porque cabrían perfectamente las dos cunas y el cambiador sin que el espacio se viera agobiado. Además, podría moverme por ella sin ningún problema.

La otra habitación grande, que tenía vestidor y baño propio, sería la mía, para disponer también de suficiente espacio para mí y mis cosas, aunque no tuviera tantas como para llenar aquel vestidor.

La tercera, que era un poquito más pequeña, la convertiría en mi despacho, como el que tenía en Sevilla, y sería desde donde trabajaría cuando ya no pudiera moverme con tanta agilidad.

—¿Te gusta?

—¿Estás de coña? Es preciosa y perfecta para mí.

—¿Tienes que contarme algo o voy a tener que adivinarlo?

—No vas a tener que adivinar nada, porque pensaba hacerlo ahora mismo, en cuanto nos sirvamos algo fresquito de beber, que me estoy muriendo de calor.

—Vamos, como la que viene de vivir en Groenlandia.

—No, más bien vengo de vivir en un horno. Aunque aquí también hace muchísimo calor.

—¿Quieres dejar de divagar y contarme qué te estás guardando?

—Estoy embarazada, vienen dos bebés y el padre es Rodrigo.

—Toma ya. Eso es un titular y no los que ponen en el telediario.

—¿No querías que te lo contara todo? Pues ahí lo tienes.

—¿Se lo has dicho al padre?

—No, no quiero interrumpir su vida…

—¿Qué cojones de vida, Liber? Ese hombre habló conmigo el día de la boda, después de que te marcharas, y está completamente enamorado de ti. Si se acostó con esa mujer fue porque pensaba que tú y yo estábamos liados.

Si me hubiera dado un puñetazo, no me habría dolido ni impactado tanto como que me confirmara que se había acostado con ella, os lo juro. Ahora sí lo tenía claro: nunca había estado enamorado de mí porque, de haber sido así, no habría podido acostarse con otra.

—Siento haber sido tan brusco al decírtelo, pero ya sabes que la delicadeza no es lo mío.

—No te preocupes. La verdad es la que es, por mucho que pueda dolerme. Disfrazarla o maquillarla solo serviría para que me hiciera ilusiones con algo que no existe.

—Debes contárselo al padre, Libertad. Tiene derecho a saberlo. Además, tus hijos deberían tenerlo cerca, esté o no contigo.

—Eso es asunto mío y de nadie más, y así va a seguir siendo. Entiendo que no estés de acuerdo conmigo, que pienses que soy una egoísta e incluso que decidas alejarte de mí, pero…

—No voy a marcharme, amiga. Te prometí que estaría aquí cuando me necesitaras y no pienso incumplir mi palabra. Otra cosa es que comparta tu decisión.

—Gracias, amigo. Por cierto, necesito ver el local para encargar el mobiliario y la decoración y poner un cartel en el que se anuncie que busco personal. Antes de que ya no pueda moverme con soltura, necesito enseñar a alguien.

—Venga, vamos, aunque te adelanto que parte del trabajo ya está hecho.

Volvimos a montar en el coche, esta vez en el suyo, porque el mío seguía hasta arriba de cajas y de todo lo que había traído de casa. No pudimos aparcar en la calle donde se encontraba el local, pues era peatonal, aunque también de lo más céntrica.

Al llegar y verlo todo, me quedé con la boca abierta. Mi amigo se había puesto de acuerdo con mi hermana, que le había enviado fotografías del local de Sevilla, y había conseguido hacer una réplica casi exacta.

—Ahí, en ese dosier, tienes los datos de todas las empresas dispuestas a trabajar contigo: tiendas de vestidos de novia, imprentas y salones de celebraciones. Además, en todas ellas hay tarjetas de tu empresa.

—¿Me lo dices de verdad? Es como un sueño hecho realidad, te lo juro. No sabes la cantidad de trabajo que me has adelantado.

—Dice el refrán que siempre es bueno tener amigos hasta en el infierno. Además, he tirado de agenda, así que no te preocupes.

Dary se encargaba de la publicidad de muchas empresas, de crear sus logotipos y de diseñar las ideas para los anuncios y demás campañas, que después llevaba a cabo otra empresa. Habían intentado contratarlo en varias compañías importantes, pero jamás había querido renunciar a su libertad ni a su independencia.

—Mañana, a primera hora, tendrás que venir, porque tienes varias entrevistas para el puesto que estás buscando. Me he permitido la licencia de seleccionar a quienes me han parecido más adecuados, pero, si no te gustan, tengo una larga lista de currículos.

—¿Te he dicho ya que te quiero y que deberías plantearte cambiar de acera?

—Claro que sí. Ahora mismo voy a cambiarme a la de enfrente, que hay más sombra y los bombones como yo podemos derretirnos…

Solté una carcajada porque seguía igual, con el mismo sentido del humor y el mismo cariño hacia mí que el primer día que nos conocimos. Le di un abrazo enorme. Me encantaba que me rodeara con sus brazos porque me hacía sentir de lo más protegida.

Después de comprobar que todo estaba listo y a mi gusto, nos marchamos a dar una vuelta por la ciudad y terminamos en la playa, sentados en un chiringuito mientras comíamos espetos.

La verdad era que apenas notaba que estaba embarazada. Me refiero a que no tenía ninguno de los síntomas típicos de los que solían quejarse muchas mujeres: ni náuseas, ni fatiga, ni cansancio, ni nada parecido.

Volvía a sentirme viva, querida y protegida, aunque no fuera por el hombre que continuaba ocupando mi cabeza, ese que se había instalado allí como un okupa y al que no había manera de echar.

Pusimos rumbo a mi casa, donde Dary me ayudó a descargarlo todo y a colocar cada caja en la habitación correspondiente antes de marcharse a la suya. Tenía que continuar trabajando, pues llevaba entre manos una campaña importante.

Llamé a mi madre para decirle que estaba bien y contarle todo lo que Dary había hecho por mí. Mis padres le habían cogido muchísimo cariño desde que les expliqué que no me había dejado sola en ningún momento.

Capítulo 22

Rodrigo

Tal y como me había advertido mi padre, al día siguiente no podía ni moverme. Sentía como si viajara en un barco; todo me daba vueltas y tenía el estómago como una centrifugadora.

Mi madre había sido la encargada de decirle a Reyes que se marchara de la boda. Según ella, ya tenía suficientes complicaciones en mi vida como para preocuparme por otra más que, además, no tenía ni pies ni cabeza.

Recordaba perfectamente el momento en el que se acercó hasta la barra donde yo estaba, completamente indignada. La entendía porque, si me hubieran hecho lo mismo, habría reaccionado igual o incluso peor, así que no tenía nada que reprocharle.

—Eres un hijo de puta que piensa que, por tener dinero y una cara bonita, puede ir por ahí avasallando y jugando con los sentimientos de las personas, pero esto no va a quedar así.

—Nunca te he engañado. Te lo dije desde el primer momento: estoy enamorado de una mujer y esa mujer no eres tú.

—No era eso lo que me demostrabas anoche, cuando te metiste entre mis piernas y follabas como si no hubiera un mañana.

—Tú misma lo has dicho, follamos, nada más. Y no te imaginas cuánto me arrepiento de haberlo hecho.

Me soltó una bofetada que resonó por todo el salón, pero me daba igual. Me la merecía y no pensaba mover ni un dedo para impedirlo. La vi salir de allí como si fuera la reina de la fiesta y alguien acabara de destronarla.

Después de la boda, ni mi madre ni mi padre me permitieron volver a mi ático. Decían que allí seguiría bebiendo hasta perder el conocimiento y que estaría solo, con el riesgo de que pudiera ocurrirme algo.

Por eso, me montaron en su coche y me llevaron hasta su casa, concretamente a mi antigua habitación, la misma en la que dormía durante las Navidades, porque mi madre quería tener a todos sus polluelos bajo las alas en esas fechas.

Intenté levantarme, pero os prometo que no podía. O, al menos, no debía hacerlo si no quería terminar en el suelo con la cabeza abierta, que era exactamente lo que ocurriría si conseguía ponerme en pie.

—¿Puedo pasar? —preguntó mi madre desde la puerta después de llamar.

—Claro, es tu casa. No tienes que pedirme permiso.

—Es mi casa, pero esta es tu habitación y sabes que nunca he entrado sin llamar antes.

—Eso es cierto. Dime, mamá, ¿qué te ocurre?

—A mí no me pasa nada, cariño. Solo venía a preguntarte cómo te encuentras.

—Mal, mamá, no voy a engañarte. He perdido a la mujer de mi vida por idiota y eso no me lo perdonaré nunca.

—Cariño, conocí a Libertad mientras organizaba la boda de tu hermano y tengo que reconocer que es una mujer de armas tomar, con las ideas muy claras, pero no me pareció nada rencorosa.

—No puedo ponerme delante de ella y decirle que me acosté con Reyes la noche anterior a la boda, que lo hice porque pensé que ya me había olvidado y que Dary la había ayudado a conseguirlo.

—Precisamente eso es lo que debes hacer. Buscarla y hablar con ella con la verdad por delante, sin ocultarle nada más y abriéndole tu corazón.

—No va a querer escucharme, te lo aseguro.

—Pero, si te quedas aquí regodeándote en tu desgracia, nunca sabrás si estás en lo cierto. Además, no pierdes nada por intentarlo.

—En eso tengo que darte la razón. Voy a darme una ducha y después iré a buscarla.

Me metí en la ducha, me puse ropa cómoda y salí dispuesto a encontrarla. Tenía que hablar con ella, decirle que todo había sido un error por mi parte, que la quería y que no podía vivir sin ella.

Llamé a un taxi, pues no me atrevía a coger el coche en el estado en el que me encontraba. No por mí, porque, al fin y al cabo, si me ocurría algo, me lo habría buscado, sino porque, si atropellaba a alguien o provocaba un accidente, me remordería la conciencia durante el resto de mi vida.

Llegué hasta su casa, pero ella no estaba. Solo encontré a Alegría, que charlaba con Jaime en el jardín y me abrió la puerta porque mi amigo insistió. Si hubiera sido por ella, me habría dejado en la calle.

—Tengo que hablar con tu hermana. Por favor, Ale, dime dónde está.

—No tengo ni idea, pero, aunque lo supiera, tampoco te lo diría. Creo que ya va siendo hora de que la dejes en paz.

—Ale, te lo juro, estoy enamorado de ella. Tengo que decírselo, pedirle que me perdone y proponerle que empecemos de cero…

En aquel momento rompí a llorar de una manera desgarradora, como si me estuvieran arrancando el alma del cuerpo, como si me vaciara delante de ellos. Ninguno de los dos dijo una sola palabra. Se limitaron a acompañarme hasta que conseguí desahogarme por completo.

—Te lo juro, Rodrigo, no sé dónde está.

—Por favor, si hablas con ella, dile que necesito verla, que necesito pedirle perdón.

—Se lo diré, no te preocupes, pero no te marches todavía. Lo mismo viene ahora. De verdad que no tengo ni idea de dónde está, ni siquiera la vi después de la boda.

Me senté con ellos y me tomé una cerveza, aunque poco más podía hacer. Cuando comprobé que Libertad no aparecía y, dada la hora que era, entendí que tampoco lo haría. Lo mismo había decidido marcharse unos días con Dary y yo estaba allí interrumpiendo a mi amigo y a su chica.

Pedí otro taxi y regresé a casa, pero esta vez a la mía, a mi ático. Quería estar solo, sentarme en la terraza y contemplar las vistas que tenía desde allí, pues era lo único que conseguía tranquilizarme. Era eso o encontrarla, y lo segundo parecía bastante más complicado.

Los días pasaron y todo continuó igual. Libertad no aparecía y su hermana aseguraba que no sabía dónde se encontraba, que la única persona a la que le había contado su paradero era a su madre y que esta no soltaba prenda.

Siendo sincero, al principio pensé que Alegría mentía y que se negaba a decirme dónde estaba. Dejé de creerlo el día en el que la vi realmente preocupada por su hermana. Fue en casa de Jaime, una tarde en la que me invitaron a bajar para tomar un vino con ellos.

—No sé dónde está y eso me preocupa, Rodrigo. Mi hermana debe de encontrarse muy mal para desatender el negocio de esta manera —me confesó Alegría.

—No pienses así, cariño. No lo ha dejado desatendido, lo ha puesto en tus manos y en las de Diego. Lo mismo necesita estar sola —respondió Jaime.

—Nunca ha hecho algo así. Siempre nos lo hemos contado todo y siento que se está alejando de mí.

Estuvimos hablando durante un buen rato, intentando averiguar qué podía estar pasando por la cabeza de Libertad, pero no sacamos nada en claro.

Aquella noche apenas dormí, pues se me pasaron por la cabeza infinidad de cosas y ninguna era buena, no voy a mentiros. A las cinco de la mañana me levanté y me puse a hacer deporte, porque era lo único que conseguía calmarme.

Así fueron transcurriendo los días, las semanas y los meses, y yo continuaba sin saber nada de Libertad. Había vuelto al trabajo y se acercaban las Navidades. El frío ya estaba presente en las calles, aunque yo me sentía helado por dentro desde aquel mes de agosto en el que todo se fue a la mierda.

Aquella mañana tenía que ir al banco, pues uno de mis clientes había heredado una importante cantidad de dinero y quería asesoramiento para invertirla. Me habían hablado de un empleado de una sucursal que, según decían, era el mejor, y había concertado una cita con él.

—Adelante, puede pasar —me dijo aquel hombre desde la puerta de su despacho.

—Buenos días, señor Santana. Mi nombre es Rodrigo Dávila y vengo en representación del señor…

—Sé quién eres, mucho mejor de lo que imaginas.

—¿Perdón? No lo entiendo…

—Soy Manuel Santana, el padre de Libertad y Alegría.

—Por favor, señor Santana, necesito hablar con su hija. Mi vida no ha vuelto a ser la misma desde que ella se marchó.

—Le aseguro que la suya tampoco. Ha tenido que irse de aquí para no cruzarse contigo y…

—¿Y qué? Dígame la verdad, por favor.

No me dio tiempo a terminar la frase cuando la escuché detrás de mí, hablando con uno de los empleados del banco. El hombre le decía que estaba muy guapa y que aquello le había sentado muy bien.

No supe a qué se refería hasta que me di la vuelta y la vi. Lucía un vientre de embarazada bastante pronunciado y, os prometo, el mundo se me cayó encima.

—No saques conclusiones antes de tiempo, Rodrigo. Habla con ella —me advirtió su padre.

Capítulo 23

Libertad

Había vuelto a Sevilla, pero seguía instalada en casa de mis padres. Tenía que reconocer que me sentía como en una ratonera, pues estaba acostumbrada a mi casa, mi jardín y mi espacio, sin tener a nadie detrás de mí preguntándome cada dos minutos cómo me encontraba.

Por mucho que insistiera mi madre, ya no aguantaba allí ni un minuto más. Pensaba marcharme a mi casa de Sevilla, donde tendría a mi hermana cerca por si me ocurría algo.

Estaba de veinticinco semanas y mi vientre se veía bastante abultado. Teniendo en cuenta que llevaba dos vidas en mi interior, era lo más lógico. Lo raro habría sido que continuara plana como una tabla.

No podía conducir y mi hermana estaba ocupada con la organización de una cena de empresa, una de esas que se celebraban en Navidad y en las que todo el mundo perdía la cabeza. Diego, por su parte, se había levantado con fiebre y no había podido ir a trabajar.

Se había enterado de mi embarazo unos días antes, cuando regresé a Sevilla, y se pasó toda una jornada sin dirigirme la palabra. Al final, consiguió entender que no se lo había ocultado porque desconfiara de él, sino porque intentaba proteger mi corazón.

Por ese motivo, solo me quedaba una persona a la que recurrir para que me llevara a casa. No me apetecía coger un taxi porque, últimamente, todos los coches me olían mal y me revolvían el estómago. Cosas del embarazo.

Entré en la sucursal donde trabajaba mi padre y Antonio, uno de sus compañeros, me detuvo para preguntarme cómo me encontraba y decirme que me veía muy guapa, que el embarazo me había sentado muy bien.

Sin embargo, la mayor sorpresa me la llevé al girarme. Allí estaba mi padre, sí, pero también la persona a la que menos me apetecía ver, esa que me miraba como si acabara de caerle el mundo encima, y aquello sí que no podía soportarlo.

—No saques conclusiones antes de tiempo, Rodrigo. Habla con ella —le dijo mi padre.

Os prometo que, si en aquel momento me hubieran pinchado, no me habrían sacado ni una gota de sangre. Creo que hasta me mareé, porque lo último que esperaba era que mi padre se pusiera de su parte.

Era cierto que, conforme avanzaba el embarazo, me había planteado contarle la verdad a Rodrigo. No por mí, ni siquiera por él, sino por nuestros hijos, que no se merecían perder la figura de su padre por culpa de una decisión que había tomado yo.

Por eso, me armé de valor, antepuse a mis hijos a todo lo demás y decidí hablar con él. Sin embargo, no quería hacerlo allí, delante de todo el mundo, porque a nadie más le incumbía lo que estaba sucediendo entre nosotros.

—Eso, Rodrigo, tenemos mucho de lo que hablar.

—¿Estás segura? Porque creo que me he perdido algo —me dijo, señalando mi vientre.

—Uy, te has perdido mucho, no solo algo, pero no quiero hablar contigo aquí. Si tienes que llamar a tu novia para decirle que vas a llegar tarde, hazlo, porque la charla será larga y tendida.

—¿De qué coño de novia estás hablando, Libertad? ¿No te ha contado tu hermana lo que ocurrió el día de la boda de Alonso?

—No, entre otras cosas porque, cuando nos hemos visto o hemos hablado, le he prohibido que me cuente nada relacionado contigo.

—Entonces tienes razón, la charla será larga de cojones.

—Rodrigo, ¿te encargas tú de llevarla a casa? Como puedes comprobar, no está en condiciones de conducir con esa barriga —le preguntó mi padre.

—Por supuesto que me encargo, siempre que ella me deje, claro.

Lo miré y asentí. No sabía qué había sucedido el día de la boda ni si continuaba con aquella mujer, pero el efecto que tenía sobre mí seguía siendo el mismo. Me ponía tan nerviosa como el primer día, y él se dio cuenta en cuanto reparó en mis manos, que temblaban como hojas.

Rodrigo y mi padre se despidieron. Este último le dijo algo en voz baja que no conseguí escuchar, aunque, al separarse, ambos esbozaban una sonrisa.

—Por aquí, por favor. ¿Dónde vamos?

—¿Cómo que dónde vamos?

—Me refiero a si prefieres ir a tu casa o a mi ático.

—A mi casa, por supuesto. Necesito estar en mi jardín. En casa de mis padres me siento enjaulada.

—Libertad, estamos a nueve grados. ¿Cómo vas a sentarte en el jardín?

—Pues poniendo el culo en una silla, como todo el mundo. Hace sol, son las doce de la mañana y no aguanto más tiempo encerrada.

—Está bien, como quieras.

Nos montamos en su coche y pusimos rumbo a mi casa. Siendo sincera, me pareció que me había dado la razón como a las locas para evitar discutir conmigo. Era cierto que, desde que estaba embarazada, sufría constantes cambios de humor y podía pasar de la risa al llanto y, de este, al enfado en menos de cuatro minutos.

Hicimos el trayecto en completo silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Los míos estaban claros: intentaba encontrar la mejor manera de decirle que iba a ser padre sin provocarle un infarto, sobre todo cuando descubriera que eran dos.

Sin querer, una sonrisa apareció en mi rostro y Rodrigo se dio cuenta, pues no tardó ni un segundo en preguntarme qué era eso que me hacía tanta gracia, aunque no lo hizo en mal tono, todo hay que decirlo.

—Mejor te lo cuento cuando lleguemos, porque no quiero que tengamos un accidente.

—Vaya, qué ánimos me estás dando. Ya no sé si pensar en algo bueno o ponerme en lo peor.

—No, no, es algo bueno, al menos para mí, pero no sé cómo vas a tomártelo tú.

—Esperemos que me lo tome igual que tú.

Abrí con el mando la puerta de la verja y entramos con el coche. Aparcó junto al de mi hermana porque el mío se había quedado en la casa de Málaga, ya que había regresado a Sevilla en tren.

Me encantaba la casa que tenía allí, pero aquella era especial. En ella había vivido algunos de los mejores momentos de mi vida, aunque también los peores. Era mía; allí estaban mis raíces, mi hermana y mis padres.

El local de Málaga funcionaba muy bien, pues los chicos que había contratado se habían implicado muchísimo. A pesar de que llevábamos pocos meses trabajando, ya teníamos ocupados con bodas todos los fines de semana desde mayo hasta septiembre, además de varios eventos durante los meses anteriores.

—¿Te bajas o te traigo una hamaca hasta aquí? —me preguntó Rodrigo, pues me había quedado ensimismada y se me había ido el santo al cielo.

—Perdona, estaba pensando.

—Espero que fuera en algo relacionado conmigo porque, de no ser así, me decepcionaría bastante.

—Pues lo siento por ti, pero estaba pensando si volvía a Málaga o me quedaba definitivamente en Sevilla.

—¿Ahí es donde has estado? ¿Viviendo en Málaga?

—Pues sí. Y no vayas a pensar que lo hice con Dary, aunque me ha ayudado muchísimo a salir adelante.

—Hombre, tampoco habría tenido nada de malo que te hubieras alojado con él, teniendo en cuenta que es gay…

—¿Cómo sabes tú eso?

—Será porque me lo contó él mismo el día de la boda.

—Joder, es verdad. Me dijo que había estado hablando contigo, pero no que hubiera salido del armario delante de ti.

—Pues sí, y me hizo sentir como un completo idiota, porque todo lo que hice fue por despecho, Libertad. Te juro que no siento ni he sentido nunca nada por esa mujer.

—¿No estás con ella? ¿No era tu novia?

—Para nada. Era una chica con la que me acostaba antes de conocerte. Tienes una extraña obsesión por buscarme novia cuando la única mujer en la que estoy interesado eres tú.

—¿Incluso con mi enorme barriga?

—Debes de estar a punto de dar a luz. ¿El padre no ha querido saber nada del embarazo?

—Pues lo cierto es que el padre de los bebés ni siquiera sabe que existen. Se está enterando ahora mismo, fíjate.

—¿Cómo va a enterarse ahora si aquí solo estamos tú y yo?

—Ay, Rodrigo, te digo lo mismo que me dice Dary a mí: se ve que esta mañana te has dejado el cerebro en la mesilla de noche.

Se quedó mirándome como si acabara de contarle el argumento de una película o la sinopsis de un libro. Pasaron unos segundos hasta que comprendió lo que le estaba diciendo. Entonces se arrodilló delante de mí y ninguno de los dos pudo contener las lágrimas.

Capítulo 24

Rodrigo

Antes de despedirnos, Manuel se acercó y me dijo algo al oído para que nadie más se enterara. Sus palabras me llegaron al alma, aunque todavía no sabía qué era aquello que Libertad tenía que contarme.

—Bienvenido a la familia, Rodrigo.

—Gracias, don Manuel.

—Sin el don, hijo, que no soy tan viejo.

El trayecto me resultó más largo que nunca. Era como si alguien estuviera estirando las calles, como si el destino no quisiera que llegáramos. En un momento determinado, una sonrisa apareció en los labios de Libertad, una que me supo a gloria, aunque no consintió en explicarme qué la había provocado.

Y ahora estábamos allí, hablando de mi relación con Reyes. Le había explicado que entre ella y yo solo había habido sexo, que no existían sentimientos y que la única mujer que me interesaba era Libertad.

No sabía cómo sacar el tema de su embarazo y lo intenté de la forma más sutil que pude, pero no esperaba la respuesta que me dio. Os juro por lo más sagrado que no supe cómo reaccionar. Lo único que pude hacer fue caer de rodillas delante de ella y dejar que las lágrimas brotaran solas.

—Jamás imaginé que tener un bebé pudiera hacerme sentir todo esto.

—No vas a tener un bebé.

—Bueno, técnicamente vas a tenerlo tú, pero…

—Que no, que no.

—No te entiendo. ¿No soy el padre de ese bebé?

—Claro que eres el padre, pero, si tienes alguna duda, no tengo ningún problema en que hagamos una prueba de ADN.

—¿Qué dices de tener dudas? Por supuesto que no tengo ninguna. Si tú me dices que soy el padre, no dudo de tu palabra. Lo que ocurre es que no entiendo qué has querido decirme.

—Que no estoy embarazada de un bebé, sino de dos. Son mellizos, un niño y una niña.

—¿De verdad? Me has hecho el hombre más feliz del mundo. ¿De cuánto tiempo estás? Porque no debe quedarte mucho, ¿no?

—Estoy de veinticinco semanas, no a punto de dar a luz, como has dicho antes. Todavía me faltan unas quince semanas, aunque seguramente sea algo menos porque, al tratarse de un embarazo múltiple, suelen adelantarse.

—No quiero volver a separarme de ti, Liber. Quiero vivir el resto del embarazo a tu lado y que formemos esa familia tan bonita que ya tenemos en proyecto.

—Yo tampoco quiero que volvamos a separarnos, pero no quiero más mentiras ni malentendidos entre nosotros. Quiero ser feliz. Si algún día dejas de sentir lo mismo o ya no quieres estar a mi lado, prefiero que me lo digas.

—Eso no va a ocurrir nunca. Ahora, si no te importa, me gustaría ir a contárselo a mis padres. Te prometo que se pondrán de lo más contentos, sobre todo mi madre.

—Tu madre es un amor, no como la cacatúa.

—¿Quién coño es la cacatúa?

—La suegra de tu hermano. Te prometo que no la soporto.

—Ni tú ni nadie, te lo aseguro. Si alguien la tolera un poquito más, es Alonso.

—Porque no tiene más remedio, aunque un poquito rancio, como ella, sí que es.

—Ja, ja, ja. ¿Has llamado rancio a mi hermano?

—No me dirás que no lo es. Es arcaico hasta hablando. Físicamente seréis iguales, pero no tiene nada que ver contigo, ni en la personalidad ni en su forma de ser.

—Ahí te doy la razón, y mi madre también te la dará. Siempre decía que parecía que uno venía del siglo dieciocho y el otro del veintidós porque, desde pequeños, tuvimos maneras muy distintas de pensar y actuar.

—Pues ya podrías haberme contado antes que tenías un hermano gemelo, guapo. La cantidad de disgustos que nos habríamos ahorrado…

—Eso mismo me he reprochado durante todos estos meses, te lo juro por mi vida.

No pude aguantarme más. Enmarqué su rostro con las manos y la besé. Fue un beso tierno, uno con el que quería demostrarle cuánto la amaba y todo lo que la había echado de menos.

La cogí de la mano y la acompañé hasta el coche. Nos montamos y pusimos rumbo a casa de mis padres. La notaba muy nerviosa, así que intenté tranquilizarla.

—¿Por qué estás tan nerviosa? Ya los conoces a todos.

—Es muy sencillo. Antes me conocían como la organizadora de la boda y ahora voy como la madre de sus nietos. ¿Y si no me aceptan? ¿Y si piensan que los niños no son tuyos?

—Pierde cuidado, porque eso no va a suceder. ¿Sabes qué me dijo mi madre el día de la boda de mi hermano, cuando te marchaste?

—No tengo ni la más remota idea.

—Que no quería a ninguna otra mujer como nuera que no fueras tú, que ella no había educado a ningún cobarde y que me las apañara como pudiera para recuperarte.

—Pero eso fue antes de saber que estaba embarazada.

—Más a mi favor. Si me dijo aquello antes de saber que llevabas a sus nietos, imagínate cómo se pondrá ahora.

—¿Es por eso por lo que quieres estar conmigo?

—Ni lo sueñes. Saber que vamos a tener dos hijos me ha hecho inmensamente feliz, no voy a negarlo, pero estoy contigo porque te quiero con toda mi alma. Durante estos meses sin ti no he vivido, he sobrevivido.

Mientras hablábamos, llegamos a casa de mis padres, donde también estarían mi hermano y mi cuñada. Marta estaba a punto de dar a luz; a ella sí que le faltaban pocos días para salir de cuentas.

Como tenía llaves de ambas puertas, no llamé ni en la verja ni al entrar en la casa. Todos estarían en el salón, a punto de comenzar a comer. Siendo sincero, había olvidado por completo que habíamos quedado allí, igual que se me había pasado avisar a mi madre de que no sabía si llegaría a tiempo.

—Menos mal que ha llegado el que faltaba, o veía a mi mujer comiéndose la mesa como las termitas —dijo mi hermano.

—Pues sí, ya estoy aquí y no vengo solo. Por eso he tardado más de la cuenta.

—¿Vienes con Jaime o con Víctor? —preguntó mi madre, que todavía no podía vernos desde donde estaba.

Los demás sí que nos habían visto, pero ninguno fue capaz de articular palabra. Era como si esperaran a que habláramos nosotros, a que les diéramos alguna pista para saber cómo reaccionar.

—No, mamá. Vengo con mi novia, con la madre de mis hijos —respondí.

—Déjate de cachondeos, que ya sabes lo que pienso. Si no es la que te dije, no entra en mi casa. Así que, si es cierto eso que dices…

Mi madre dejó la frase a medias cuando vio a Libertad cogida de mi mano y con su abultado vientre. Soltó todo lo que llevaba encima de la mesa y corrió a abrazarla. Lo hizo con tanta emoción que ambas terminaron llorando como si llevaran años sin verse.

—Enhorabuena, hermano. ¿Todo bien? —me preguntó Alonso.

—Todo perfecto. Mi sobrino tendrá dos primitos con los que jugar y, además, se llevarán muy poco tiempo.

—¿Dos? ¿En serio? —preguntó mi cuñada.

—Pues sí, porque, ya que vamos a ser padres, ¿para qué hacerlo de uno en uno? —respondió Libertad con la guasa que la caracterizaba.

—Hermanito, vaya potencia y puntería tienes, joder.

—En eso sale a su padre —dijo el mío, henchido de orgullo.

—Cuéntame, Libertad, ¿cómo te sientes? ¿Tienes alguna molestia? —preguntó mi madre, interesándose por su estado.

—Pues, salvo el peso del vientre, que algunas veces me trae por la calle de la amargura, el embarazo ha ido viento en popa. No he tenido ninguno de los síntomas típicos.

—¿No has tenido náuseas, vómitos ni nada de eso? —preguntó mi hermano, asombrado.

—Pues no, nada. Solo un poco más de hambre y algo más de sueño, pero nada alarmante.

—No te preocupes, hija, que ya los he tenido yo por las dos. Me pasé todo el primer trimestre vomitando lo más grande, que creía que me había poseído la niña de *El exorcista*.

»Cuando se terminaron los vómitos, comenzaron los ardores y ahora tengo los pies como dos elefantes —le explicó mi pobre cuñada.

Marta lo había pasado muy mal durante el embarazo y estaba deseando dar a luz de una vez por todas. Mi hermano, el pobre, se encontraba ya desesperado. La había llevado a todos los médicos habidos y por haber para comprobar si alguno conseguía aliviarle los síntomas, pero ninguno había dado con la solución.

—Marta espera un niño, que se llamará Alonso, como su padre. ¿Sabéis ya el sexo de los bebés? —preguntó mi padre.

—Pues sí. Estoy de veinticinco semanas, aunque, por el tamaño de mi vientre, parezca que estoy de cuarenta y nueve. Son un niño y una niña, pero todavía no he decidido los nombres. Supongo que, inconscientemente, estaba esperando a que su padre se enterara —respondió Libertad.

La cogí por la cintura, la pegué a mí y le dejé un beso en los labios, uno de los tantos que, por mi orgullo y su desconfianza, nos habíamos negado durante todos aquellos meses que habíamos permanecido separados.

—Si es que hay quien nace con estrella y quien nace estrellado. Un embarazo, mellizos y, encima, la parejita. Vamos, que, si quieren, después de este embarazo pueden cerrar la fábrica —dijo mi cuñada, y todos soltamos una carcajada.

Nuestro amor había sido muy complicado, pero, al mismo tiempo, tan bonito que entendía perfectamente lo que decía Marta. Era afortunado, me sentía el hombre más afortunado del mundo, y aquellos dos bebés que venían de camino eran la guinda del pastel.

La comida transcurrió entre preguntas sobre el embarazo, sobre cómo nos habíamos reencontrado y sobre lo que pensábamos hacer a partir de ese momento. Esto último todavía no lo habíamos hablado, pero tampoco pensábamos dejarlo de lado durante mucho tiempo.

—En la actualidad vivo en Málaga, donde he abierto mi segundo local de organización de bodas, pero no pienso quedarme allí. No quiero privar a los niños de su familia.

—Entonces, ¿viviréis en el ático? —preguntó mi padre.

—Por ahí sí que no paso, la verdad. Me ahogo en los pisos. Necesito jardín y piscina, como tengo en mi casa de Sevilla y en la de Málaga.

—Pues tendremos que buscar una casa más grande, porque en la tuya no cabemos. Solo tiene dos habitaciones y una de ellas es el despacho —le dije a mi chica.

Al parecer, no había caído en aquello, porque me miró completamente sorprendida, como si no se hubiera dado cuenta hasta ese momento. Yo me limité a encogerme de hombros, pues era una verdad como un templo.

Ya había decidido alquilar mi ático porque no pensaba dejarla sola ni por encima de mi cadáver. Ella tendría que hacer lo mismo con su casa, a menos que su hermana quisiera realizar alguna reforma que le permitiera acceder a la planta superior, pues tampoco creía que Libertad quisiera tener allí a gente extraña.

—Joder, pues no lo había pensado, pero tienes razón. Y tiene que ser cuanto antes, porque debemos preparar la habitación de los niños.

—Rodrigo, el chalé que está al lado del mío está en venta. Si quieres, llamo a mi vecino y vamos a verlo cuando terminemos de comer —me propuso Alonso.

—Es verdad, y tiene todo lo que estáis buscando: jardín, piscina, cuatro habitaciones, un salón enorme y una cocina completamente reformada —añadió Marta.

—¿Trabajas ahora en una inmobiliaria y no me he enterado? —pregunté con mucha guasa.

—Calla, idiota, encima de que te lo estoy diciendo… —respondió ella, fingiendo estar enfadada.

Mi hermano llamó a su vecino, al que le urgía vender la casa por un traslado, y quedamos con él a las seis de la tarde. Si a Libertad le gustaba, le daría la señal en ese mismo momento para no perderla.

Capítulo 25

Libertad

La comida con la familia de Rodrigo fue de maravilla. Me acogieron como si me conocieran de toda la vida y me sentí querida, protegida y, sobre todo, nada juzgada. No pusieron en duda la paternidad de mis hijos, y eso me dio una tranquilidad absoluta.

En cuanto terminamos la sobremesa, nos marchamos a ver la casa de la que nos había hablado Alonso. Aunque todo me parecía un poco precipitado, también era necesario, porque, de lo contrario, terminaríamos durmiendo los cuatro en la misma habitación.

Nada más llegar, la urbanización me gustó muchísimo. Se veía muy tranquila, que era precisamente lo que buscaba, y entre una casa y otra había suficiente distancia para tener intimidad.

No es que pretendiera hacer nudismo en mi jardín, ni mucho menos, pero me gustaba poder hacer vida allí sin estar pendiente de si el vecino miraba o de si nosotros podíamos molestarlo.

La casa era una verdadera maravilla y tenía todo lo que buscábamos. Además, estaba muy bien de precio, bastante por debajo de su valor de mercado debido a la urgencia por venderla.

—¿Te gusta? —me preguntó Rodrigo.

—¿Estás de broma? No es que me guste, es que me encanta.

—Entonces, ¿la compramos?

—Los muebles están nuevos y no podemos llevárnoslos porque se hicieron a medida para cada una de las estancias. Si os gustan, os lo dejamos todo tal y como está —nos explicó el propietario.

—Ni siquiera los hemos estrenado —añadió su mujer—. Pensábamos mudarnos después del verano, pero, justo cuando lo habíamos decidido, a mi marido le ofrecieron un puesto en otra ciudad que no podía rechazar. De ahí la urgencia por vender.

Y era cierto, porque hasta los colchones conservaban los plásticos de fábrica, al igual que el sofá del salón y los muebles del jardín. Sería fantástico tenerlo todo preparado, sobre todo teniendo en cuenta mi estado.

Rodrigo y yo nos miramos y, con aquella sola mirada, nos dijimos muchas más cosas de las que habíamos hablado hasta ese momento. Los dos sabíamos que estábamos de acuerdo con la oferta que nos habían hecho.

—Nos la quedamos. Ahora mismo te doy la señal y firmamos el precontrato de compraventa. Dime qué día te viene bien y lo dejamos todo listo cuanto antes —le dijo Rodrigo al propietario.

—Pues, si no necesitas solicitar una hipoteca y te viene bien, podemos firmar mañana mismo. Ni siquiera me ha dado tiempo a anunciarla en una inmobiliaria, porque me comunicaron el traslado anteayer.

—¿Cómo se había enterado mi hermano, entonces?

—Alonso me vio el día que salía a poner el cartel y me aseguró que sería más fácil venderla de manera particular, además de más económico para ambas partes, porque así no tendríamos que pagar comisiones.

—Claro, siempre es más sencillo cuando se hace entre particulares.

—Además, necesito el dinero cuanto antes y, en la inmobiliaria en la que pregunté, querían inflar muchísimo el precio. Yo solo pido lo que me costó, a pesar de que, cuando la compré, las viviendas eran bastante más baratas.

Rodrigo y el propietario se quedaron redactando el precontrato de compraventa mientras su esposa y yo nos sentábamos en el jardín con un refresco para charlar un poco.

—¿De cuánto tiempo estás, Libertad?

—De veinticinco semanas, Mónica, pero son mellizos.

—No sabes la suerte que tienes, de verdad.

—Lo sé. Sin buscarlos, me llenaron de felicidad desde el mismo instante en el que descubrí que venían.

—A mí también me llenaron de felicidad, pero los perdí a las doce semanas. Tengo un problema genético que dificulta que pueda llevar un embarazo a término. Por eso una de las habitaciones tiene mobiliario doble para bebés.

—Oh, lo siento muchísimo, de verdad. Pero no debes pensar que nunca vas a ser madre, porque existen muchas maneras de serlo.

—Lo sé. Además, estamos en la lista de espera para adoptar. Nos dijeron hace unos meses que podían llamarnos en cualquier momento.

—Y ese niño, o esos niños, encontrarán a los mejores padres que podrían tener.

—Gracias, Libertad, por darle una segunda vida a esta casa y a esos muebles que pensé que tendríamos que tirar porque ningún niño llegaría a disfrutarlos.

—No, gracias a ti por darnos la oportunidad de comenzar nuestra vida juntos en un lugar tan bonito.

—Sí, es precioso, pero tanto mi marido como yo necesitamos cambiar de aires y vivir en un lugar que no nos recuerde constantemente lo que nos ocurrió.

Me di cuenta enseguida de que aquella mujer sufría una depresión enorme y de que su marido había aceptado la propuesta laboral para alejarla de allí, para intentar comenzar de cero en otro lugar, juntos y sin tantos recuerdos amargos. Me pareció un gesto precioso por su parte.

Nos marchamos con la certeza de haber hecho un buen trato y con una casa que nos traería una felicidad inmensa. Lo tenía claro porque sería nuestra, de los dos, no de uno o del otro, y allí podríamos construir nuevos recuerdos junto a nuestros hijos.

—Voy a hablar con Diego y con mi hermana sobre mi casa. Quiero que se la quede uno de los dos.

—Eso mismo había pensado yo. También venderé mi ático.

—No lo vendas. Alquílalo o consérvalo para cuando tengas que quedarte en la ciudad. Así no tendrías que volver hasta el chalé y evitarías ponerte en peligro en la carretera.

—Tienes razón, es una buena idea. Eso haré.

Nos montamos en el coche haciendo números. Rodrigo insistía en pagar la casa él solo porque sería el techo de su familia, mientras yo intentaba hacerle entender que aquella familia era de los dos y que no quería sentirme como una intrusa en mi propia casa.

Al final, logré convencerlo de que la pagáramos a medias. No es que a ninguno de los dos nos sobrara el dinero, pero ambos teníamos ahorros suficientes para comprarla sin necesidad de pedir una hipoteca.

Tenía que regresar a Málaga para dejarlo todo en orden, rescindir el contrato de alquiler de la casa y, sobre todo, despedirme de Dary, que era una de las personas más importantes de mi vida. No quería que se enterara por teléfono.

Por eso, después de contarle a Rodrigo todo lo que tenía pensado hacer, decidimos que iríamos después de Navidad, el veintiséis de diciembre, para organizar la mudanza y dejarlo todo zanjado.

De camino a mi casa, envié un mensaje al grupo que teníamos en común, en el que también estaban mis padres, para pedirles que se reunieran con nosotros allí una hora después.

Libertad: *Este mensaje es para todos y cada uno de vosotros. Os espero en mi casa dentro de una hora. Tengo algo que contaros.*

Alegría: *Cada vez que dices algo así, tiemblo. ¿Qué se te ha ocurrido?*

Diego: *Como me entere ahora de algo que todos saben ya, dejo de hablarte durante lo que me queda de vida.*

Mamá: *Hija, espero que no se te haya ocurrido marcharte a Groenlandia o a algún sitio parecido, porque te juro que te ato a la pata de la cama.*

Cuando le mostré los mensajes a Rodrigo, soltó una carcajada que resonó por todo el interior del coche. No era para menos. Por lo visto, todos tenían una confianza ciega en mí. Aunque, pensándolo bien, era comprensible después de todo lo que había sucedido durante los últimos meses.

—Si yo fuera alguno de ellos y no supiera qué quieres contarles, te juro que reaccionaría de la misma manera. Eso sin contar con lo de atarte a la pata de la cama, que es una idea estupenda que no se me había ocurrido.

—Yo también lo haría. Tengo que reconocer que mi vida ha sido un tanto convulsa durante los últimos tiempos.

—¿Un tanto convulsa? Tu vida, igual que la mía, ha sido un terremoto de magnitud siete coma dos, por lo menos.

Esta vez fui yo quien soltó una carcajada y, justo mientras me reía, uno de los bebés me dio una patada en las costillas que me dejó sin aliento. Rodrigo lo notó y apartó el coche a un lado de la carretera.

—Libertad, ¿te encuentras bien?

—Es tu hijo o tu hija, que me ha dado una patada en las costillas.

—¿Ya se mueven?

—Uy, que si se mueven… Estos dos están en una fiesta continua, te lo aseguro.

—¿Puedo?

—Por supuesto. Son tus hijos, ¿cómo no vas a poder?

Rodrigo apoyó la mano sobre mi vientre y, justo en aquel momento, uno de los bebés volvió a patearme, aunque esta vez lo hizo con algo menos de fuerza. Una sonrisa se dibujó en el rostro de su padre, una tan llena de emoción que sentí que el corazón se me desbordaba.

Capítulo 26

Libertad

Rodrigo no permitió que preparara la cena, mucho menos para tanta gente, así que hizo un pedido al asador de la urbanización. Nos sirvieron varios pollos asados con patatas fritas, pimientos y otras cosas que sabía que nos gustaban a todos.

Nos sentamos alrededor de la mesa del jardín y los tenía a todos expectantes, pendientes de lo que debía contarles, aunque, cuando nos vieron a Rodri y a mí cogidos de la mano, supieron que no se trataba de nada malo.

—¿Vas a hablar ya o tendremos que esperar al bautizo para enterarnos? —preguntó Diego, desesperado.

—Tranquilo, que antes de marcharte a casa ya lo sabrás —le respondí riendo.

—Venga, hija, que estamos nerviosos. Decidnos ya lo que sea —dijo mi madre.

—Está bien. Como habéis podido comprobar, Rodrigo y yo hemos hablado, lo hemos dejado todo claro y hemos decidido darnos otra oportunidad, formar la familia que tanto hemos deseado…

—Eso ya está claro. Ve directamente al tomate, porque algo estáis tramando, que os conozco —dijo Jaime con una sonrisa.

—Pues sí, hemos hecho algo y queríamos compartirlo con vosotros —intervino Rodrigo.

—Ay, madre mía, que estos dos se han casado, como si lo estuviera viendo —dijo Víctor en plan dramático, y mi chico y yo rompimos a reír.

—Estaría bueno que yo, siendo organizadora de bodas, me hubiera casado deprisa y corriendo, sin preparar nada —le dije entre risas.

—¡Chiquilla, por favor, decid ya lo que tengáis que decir, que me va a dar algo! —exclamó mi hermana.

Rodrigo y yo nos miramos y decidimos que había llegado el momento de soltarlo todo y contarles nuestros planes. Cuando mi madre se enteró de que no volvería a Málaga, de que me quedaría para siempre en Sevilla, rompió a llorar.

—Gracias, Rodrigo, por devolverme a mi niña, por permitir que vea crecer a mis nietos cada día y no a través de una videollamada —le dijo mi madre, abrazándolo mientras las lágrimas resbalaban por su rostro.

—Las gracias tengo que dároslas yo a vosotros, sobre todo a Manuel, que ha hecho todo lo posible para que el encuentro entre Libertad y yo se produjera de la manera más natural.

Mi hermana se quedó mirándome como si no supiera cómo formular la pregunta que tenía en mente. Como la conocía mejor que nadie, le pedí que me acompañara a la cocina para coger los cubiertos, pues la comida estaría a punto de llegar.

—¿Qué te ocurre, Ale?

—Me preguntaba…

—Habla sin miedo, por favor. Sabes que entre nosotras no hay vergüenza ni medias tintas, que siempre nos lo hemos contado todo.

—Está bien. ¿Qué vas a hacer con tu casa? Antes de que te lo tomes a mal, ya sé que tienes todo el derecho a hacer lo que quieras con ella, pero es que…

—Tranquila, no tengo intención de meter arriba a un desconocido que pueda incomodarte. Quería preguntarte si te gustaría quedarte también con esa parte de la casa.

—Sería demasiado espacio para mí sola, la verdad. Entre otras cosas, porque Jaime también tiene su propia casa y todavía no hemos hablado de vivir juntos ni nada por el estilo.

—Es lógico, estáis avanzando despacio, no como yo, que he empezado la casa por el tejado en lugar de por los cimientos.

—Eso no es cierto. Vuestros cimientos son el amor que os tenéis desde el primer momento en el que se cruzaron vuestras miradas. A veces olvidas que te conozco mejor que tú misma.

—Es verdad. Bueno, entonces mi segunda propuesta es dejársela a Diego, pero siempre que a ti te parezca bien, por supuesto.

—Eso sería fantástico y estoy segura de que aceptará de inmediato. Eso sí, no permitirá que lo hagas si no es mediante un contrato de alquiler, ya lo conoces.

—Pues claro que lo conozco, pero ya lidiaré con eso más tarde. Venga, vamos a sacar todo esto, que seguro que la comida ya ha llegado.

Efectivamente, en cuanto salimos de la cocina, vimos que el pedido ya estaba allí. Mi madre, como la mamá gallina que era, se levantó para servirnos a todos y se lo agradecí, porque mi espalda ya no podía más.

Era muchísimo el peso que llevaba encima. Por eso, en cuanto terminamos de cenar, y con las estufas de exterior encendidas porque el frío comenzaba a hacerse notar, mi chico colocó mis piernas sobre su regazo y empezó a acariciarlas y masajearlas para aliviarme un poco.

Cuando le pregunté a Diego si quería quedarse con mi casa, saltó de alegría y aceptó de inmediato. Le hizo una ilusión enorme, igual que a Víctor, quien, unos minutos antes, le había pedido que se fueran a vivir juntos y formalizaran su relación.

Tal como habíamos imaginado, Diego discutió conmigo para que le cobrara un alquiler, pues decía que no sentiría que aquella era su casa si no pagaba nada. Lo entendí porque era el mismo argumento que yo había utilizado con Rodrigo durante la compra de nuestro nuevo hogar.

Al final, acordamos un alquiler simbólico de cuatrocientos euros. Ese dinero iría a una cuenta aparte y lo destinaría a ayudar a alguna organización benéfica dedicada a los niños porque, en realidad, no lo necesitaba.

Había sido una velada fantástica, pero todos se habían marchado ya y Rodrigo y yo decidimos subir a mi casa. También necesitábamos un rato a solas para reconciliarnos de verdad.

Estaba agotada y mi chico lo sabía. Por eso, nada más entrar, llenó la bañera con agua caliente, añadió mis sales de baño y me ayudó a meterme. Una vez que estuve sentada, entró conmigo y se colocó a mi espalda, haciendo que mi cabeza quedara a la altura de su pecho, donde la apoyé.

Se dedicó a enjabonar mi cuerpo con toda la delicadeza del mundo hasta que llegó a mi sexo, donde puso especial interés. Me hizo gemir como solo él sabía y provocó que alcanzara mi primer orgasmo con sus dedos.

—Cómo me gusta oírte gemir, escuchar el sonido que haces cuando llegas al clímax. Es como música para mis oídos.

—Joder, Rodrigo, quiero más. Necesito más.

—Y lo tendrás, cariño. No dudes de que así será.

Me ayudó a salir de la bañera, me secó con mimo y me llevó hasta la cama completamente desnuda, igual que él. Su erección me llamaba, actuaba como un imán para mí, así que no dudé en ponerme de rodillas, rodearla con una mano y acariciarla antes de metérmela en la boca.

—Joder, Liber, si sigues así, voy a terminar antes de que empecemos.

—Disfruta, porque no puedo parar.

Y eso hizo. Enredó una mano en mi pelo e impuso el ritmo que deseaba, ese con el que sentía el máximo placer, mientras mi lengua jugueteaba con su glande. Terminó corriéndose en mi boca con un sonido gutural que me volvió loca.

—Veo que has conseguido lo que buscabas, pero ahora me toca a mí.

—Pues sí, era lo que quería desde que te vi desnudo. No sé, serán las hormonas del embarazo…

—¡Benditas hormonas!

Solté una carcajada, pero la risa me duró poco, pues fue sustituida por el placer más maravilloso en cuanto su lengua se adueñó de mi sexo y comenzó a deslizarse entre mis pliegues.

Rozó mi clítoris con los dientes, lo lamió y lo succionó mientras yo me retorcía de placer. Al mismo tiempo, comprobaba cómo su miembro volvía a endurecerse, alcanzando el grosor y la firmeza que tanto me gustaban.

No me permitió recuperarme del segundo orgasmo antes de penetrarme. Colocó mis piernas sobre sus hombros para llegar más profundamente y convirtió aquello en uno de los momentos más placenteros de mi vida.

Era cierto que no podíamos practicar muchas de las posturas que más nos gustaban, porque algunas resultaban incómodas debido al volumen que ya tenía mi barriga, pero eso no nos impidió disfrutar del momento.

Rodrigo se sentó en el borde de la cama, con los pies apoyados en el suelo, y supe lo que quería. Me coloqué a horcajadas sobre sus piernas y descendí lentamente sobre su miembro, dejando que entrara en mí.

Así fue como alcanzamos el orgasmo. Primero llegué yo y, dos embestidas después, lo hizo Rodrigo, dejándonos a ambos completamente saciados. Entonces, algo cruzó mi mente. Aunque no quería pensar en ello e intenté ignorarlo, no pude, y mi chico se dio cuenta.

—La respuesta a lo que estás pensando es no, así, en mayúsculas.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

—Porque para mí eres transparente, Liber.

—No puedo evitarlo. Dentro de unos meses pareceré una ballena y ella siempre estará dispuesta a complacerte, con sus piernas infinitas y su cintura de avispa.

Capítulo 27

Rodrigo

Acababa de vivir el mejor momento de mi vida. Ni siquiera en la época en la que no tenía responsabilidades, me acostaba con quien me daba la gana y pasaba de ellas al día siguiente había disfrutado tanto.

Ahora entendía a mi hermano cuando me decía que, en el momento en el que apareciera mi alma gemela —había que tener cojones para hablarme de almas gemelas siendo nosotros dos idénticos—, cuando conectara con alguien más allá de lo físico, conocería el mejor sexo de mi vida.

Por eso, cuando me fijé en el rostro de mi chica y comprobé la inseguridad y las dudas que reflejaba, tuve claro que debía quitárselas de la cabeza como fuera.

—La respuesta a lo que estás pensando es no, así, en mayúsculas.

—¿Cómo sabes lo que estoy pensando?

—Porque para mí eres transparente, Liber.

—No puedo evitarlo. Dentro de unos meses pareceré una ballena y ella siempre estará dispuesta a complacerte, con sus piernas infinitas y su cintura de avispa.

—Y serás la ballena más bonita y apetecible del mundo, al menos para mí, que es lo importante.

—No digas lo que no sientes, Rodri, por favor.

—Si no lo sintiera, no te lo diría. Además, quiero que te quede claro que Reyes no significó ni significa nada para mí. La única mujer que me interesa eres tú.

—Me miro en el espejo y no me reconozco. Estoy gorda, no me veo los tobillos, tengo el pelo sin brillo y la piel igual…

—Todo eso son percepciones tuyas, porque yo te veo más bonita que nunca. ¿Sabes por qué?

—Pues no, y la verdad es que me gustaría saberlo. Más que nada, para repetírmelo todos los días delante del espejo.

—Porque eres mi mujer y en esa barrigota están creciendo nuestros hijos, que son fruto del amor que sentimos.

—Estoy muy insegura, Rodri, y no sé si es porque me da miedo volver a perderte, porque todavía no me creo que estemos juntos o…

—Eso van a ser las hormonas.

Los dos soltamos una carcajada porque, últimamente, cada vez que le ocurría algo, se lo achacábamos a las hormonas, al embarazo o a cualquier cosa relacionada con él.

Entre unas cosas y otras, nos quedamos dormidos abrazados, con mi mano apoyada sobre su vientre, y noté cómo nuestros hijos se movían.

Por primera vez pensé en lo injusta que era la naturaleza. Las mujeres podían sentir una vida creciendo dentro de su cuerpo mientras nosotros, los hombres, solo teníamos la posibilidad de percibirla desde fuera.

Cuando sonó el despertador, me quería morir. Como no tenía ninguna reunión ni nada importante programado para aquel día, decidí quedarme un poco más en la cama y trabajar después desde el despacho.

Pasamos el día tranquilamente en casa, recogiendo las pocas cosas que todavía quedaban allí y llevándolas a la nueva, donde Mónica y su marido nos esperaban para firmar los documentos y terminar de hacer la transferencia.

Habíamos decidido celebrar allí la Nochebuena y la Navidad. Era una buena manera de estrenar la casa con todos nuestros familiares y amigos, aunque no quería que nadie tuviera que trabajar más de la cuenta.

—Tenemos que llamar al catering para la cena y comprar los regalos, aunque a mí me gusta más entregarlos el día de Reyes…

—Frena, frena, que, cuando coges carrerilla, no hay quien te pare.

—Es que tenemos muchas cosas que hacer y muy poco tiempo.

—¿Poco tiempo? Todavía quedan tres días para Nochebuena.

—Hablas como si fueran tres meses. Venga, levántate de la cama y vámonos al centro comercial.

—A sus órdenes, mi sargento.

Hice un saludo militar porque, últimamente, estaba de un mandón que me hacía muchísima gracia. Ella siempre había sido dulzura, amabilidad y comprensión, así que aquel cambio debía de ser, cómo no, cosa del embarazo.

Por fin llegó el día tan esperado, aquel en el que nos instalaríamos definitivamente en la nueva casa. Además, tenía preparada una sorpresa para mi chica que sabía que le encantaría. No se lo había contado absolutamente a nadie para evitar filtraciones, por lo que sería inesperada para todos.

La mesa del salón ya estaba adornada y preparada. Mis padres y los de Libertad habían llegado, pero yo no paraba de mirar el reloj. Debía de estar a punto de aparecer, pues me había avisado de que había salido de Málaga hacía bastante rato.

Sí, la sorpresa era Dary, que pasaría con nosotros todas las fiestas. Cuando le conté que Libertad y yo habíamos vuelto, se alegró muchísimo. No tanto cuando le dije que ella no regresaría a vivir a Málaga, pero terminó entendiéndolo.

Por eso, le pedí que preparara las cosas que Libertad tenía en la casa y las enviara mediante una agencia de transporte. De aquel modo, ella no tendría que desplazarse hasta allí con la pesadez que ya sentía por el embarazo.

Sabía que me había tomado atribuciones que no me correspondían, pero esperaba que comprendiera que lo había hecho por su bien. No porque quisiera impedir que fuera, sino porque pensaba que así le ahorraría todo aquel esfuerzo.

Justo cuando todos los demás habían llegado y solo faltaba él, sonó el timbre de la verja. Fui a abrir, sabiendo que se trataba de Dary y que Libertad se llevaría una alegría enorme.

—¿Quién es a estas horas? —preguntó ella, convencida de que ya estábamos todos.

—Lo mismo es Papá Noel, que viene a traerte un regalo por adelantado —le dije sonriendo.

—Además, te has equivocado y has puesto un cubierto de más, cuñado. Esto de no dormir por las noches te está trastocando demasiado —comentó Alegría, negando con la cabeza.

—No mováis nada, por favor, que todo tiene una explicación. Libertad, ve tú a abrir la puerta, si eres tan amable.

—¿Por qué tiene que ir ella, que tiene la barriga hasta la boca? —preguntó Diego.

Verás tú cómo, al final, entre tantas preguntas y tonterías, me estropeaban la sorpresa. Los miré a todos y, con un gesto, les hice entender que Libertad era quien debía abrir aquella puerta.

—Está bien, si nadie piensa moverse, abriré yo.

—Lo mismo es que eres tú quien tiene que hacerlo —le dijo su hermana.

Libertad se levantó de la silla resoplando y se dirigió hacia la entrada. Le había pedido a Dary que no llamara a la puerta, que esperara a que ella abriera para dejarse ver, y así lo hizo.

Cuando mi chica abrió, se lo encontró allí, con un gorro de Papá Noel y una sonrisa enorme. No podía creerlo y alternaba la mirada entre él y yo con la boca abierta.

—¡Sorpresa! —exclamó Dary.

—¿Qué haces aquí? ¿No ibas a pasar las fiestas con tus padres?

—He cambiado de opinión, porque estas fechas están para pasarlas con la gente que te quiere a su lado, y no se me ocurre mejor manera de hacerlo que con vosotros.

Mi chica lo abrazó mientras las lágrimas resbalaban por su rostro, aunque aquella vez eran de alegría y no de pena. La conexión que había surgido entre ellos desde el primer momento en el que se conocieron era increíble y la había visto en muy pocas personas.

Nos sentamos todos a la mesa, con los regalos bajo el árbol, preparados para repartirlos cuando termináramos de cenar. Mi madre y mi futura suegra habían congeniado desde el primer momento, nada que ver con lo ocurrido con la suegra de mi hermano.

Aquello era otro tema. Los habíamos invitado a los dos, pues su hija no pasaría las fiestas con ellos y no queríamos que se quedaran solos, pero nos sorprendieron al decirnos que no porque se marchaban a esquiar hasta después de Año Nuevo.

Lo habían organizado sabiendo que su hija estaba a punto de dar a luz y sin preocuparse siquiera por dónde pasaría ella las fiestas. Era como si, después de casarla, ya no pintara nada en sus vidas, y me dolía por mi cuñada, porque no se merecía algo así.

—Tenemos un problema —me dijo Libertad en un susurro.

—¿Te encuentras bien? —pregunté asustado.

—Sí, sí, no es por eso.

—Pues podrías haberlo especificado un poco, porque me acabas de poner los huevos de corbata.

—No tenemos ningún regalo para Dary. No sabía que iba a venir.

Al escucharla, solté una carcajada. Yo sí había pensado en él y, por supuesto, tenía un regalo con su nombre debajo del árbol, aunque ella todavía no se hubiera dado cuenta.

—Sí tiene un regalo. Se lo compré yo y está debajo del árbol, así que no te preocupes.

Mi chica, en uno de sus impulsos, me cogió la cara entre las manos y me plantó un beso en los labios que hizo sonreír a todo el mundo.

Capítulo 28

Libertad

Estábamos todos repartiendo los regalos cuando, de repente, vimos cómo Marta pegaba un salto del sofá. Pensamos que quería ser la siguiente en entregarnos los suyos, aunque no hacía falta que se levantara tan rápido; con decirlo habría sido suficiente.

—Marta, hija, sé que tienes ganas de darnos los regalos, pero ten cuidado, que puedes tropezarte —le dijo Alonso, su marido.

—¿Eres tonto de nacimiento o te has vuelto así con los años? —le contestó ella con la cara descompuesta.

—Hija, es un hombre, no le pidas más. Coge el bolso y que alguien vaya sacando un coche, que este niño va a venir como el Niño Jesús.

Gala, nada más verle la cara a Marta y darse cuenta de que había un pequeño charco entre sus piernas, supo que se había puesto de parto. Mi cuñado miraba a su madre como si le estuviera hablando en chino, mientras Rodrigo se doblaba de la risa por la contestación que su cuñada le había dado a su hermano.

—Alonso, ¿piensas mover el culo o vas a quedarte ahí mirando como un maniquí de escaparate? —le preguntó Marta a su marido, que todavía no había movido ni una pestaña.

—Anda, hijo, ve un momento a tu casa a por la bolsa del bebé, que yo voy sacando el coche, o el niño terminará naciendo aquí y pidiendo un polvorón —dijo Gonzalo, negando con la cabeza.

—¿Ya viene el niño? ¿Estás de parto, mi amor? —preguntó Alonso con toda la inocencia del mundo.

—No, hijo, es que, como la velada estaba muy aburrida, he decidido que vayamos al hospital a ver si allí hay mejor ambiente —contestó Marta.

Rodrigo estaba llorando, pero no de la emoción, sino de la risa, mientras los demás no terminábamos de creernos que su marido estuviera reaccionando de aquella manera, como si todo fuera un sueño o no tuviera nada que ver con él.

—Amor, si el día que te pongas de parto actúo como mi hermano, por lo que más quieras, dame dos buenos bofetones que me quiten el «encarajotamiento».

—Uy, no lo dudes. Como si acabaras de afeitarte y estuvieras poniéndote la loción para después del afeitado —le contesté.

Recogimos todo como pudimos mientras Alonso, acompañado por Dary, iba a su casa a buscar la bolsa del bebé y Marta se acomodaba como podía en el coche de mi suegro.

Sin embargo, el problema llegó cuando intenté sentarme yo, pues no cabía de ninguna de las maneras. El coche de mi chico estaba en el taller porque se había quedado parado en mitad de la carretera, así que tampoco podíamos utilizarlo.

Por suerte, teníamos el de Dary. Retrasó el asiento del copiloto todo lo que pudo para dejar espacio a mi vientre y conseguí entrar sin problemas. Pusimos rumbo al hospital, hacia donde ya se habían marchado todos los demás.

En cuanto llegamos, lo primero que hizo Gala fue llamar a la madre de Marta para comunicarle que su nieto estaba a punto de nacer, pero su respuesta nos dejó a todos anonadados.

No apareció y, por si fuera poco, al día siguiente ni siquiera llamó para preguntar si todo había ido bien. Alonso tomó entonces una decisión: rompería toda relación con sus suegros. Si ellos no querían saber nada de su hija ni de su nieto, tampoco volverían a saber nada de él.

El parto fue un poquito lento, como suele ocurrir en muchos primeros partos, y, mientras tanto, nosotros esperamos en la salita que había junto al paritorio.

En aquel momento, Alonso estaba dentro con su mujer, sus padres habían bajado a la cafetería y Rodrigo se había quedado dormido en una de las sillas. Dary tenía la mirada perdida, así que me atreví a cogerlo de la mano y preguntarle qué le ocurría.

—Dary, ¿sabes que puedes confiar en mí?

—Lo sé, mi vida. Lo que ocurre es que todavía no puedo creerme lo que me ha sucedido.

—Lo mismo, si lo verbalizas, si lo dices en voz alta, puedes llegar a entenderlo un poquito mejor.

—No lo entendería ni aunque lo gritara a los cuatro vientos, te lo juro.

—¿Tan malo es lo que te ha pasado, mi niño?

—Son mis padres. Cuando les dije que estaba pensando en volver al pueblo, que me apetecía regresar a casa, me dijeron que no.

—¿En serio?

—Pues sí. Según las palabras de mi padre, cuando me marché del pueblo fue una liberación para ellos, porque así dejaron de aguantar los comentarios de los vecinos sobre mi vida de libertinaje y «mariconismo».

—No te han podido decir eso, por el amor de Dios.

—Tal como lo oyes. Me dijeron que, si quería, podía ir a pasar unos días, pero no quedarme más de un fin de semana.

—¿Y qué les contestaste?

—Pues lo que se merecían: que, para poca salud, mejor ninguna. Les deseé que les fuera bonito, pero les pedí que no volvieran a llamarme y que se hicieran a la idea de que no tenían ningún hijo.

—Hiciste lo que debías, ni más ni menos.

—Pero ya estoy cansado de estar solo allí. Sí, tengo muchos amigos, pero no considero familia a ninguno. Son de esos que, para las juergas, siempre están los primeros, pero, cuando los necesitas de verdad, ninguno puede.

—Dary, sabes que puedes contar con nosotros. Para nuestra familia eres un miembro más.

—Y por eso he pensado una cosa.

—Tú dirás, aunque me imagino lo que vas a decirme y la respuesta es un sí claro y rotundo.

—Voy a dejarlo todo en Málaga y buscarme un pisito aquí, en Sevilla, para estar cerca de vosotros. Al fin y al cabo, puedo trabajar desde cualquier lugar.

—Dary, Alegría y yo vamos a irnos a vivir juntos, de momento a su casa. Por eso, si quieres, puedes quedarte con la mía, no habría ningún problema —le dijo Jaime, que también estaba allí esperando el nacimiento.

—¿Cuánto pides de alquiler? Porque quiero mudarme la próxima semana, en cuanto terminen las fiestas.

—¿Qué te parecen… no sé, quinientos euros?

—Si me pides esa cantidad por un piso con las características del tuyo, te saco de aquí a hombros como a los toreros.

Todos soltamos una carcajada. Aquel hombre tenía el poder de hacer un chiste incluso de las situaciones más dolorosas, y eso era digno de admirar. No todo el mundo habría reaccionado de la misma manera.

Seguíamos charlando cuando salió el orgulloso padre con un precioso niño entre los brazos. Había nacido Alonso Jr., un bebé con el pelo moreno y tupido como el de su madre y unos ojos que parecían verdes, como los de su padre y su tío.

—¿Cómo está la madre? —preguntó Gala.

—Ha sido toda una campeona. Cuando llegamos ya estaba de cinco centímetros y no dio tiempo a ponerle la epidural, pero se encuentra bien. Ni siquiera han tenido que darle puntos.

—Enhorabuena, papá —le dije, dándole un abrazo.

—Gracias, cuñada. No sabéis lo bonita que es la sensación de ver llegar a tu hijo al mundo. Ahora mismo estoy lleno de amor por los dos.

—Estoy deseando que llegue el momento de que nazcan los míos, aunque mi sobrino es precioso, eso no se puede negar —dijo Rodrigo con el niño en brazos.

Los dejamos descansar y nosotros también nos marchamos, porque empezaba a sentirme demasiado pesada y necesitaba poner los pies en alto. Dary se fue con Jaime para ver el piso y nos dejó su coche, pues dijo que después volvería en taxi.

Los días fueron pasando y dejamos atrás las fiestas. Había tomado una decisión con respecto a la oficina de Málaga, esa que los empleados llevaban a la perfección, y, para poder llevarla a cabo, tenía que desplazarme hasta allí o pedirles que vinieran a Sevilla.

Como cada día me resultaba más complicado moverme, porque aquellos niños parecían crecer por minutos, decidí quedar con ellos en Sevilla, en un hotel situado cerca de una parada del tranvía, junto a la catedral.

Escogí aquel lugar para que no se perdieran. Solo tenían que bajarse en la estación de San Bernardo, cruzar la carretera y coger el tranvía que los llevaría hasta el Archivo de Indias, justo al lado de donde habíamos quedado.

—Hola, chicos, ¿qué tal ha ido todo?

—Hola, jefa. Todo va a la perfección —me dijo Mario.

—Pues sí, porque hemos terminado la temporada de cenas navideñas de empresa por todo lo alto —continuó Lucía, su compañera.

—Bueno, entonces creo que lo que voy a proponeros os gustará, y mucho.

Les expliqué que, con dos niños y viviendo en Sevilla, me resultaría muy complicado continuar ocupándome de aquella oficina. Por eso, quería que ellos se quedaran con todo. Lo único que les pedí fue que me devolvieran la cantidad que había entregado como fianza del local, aunque, si no disponían del dinero en aquel momento, podrían abonármelo poco a poco.

Ni que decir tiene que se volvieron locos de alegría y aceptaron de inmediato. Por ese motivo, no se me ocurrió un lugar mejor que el despacho de mi chico para firmar el contrato, y hacia allí nos dirigimos.

Capítulo 29

Rodrigo

Aquella mañana dejé a mi chica en el hotel donde había quedado con los empleados de la oficina de Málaga. Quería ofrecerles que se quedaran con el negocio, pues le resultaría prácticamente imposible ocuparse de las dos sedes con dos niños, por mucha ayuda que tuviéramos.

En el caso de que no aceptaran, algo bastante improbable porque tenían mucho trabajo y todo les iba demasiado bien, tendría que indemnizarlos, terminar los encargos pendientes y cerrar la oficina.

Yo tenía varias reuniones en el despacho. Una de ellas era con la gerente de la empresa de Valencia, cuya cita prevista antes del verano se había cancelado y no habíamos podido retomar hasta poco antes de Navidad.

Era la segunda vez que nos reuníamos, pero, en aquella ocasión, solo permanecería en Sevilla durante unas horas, pues regresaría a Valencia en un vuelo esa misma tarde. Por ese motivo, había colocado su reunión la primera de la mañana.

No me gustaba la manera en la que me miraba. Era como si pretendiera comerme con los ojos, pero no le di demasiada importancia. Pensé que, si no le daba pie, terminaría cansándose y me dejaría tranquilo.

—Buenos días, Rodrigo.

—Buenos días, Sonia. Pase, por favor.

—Ya te he dicho que nos tuteemos, que me haces sentir incómoda hablándome de usted.

—Está bien, perdona, pero no me gusta confraternizar con mis clientes.

Pensé que había dejado clara mi postura y que nuestra relación se limitaba al ámbito profesional, pero me equivocaba. Lo descubriría más tarde, cuando me jugara una mala pasada.

Nos sentamos a hablar de negocios y pasamos más de dos horas y media intentando dejarlo todo cerrado para que no tuviera que regresar a Sevilla.

Después de hablar por videollamada con todos mis clientes, les había dejado claro que, teniendo a mi pareja a punto de dar a luz, todas las reuniones se celebrarían en mi despacho. No pensaba volver a viajar hasta que los niños hubieran nacido.

Se nos había echado encima la hora de comer, así que, muy a mi pesar, porque prefería hacerlo con mi chica, le propuse que fuéramos al restaurante situado frente a mi ático.

—Si me disculpas un momento, voy a llamar a mi pareja para comprobar cómo se encuentra.

—Claro, voy saliendo.

—Gracias.

Marqué el número de Libertad. Tardó varios tonos en contestar y llegué a preocuparme, porque últimamente había tenido algunas molestias.

—Hola, amor. ¿Qué tal va todo?

—Pues como pollo sin cabeza. Tengo mil reuniones hoy y no creo que pueda comer contigo.

—No te preocupes, aunque íbamos de camino a tu despacho. Quería que me redactaras el contrato de cesión de la oficina de Málaga.

—Amor, ¿podemos dejarlo para otro día? No hace falta que vayan hasta allí; podemos enviárselo para que lo firmen digitalmente.

—Espera un momento y les pregunto. Por mí no hay ningún problema. Si no, puedo ir al despacho de tu hermano y pedirle que lo redacte él.

—No hace falta, cariño. Puedo hacerlo yo, pero precisamente hoy no voy a tener tiempo.

La escuché hablar con los chicos, quienes le dijeron que no había ningún inconveniente, que les enviáramos el contrato por correo electrónico cuando estuviera listo y ellos lo firmarían.

—Pues ya has oído, cariño, no hay ningún problema.

—Gracias, mi amor.

—Una cosita. Como no vas a estar en casa y ellos no se marchan hasta esta tarde, me quedaré a comer con los dos. Avísame cuando termines y volvemos juntos.

—Me parece una idea fantástica. Te llamo en cuanto acabe. Un beso.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, mi vida.

Corté la llamada con la tranquilidad de saber que estaría acompañada. Tenía la sensación de que los niños podían nacer en cualquier momento y aquello era de lo más angustioso.

Salí del despacho y allí estaba Sonia, esperándome como si yo tuviera la obligación de acompañarla a comer. Por suerte, no tenía la siguiente reunión hasta las seis y media de la tarde, por lo que podíamos ir sin prisas.

Le expliqué a mi secretaria dónde estaría y le dije que se marchara a comer, que no era necesario que regresara hasta las seis. Era una costumbre que teníamos desde siempre para que supiera dónde localizarme si surgía algún problema, mucho más ahora que Libertad estaba en Sevilla.

—Ya podemos irnos.

—Gracias por acompañarme, Rodrigo, porque me perdería en esta ciudad.

—Dudo que lo hicieras, teniendo en cuenta las dimensiones de la ciudad en la que vives.

—Pero hay una diferencia enorme entre las dos.

—¿Y cuál es? Porque yo no la encuentro.

—Pues que sé moverme por Valencia porque la conozco, pero aquí no sabría llegar ni al aeropuerto. Creo que con eso lo he dicho todo.

—Bueno, visto así, tienes razón.

El restaurante estaba a unos cinco minutos andando de mi oficina, justo enfrente del portal de mi ático, por lo que no tenía sentido coger el coche. Además, lo había dejado bien aparcado.

Cuando llegamos, y como no habíamos reservado, tuvimos que esperar un poco en la barra. Nada fuera de lo común. Sonia aprovechó aquel tiempo para preguntarme por mi vida privada.

No era muy dado a contar mis asuntos, pero pensé que, si le explicaba que estaba enamorado, a punto de ser padre y con intención de casarme muy pronto, quizá me dejaría tranquilo, porque cada vez intentaba acercarse más.

—¿Estás casado, Rodrigo?

—No, pero tengo pareja y soy muy feliz.

—Bueno, mientras no estés casado, todavía hay esperanza.

—Lo siento, pero, aunque todavía no lo estamos, pienso pedírselo muy pronto, en cuanto nazcan nuestros hijos.

—Señores, su mesa ya está preparada —nos avisó el camarero con una sonrisa.

—No es lo que piensas, Braulio —le dije.

—Yo no pienso nada, señor Dávila.

Se lo aclaré porque me conocía muy bien desde hacía mucho tiempo y aquella no era la primera mujer a la que llevaba allí a comer o cenar para después subir con ella a mi ático.

Braulio todavía no sabía que iba a ser padre ni que tenía pareja, porque no había coincidido con él desde que Libertad regresó. Se lo contaría al terminar de comer, porque no quería que malinterpretara la situación.

Nos sentamos a la mesa y Sonia continuó con el interrogatorio, aunque también me contó algunas cosas sobre su vida que, dicho sea de paso, me daban exactamente igual, porque no me interesaba en absoluto.

—Pues yo estoy divorciada y la empresa fue lo que me quedó de mi exmarido. Sigo adelante porque pienso demostrarle que puedo sacarla a flote y que no necesito venderla.

—Bueno, pasar por un divorcio debe de ser bastante traumático.

—Para nada. Aquello fue más una transacción comercial que una historia de amor.

—Pues qué quieres que te diga, no entiendo que alguien pueda casarse sin estar enamorado.

—Uy, cómo se nota que el señorito lo ha tenido todo en esta vida.

—No. Todo lo que tengo me lo he ganado con mi esfuerzo y mi trabajo. Nadie me ha regalado nada.

—Pues yo he hecho lo mismo, solo que mi sudor y mi trabajo fueron de otro tipo.

Os prometo que se me revolvió el estómago cuando sonrió de aquella manera al pronunciar esas palabras. Sobre todo, después de descubrir que su exmarido le triplicaba la edad y estaba casado cuando lo conoció.

No soportaba a las personas sin escrúpulos que eran capaces de hacer cualquier cosa para conseguir sus objetivos. Podía entender que alguien se enamorara de otra persona con independencia de la edad, pero no que utilizara su cuerpo para engatusarla y obtener algo a cambio.

Terminamos de comer y no sé si lo hizo a propósito, pero, justo cuando Braulio se acercaba con los cafés, Sonia se levantó y una de las tazas terminó sobre la blusa blanca que llevaba.

—Por favor, señorita, perdóneme —se disculpó Braulio.

—Joder, vaya contratiempo. ¿Cómo voy a volver así en el avión? Me moriría de vergüenza.

No sé qué me llevó a hacerle la propuesta que salió de mi boca. En cierto modo, comprendía su preocupación y solo pretendía facilitarle las cosas, aunque ella se lo tomaría de una manera muy distinta.

—No te preocupes. Tengo el ático ahí enfrente. Si tienes tiempo, podemos subir y lavar la blusa.

—No sabes cuánto te lo agradecería. Nada más llegar a Valencia, tengo una cena importante con un proveedor y no me dará tiempo a pasar por casa para cambiarme.

—No pasa nada, llegarás a tiempo.

Me levanté y pagué la comida mientras Braulio me observaba con una sonrisa, como si yo hubiera provocado lo ocurrido para llevarla a mi casa y meterla en la cama.

—Te repito que no es lo que estás pensando.

—Señor Dávila, yo vuelvo a decirle que no pienso nada. Estoy aquí para servir las mesas, nada más.

Guie a Sonia hasta el portal, abrí la puerta y le indiqué dónde estaban los ascensores. Llamamos a uno, que llegó de inmediato, y subimos hasta mi ático.

Durante el trayecto no dejó de acercarse a mí y rozarme el brazo como si fuera algo casual, pero estaba claro que no lo era. Sus intenciones resultaban cada vez más evidentes, aunque no pensaba permitir que consiguiera lo que pretendía.

Abrí la puerta del ático y le indiqué dónde se encontraba el baño para que pudiera quitarse la blusa y lavarla. Como no quería que permaneciera en ropa interior mientras se lavaba y secaba, le dejé una camiseta mía.

—Ahí tienes la lavadora y la secadora. Mientras tanto, puedes ponerte esta camiseta.

—Gracias, enseguida salgo.

—No tengas prisa, haz lo que tengas que hacer.

—Eso mismo es lo que tengo en mente.

Yo estaba hablando de la ropa, pero ella se refería a algo muy distinto, como me demostraría minutos después.

Me dirigí a la cocina mientras se quitaba la blusa y la metía en la lavadora. Tenía la boca seca y necesitaba beber un poco de agua. Debía encontrar la forma de romper el contrato con aquella empresa, porque esa mujer estaba dispuesta a todo y yo no pensaba permitir que pusiera en peligro mi felicidad, mucho menos por un capricho.

Me apoyé en la encimera, pensando en el berenjenal en el que me había metido sin comerlo ni beberlo, y os prometo que empezaba a dolerme hasta la cabeza. Para evitar terminar en el suelo, me dirigí al salón y me senté en el sofá.

Tenía la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados cuando escuché abrirse la puerta del baño. Sin embargo, no oí el repiqueteo de los tacones sobre el parqué, y aquello me sorprendió.

Lo que no esperaba era que Sonia apareciera únicamente con mi camiseta puesta y se plantara delante de mí. Antes de que pudiera reaccionar, se la quitó y se sentó a horcajadas sobre mis piernas, dejando los pechos a la altura de mi boca.

En ese preciso instante, escuché unas llaves entrando en la cerradura y la voz de Libertad a pocos metros de donde estábamos.

Capítulo 30

Libertad

Después de cortar la llamada con Rodrigo, les dije a los chicos que los invitaba a comer. Para ello, elegí un restaurante muy conocido de la ciudad donde, milagrosamente, encontramos una mesa libre.

Estuvimos hablando de todo lo relacionado con el trabajo. Les dejé claro que, si tenían alguna duda o les surgía algún problema, no debían pensárselo antes de llamarme a mí, a mi hermana Alegría o incluso a Diego, pues cualquiera de nosotros los ayudaría encantado.

—Supongo que tendremos que cambiarle el nombre al local —me dijo Mario.

—No tenéis por qué. Si os gusta, por mí no hay ningún inconveniente. Podría funcionar como una franquicia de mi marca.

—Esa sí que es una buena idea. ¿Por qué no firmamos un contrato de franquicia? Sería lo ideal para todos.

—Pues mira, eso sí que no se me había ocurrido. De ese modo, solo tendríais que abonarme la mitad del importe del local y un pequeño porcentaje como franquiciados, pero nada demasiado elevado.

—El porcentaje es lo de menos. A nosotros nos da mucha seguridad contar con un nombre como el vuestro y podremos seguir diciendo que formamos parte de la empresa.

—Pues nada, si eso es lo que os viene bien, confío en vuestro trabajo y no tengo ningún inconveniente en hacerlo así. Eso sí, dejemos claras todas las condiciones antes de firmar nada.

Siempre llevaba un cuaderno en el bolso, así que nos pusimos a discutir, en el buen sentido de la palabra, todas las cláusulas y condiciones en las que se llevaría a cabo la franquicia.

Casi sin darnos cuenta, llegó la hora de que se marcharan si no querían perder el tren. Los acompañé hasta la parada de taxis, donde tomaron uno que los llevaría hasta la estación para emprender el camino de vuelta.

No me encontraba demasiado bien. Sentía una especie de calambres y, como Rodrigo todavía no me había llamado y se suponía que tardaría, decidí marcharme al ático a descansar. Yo también tenía llaves.

Podría haber ido a casa de mis padres o haber llamado a Dary, pero tanto él como ellos habían salido a hacer unos recados. Mi amigo se encontraba en una comida de negocios con una empresa local que quería contratar sus servicios.

Mis padres habían ido a un centro comercial cercano para encargar el carrito gemelar que les había dicho que quería, además de las sillas de seguridad para el coche, tal como les habían regalado a mi cuñado y a Marta para su hijo.

Llegué por los pelos, porque comenzaba a faltarme el aire. No se debía a que hiciera un día especialmente caluroso, pues estábamos en pleno invierno, sino al dolor que sentía en la parte baja de la espalda y a los calambres de las piernas, que apenas me permitían continuar.

Me sorprendió que la puerta no estuviera cerrada con llave, pero todavía me impactó más lo que encontré dentro, porque terminó de arrebatarme el poco aire que me quedaba.

Solo recuerdo haber visto a mi pareja sentado en el sofá con una mujer, vestida únicamente con una braguita minúscula, a horcajadas sobre él y con los pechos a la altura de su boca.

Fue tanto el dolor que sentí en aquel momento que no fui capaz de pronunciar más que una palabra, una que resonó en la habitación como si la hubiera gritado.

—¿Por qué?

—Libertad, de verdad que… ¡Libertad!

Todo se volvió negro y caí al suelo. No perdí la conciencia por completo, porque podía escuchar lo que se decía a mi alrededor, como si estuviera oyendo uno de aquellos antiguos seriales radiofónicos.

—Lárgate de aquí ahora mismo y ve rezando todo lo que sepas para que a mi mujer y a mis hijos no les ocurra nada, porque te voy a crujir viva.

—No digas tonterías. Si me has traído aquí es porque querías lo mismo que yo.

—Estás completamente equivocada. Te he traído al ático porque he intentado ser amable y no quería que fueras a esa cena con la blusa manchada.

Rodrigo sacó el teléfono y llamó a una ambulancia. También avisó a mis padres y a los suyos en cuanto los sanitarios le dijeron que debían trasladarme a un hospital, pues allí no podían determinar si los niños estaban bien.

Os prometo que les recé a todos los santos del cielo, incluso a aquellos que no conocía, para que mis hijos estuvieran bien. Lo que pudiera ocurrirme a mí me daba igual, pero no soportaba pensar que a mis niños pudiera pasarles algo.

Rodrigo pidió que me llevaran al hospital privado donde había nacido su sobrino y en el que me controlaban el embarazo desde que regresé a Sevilla, así que era la decisión más lógica.

En un momento determinado del trayecto, conseguí abrir los ojos durante unos segundos y vi a mi pareja a mi lado, completamente roto de dolor, cogiéndome la mano y mirándome fijamente.

—Mi amor, te prometo que nada de lo que has visto es lo que parece.

—Eso no importa ahora, Rodrigo. Lo único que quiero es que me prometas una cosa.

—Lo que sea. Te juro que puedes pedirme lo que quieras.

—Si tienes que elegir entre la vida de los niños y la mía, por favor, elígelos a ellos.

—No puedes pedirme eso, Libertad. No sabría vivir sin ninguno de los tres, pero, en especial, sin ti.

—Ellos tienen toda la vida por delante y no tienen la culpa de lo que ha sucedido.

—Sé que la culpa es mía por haber llevado a esa mujer al ático, pero…

—Empecé a sentirme mal y no te llamé porque no quería interrumpirte, así que parte de la culpa también es mía.

Estaba ya de siete meses y sabía que, al tratarse de un embarazo gemelar, los niños podían adelantarse en cualquier momento.

Le dije aquello a Rodrigo porque no quería que cargara él solo con la culpa si a alguno de los tres nos ocurría algo. Los dos habíamos cometido errores, sin excepción, y eso era lo que quería dejarle claro.

Volví a perder la conciencia cuando ya estábamos dentro del hospital, por lo que no pude enterarme de nada más. Sin embargo, sabía que algo no iba bien por la rapidez con la que salieron a atenderme en cuanto llegamos.

No sé cuánto tiempo permanecí dormida o inconsciente, pero sí sé que, cuando desperté, estaba llena de cables y conectada a un montón de máquinas.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cuánto tiempo llevo así?

—Mi amor, menos mal que has despertado. Espera, voy a llamar al doctor.

—Los niños…

—Están bien. Cumplí la promesa que te hice en la ambulancia, aunque me costó la vida hacerlo.

Rodrigo salió de la habitación y fue a buscar al doctor que me había tratado desde que llegamos al hospital hacía ya cuatro meses. No podía creerlo. Me había perdido los primeros cuatro meses de vida de mis hijos, y aquello me dolió en el alma.

El doctor me explicó que había sufrido la rotura de un aneurisma cerebral, favorecida por una brusca subida de tensión relacionada con el embarazo múltiple y con la fuerte impresión que había recibido. También me dijo que tenía muchísima suerte de seguir viva.

Me habían mantenido en coma inducido para controlar el derrame y la inflamación cerebral. Sin embargo, cuando retiraron la sedación, tardé más de dos meses en despertar.

Una vez que el médico comprobó que mis constantes eran buenas y que mis reflejos respondían adecuadamente, comenzaron a retirarme algunos de los aparatos y nos dejaron a Rodrigo y a mí a solas.

El doctor había dicho que, al menos durante aquel día, no autorizaría ninguna visita. A partir de la mañana siguiente, decidiría si podía recibirlas dependiendo de cómo evolucionara, de si me mareaba o presentaba algún otro síntoma.

Cuando todos se marcharon, Rodrigo me contó lo ocurrido desde que llegamos al hospital y todas las decisiones que había tenido que tomar, que no habían sido pocas ni, mucho menos, sencillas.

—En el momento en el que los médicos me dijeron que, si practicaban la cesárea para salvar a los niños, tú podías morir, el mundo se me cayó a los pies.

—Hiciste lo correcto, lo que yo te había pedido.

—Nadie entendió mi decisión. Sobre todo, tu madre y la mía, que me llamaron egoísta. Me dijeron que podríamos tener más hijos, pero que tú eras mi mujer, sin saber el dolor que me atravesaba por dentro.

—Yo hablaré con ellas, no te preocupes.

—Tu madre apenas me habla. La mía me contesta con monosílabos y los demás me ignoran. Solo se dirigen a mí para preguntar por los niños y poco más.

—Seguro que mi hermana no te ha dado la espalda.

—Es la única. No sé qué habría sido de mí sin su ayuda y la de Dary. Ellos son quienes se han quedado con los niños mientras yo venía al hospital o tenía alguna reunión.

—Quiero verlos, por favor. Dile a alguien que los traiga.

—Ahora mismo te los enseñaré en una fotografía y mañana, en cuanto te autoricen las visitas, los traeré yo mismo.

—Gracias, Rodrigo.

—¿Por qué me das las gracias?

—Por elegirlos a ellos por encima de mí, aun sabiendo lo que te costaría.

—Son mis hijos, Libertad. Por cierto, he tenido que elegir los nombres yo solo, aunque escogí entre los que habíamos hablado.

—No puedo ser más idiota. Ni siquiera he preguntado cómo se llaman. Son preciosos y se parecen muchísimo a ti.

—Pero tienen tus ojos y tu sonrisa. Se llaman Mateo y Triana.

—El nombre del niño sí lo habíamos hablado, pero… ¿Por qué se llama la niña Triana?

—Porque no sabes cuántas veces me planté delante de esa imagen para pedirle que todo saliera bien. Por si no te has dado cuenta, la capilla está justo detrás del hospital.

—No es que yo sea muy capillita, la verdad, pero, si recurriste a ella como tabla de salvación, no seré yo quien te diga nada. Además, mi madre estará encantada con ese nombre, con lo que le gusta su barrio.

—Eso es lo único que la ha alegrado, te lo aseguro.

A media tarde me trajeron algo de comer para comprobar si lo toleraba y lo devoré con unas ganas que no os podéis imaginar. Parecía uno de los concursantes de ese programa de televisión en el que los abandonan en una isla cuando ganaban una recompensa.

—Come despacio, cariño, o te sentará mal.

—Llevo cuatro meses sin comer, así que dime tú cómo esperas que lo haga.

—También llevas cuatro meses sin sexo y, viendo cómo estás devorando eso, miedo me da el día que salgas de aquí.

Soltamos una carcajada por la cara que puso al decirlo, aunque, la verdad, no iba demasiado desencaminado.

No quería preguntarle lo que tenía en mente, pero no me quedaba más remedio. Si no lo hacía, aquella duda se me quedaría enquistada para siempre.

—Quiero que me cuentes por qué estaba esa mujer en el ático y cómo terminó de aquella manera encima de ti.

—¿Crees que es necesario hablar de eso ahora?

—Sí, porque no podría seguir mirándote a la cara sin conocer la verdad. Y recuerda lo que me prometiste cuando volvimos: nada de mentiras.

—Está bien. Te lo contaré todo, sin ocultarte nada, tal como nos prometimos.

Rodrigo me explicó lo ocurrido desde el principio: desde la excusa que aquella mujer había utilizado para conseguir la reunión hasta cómo había provocado que el café se derramara sobre su blusa para forzar lo que sucedió después.

Y lo creí.

Capítulo 31

Libertad

Por fin me autorizaron las visitas y, si todo continuaba evolucionando igual de bien, a finales de semana me darían el alta. Estaba deseando que llegara Rodrigo, no porque no lo hubiera visto, pues no se había separado de mi cama durante toda la noche, sino porque vendría acompañado de nuestros hijos.

Tenía muchísimo miedo. Llevaban cuatro meses sin verme ni una sola vez y, si se ponían a llorar cuando intentara cogerlos, se me rompería el corazón. Aunque, por otra parte, era lógico que no quisieran estar conmigo, pues para ellos no era más que una desconocida.

La enfermera me había ayudado a levantarme y a sentarme en uno de los sillones. También me había aseado y ayudado a cambiarme de ropa, porque no soportaba verme con el camisón del hospital. Por suerte, mi hermana, que había acudido temprano antes de entrar a trabajar, me había traído una de las camisolas que utilizaba para estar en casa.

La puerta se abrió y no solo entraron mis hijos con su padre, sino que detrás de ellos aparecieron mis padres y mis suegros, con las lágrimas resbalándoles por las mejillas.

—Mi niña, qué ganas tenía de verte así, viva y despierta —dijo mi madre.

—Libertad, cariño mío, no sabes el miedo que hemos pasado —añadió mi suegra, abrazándome junto a ella.

—Lo sé, pero, si no os importa, ya hablaremos después de todo. Ahora quiero conocer a mis hijos —les dije.

Sé que quizá utilicé un tono demasiado duro para aquel momento, pero ninguna de las dos se había puesto en el lugar de mi pareja. Se habían dedicado a juzgarlo sin pensar en nadie más que en ellas mismas.

Tanto mi madre como mi suegra comprendieron que estaba molesta, pero no dijeron nada. Me dejaron vivir el momento que debería haber disfrutado cuatro meses atrás y del que el destino me había privado.

Rodrigo cogió primero a Mateo y lo acercó hasta mí con una sonrisa, mientras el niño no me quitaba los ojos de encima, como si estuviera analizándome.

—Mira, cariño, es mamá. Mateo, ella es mamá.

—Hola, mi amor. ¿Te vienes conmigo?

Extendí los brazos hacia él y no dudó en dejarse coger. No solo no lloró, sino que, cuando empecé a comérmelo a besos, soltó unas carcajadas como si me conociera de toda la vida.

—Y ahora es el turno de la princesa. Triana, mi vida, mira a mamá. ¿Te vas con ella?

Triana se lo pensó un poquito más. Se notaba que tenía locura con su padre, pero, cuando vio a Mateo sonriendo sobre mi regazo, terminó por dejarse coger también.

Hice lo mismo que con su hermano y me la comí a besos. Sin embargo, Mateo apartaba la cara de Triana y colocaba la suya para recibirlos él, haciendo que todos riéramos a carcajadas. Su padre, que se había dado cuenta de lo que hacía, no dudó en sacar el teléfono para grabarlo todo.

Estuvimos así durante un buen rato, hasta que los dos comenzaron a llorar. No lo hicieron porque estuvieran conmigo, sino porque había llegado la hora del biberón y se morían de hambre. Mientras yo intentaba consolarlos, su padre se encargó de prepararlos.

—¿Le das tú el biberón a uno y yo al otro? —me preguntó Rodrigo.

—Por supuesto, me muero de ganas de hacerlo.

—Entonces toma uno y dame al otro.

—Coge a Triana, que se nota que tiene locura contigo.

—No sabes tú bien cuánto. Es escuchar su voz y girar la cabeza como si estuviera poseída —dijo mi madre sonriendo.

—Es una cruz, qué le vamos a hacer. Le ocurre con todas las mujeres —respondí en tono de broma.

—Pues con la única que quiero que me pase es contigo.

Rodrigo se acercó a mí y, antes de coger a la niña, me dejó un beso en los labios. A Mateo no pareció gustarle demasiado, porque le dio un manotazo para que se apartara y después me cogió la cara para obligarme a mirarlo.

—Bueno, pues ya sabemos a quién prefiere Mateo de los dos.

—Toma, mi príncipe. Vamos a tomarnos el biberón.

Lo acomodé bien sobre mis brazos y comencé a darle el biberón, que se tomó con unas ganas inmensas. Parecía que llevaba varios días sin comer, aunque solo habían pasado unas horas desde la última vez.

Después, como necesitaban un cambio de pañal, me levanté con cuidado para ayudar. Las piernas todavía no me respondían demasiado bien, pues había pasado mucho tiempo en una cama y tendría que recuperar la fuerza poco a poco, pero me moría de ganas de hacer todo aquello que cualquier madre hacía por sus hijos.

Al terminar, sentamos a los dos en sus sillitas y no tardaron en quedarse dormidos. Entonces llegó el momento de explicarles a todos el motivo por el que Rodrigo había tomado aquella decisión.

—Bueno, ahora que ya estamos tranquilos, tengo que contaros algo y espero que no me interrumpáis hasta que haya terminado.

—Hija, ¿te ocurre algo? —preguntó mi padre.

—Sí, pero no es nada malo. Solo quiero aclarar una cosa.

—Pues somos todo oídos, cariño —dijo mi suegro, Gonzalo, quien parecía hacerse una ligera idea de por dónde iba el asunto.

Comencé a contarles la conversación que había mantenido con Rodrigo en la ambulancia durante el traslado al hospital y cómo le había hecho prometer que elegiría a los niños por encima de todo, aunque hacerlo le partiera el alma.

—Hijo, ¿por qué no nos dijiste nada? —preguntó mi madre.

—Porque no podía. Era una promesa entre ella y yo, y vosotros solo teníais que apoyarme, pero ninguno lo hizo.

—Por mi parte, tengo que pedirte perdón y espero que puedas perdonarme. Ahora entiendo el inmenso dolor que reflejaban tus ojos —le dijo mi padre, acercándose para abrazarlo.

—Por supuesto que os perdono a todos, pero eso no significa que el dolor de haberme visto solo no vaya a acompañarme durante toda la vida.

—Rodrigo, no sé ni qué decirte. Lo único que puedo prometerte es que, a partir de este momento, tomes la decisión que tomes, contarás con mi apoyo sin que te cuestione lo más mínimo —dijo mi madre.

—Te entiendo, mamá. Ahora que soy madre puedo comprender tu dolor, pero me gustaría preguntarte algo. Si tuvieras que elegir entre tu vida y la de mi hermana y la mía, ¿qué escogerías? —le pregunté.

Mi madre agachó la cabeza como si, por fin, hubiera comprendido lo que intentaba explicarle. Supongo que cualquier madre habría hecho lo mismo: dar la vida por todos y cada uno de sus hijos, aunque después no entendiera que ellos estuvieran dispuestos a hacer lo mismo por los suyos.

Al final, permanecieron allí durante gran parte del día. Cuando llegó la hora de marcharse, Mateo comenzó a llorar mientras extendía los brazos hacia mí, y aquello me rompió el alma.

Triana, por su parte, alternaba la mirada entre su padre y yo. Hacía pucheros, pero no terminaba de llorar. Era como si no supiera qué hacer para no lastimar a ninguno de los dos, y aquello me conmovió muchísimo.

Me abracé a ellos y les prometí que pronto estaríamos en casa los cuatro, como la familia que éramos. Os juro que sentí ganas de buscar al médico y solicitar el alta voluntaria, pero, si lo hacía, corría el riesgo de sufrir una recaída y perderme todavía más de lo que ya me había perdido.

Cuando me quedé sola en la habitación, lloré. No sabía si lo hacía porque era la única manera que había encontrado de desahogarme, por la pena de separarme de mis niños o por la alegría de que todo hubiera salido bien y pronto pudiera regresar a casa.

El caso es que pasé gran parte de la noche llorando sin poder detenerme, limpiando mi alma de todo lo que necesitaba sacar. Lloré por mí, por mis hijos e incluso por Rodrigo, que había tenido que tomar una de las decisiones más difíciles de su vida sin que le temblara el pulso al hacerlo.

Ahora que lo pensaba, había sido una egoísta al pedirle aquello porque, si la situación hubiera sido al revés y él me hubiera hecho prometer lo mismo, no sabía si habría tenido valor para cumplirlo ni para continuar viviendo sin él.

El cansancio provocado por el llanto hizo que me quedara dormida poco antes de que Rodrigo regresara, pero no me despertó. Se limitó a sentarse a mi lado, cogerme la mano y besarla, haciéndome sentir la mujer más querida de todo el planeta.

—Si sigues así, vas a gastarme la mano.

—Pues deja que te coja otra cosa y ya verás.

—Rodrigo, te amo.

—Yo también, mi vida, y no sabes cuánto.

—Siento haberte hecho pasar tanto miedo.

—Miedo, no, he sentido pavor. Pavor a muchas cosas: a que no volvieras a abrir los ojos, a que no vieras crecer a tus hijos, a no poder besarte nunca más…

Capítulo 32

Rodrigo

Por fin le habían dado el alta a Libertad y allí estaba yo con su ropa, una que había encontrado en el armario y que sabía que le quedaría grande, porque había perdido mucho peso. Ya me encargaría de que recuperara poco a poco los kilos perdidos.

A ella aquello le daba igual. Lo único en lo que pensaba era en volver a casa, estar con los niños y hacer una vida normal, como cualquier pareja con dos hijos. Y, siendo sincero, yo también lo necesitaba.

—Ya estoy lista, podemos irnos.

—Cariño, lo dices como si fuéramos a una gala en lugar de volver a casa.

—Uy, para mí, regresar después de tanto tiempo es mejor que ir a la gala de los Oscar.

—Lo entiendo, cariño. Para mí también es muy importante que vuelvas.

Me acerqué a ella, la cogí por la cintura y le di un beso como hacía mucho tiempo que no se lo daba, uno con el que quise demostrarle cuánto la había echado de menos.

Había hablado con todos, especialmente con su hermana y con Diego, y les había pedido que organizaran una fiesta de bienvenida en nuestra casa con toda la familia y los amigos. Allí le pediría matrimonio, porque no quería volver a sentir miedo de perderla nunca más.

También tenía pensado preparar algo en la playa, pues, en dos semanas, en cuanto terminara algunos asuntos que tenía pendientes, pensaba marcharme de vacaciones con ella y los niños. Después se lo comunicaría a todos.

Mi suegra me había contado que tenían una casita en la playa, en un pueblo de Huelva, y que la ponía a nuestra disposición. Sin embargo, todavía no había decidido si iríamos allí o a otro lugar que Libertad no conociera.

Había dejado el coche aparcado en la puerta del hospital y, al salir, no tuvimos que caminar demasiado para llegar hasta él. Sin embargo, antes quería comentarle algo, así que le propuse que fuéramos a desayunar a la cafetería.

—Amor, vamos a desayunar, que tengo algo que contarte.

—No me asustes, por lo que más quieras. Si vas a decírmelo aquí, seguro que temes que me dé otro yuyu.

—No digas tonterías, cariño. Es algo que nos incumbe a los dos, pero no es nada malo.

—Vaya, gracias por tranquilizarme.

Solté una carcajada porque mi Liber había vuelto. La misma persona que utilizaba la ironía como defensa y que se había ganado el cariño de todos sin dejarse pisotear por nadie, como debía ser.

Pedimos un desayuno completo para los dos y nos sentamos en una de las mesas de la terraza. Decía que estaba cansada de ver paredes y de que el único aire que hubiera respirado durante los últimos días fuera el acondicionado de la habitación.

—Liber, he tomado una decisión, pero necesito contar con tu aprobación.

—Tú dirás.

—Quiero vender el ático. No quiero que, por culpa de otro malentendido, volvamos a sufrir un disgusto.

—No seré yo quien te diga lo que debes o no debes hacer, Rodri, pero el argumento que me das es absurdo.

—¿Eso piensas?

—Sí. Imagínate que entro en tu despacho y me encuentro la misma escena. ¿También lo venderías?

—Pero no es lo mismo. Además, no pienso permitir que ninguna mujer que no seas tú vuelva a acercarse a mí de ese modo.

—Eso me deja de lo más tranquila, oye. ¿Tengo que suponer entonces que aquella vez sí se lo permitiste?

—Para nada. Me cogió completamente por sorpresa.

—Tú mismo me estás dando la razón, Rodrigo. No te deshagas del ático. Alquílalo si eso te deja más tranquilo, pero no lo vendas, porque no es lo que quieres.

—Está bien, lo alquilaré, pero con un contrato de larga duración y a una familia, a ser posible.

—También puedes incluir una cláusula que les imponga un voto de castidad y los obligue a ir a misa todos los domingos.

—¿Has desayunado ironía esta mañana?

—Qué va, si todavía no he tomado nada. Esto será lo primero que pruebe en todo el día, a menos que tú la hayas pedido como ingrediente extra.

Entre risas, fuimos hasta el coche, nos montamos y pusimos rumbo a nuestra casa, donde esperaba que ya estuviera todo preparado para recibirla y que los nuestros nos aguardaran en el jardín.

Les había pedido que dejaran los coches fuera de nuestra propiedad para que Libertad no sospechara nada. Los habían aparcado en el terreno de mi hermano, cuya casa estaba justo al lado de la nuestra.

La noté un poco desilusionada, como si hubiera esperado encontrarse allí con todos. Por eso le dije que fuera hasta la parte trasera del jardín, donde seguramente estaría su hermana con los niños.

—¡Alegría! Ya estoy aquí. ¿Dónde están los niños?

—Estamos aquí. Corre, ven —le contestó ella, y tuve que contener la risa.

Le puse una mano en la parte baja de la espalda para acompañarla hasta donde sabía que nos esperaban todos y, efectivamente, allí estaban. Ale había decorado el jardín con globos dorados y manteles del mismo color, dándole al conjunto un aspecto de lo más elegante.

Cuando mi chica los vio, una sonrisa se dibujó en su rostro y un brillo de ilusión iluminó su mirada, haciéndola todavía más bonita de lo que ya era.

—¿Pensabas que no estaríamos aquí para recibirte? —preguntó mi madre con Mateo en brazos, quien se lanzó hacia la suya.

—Pues, siendo sincera, la verdad es que no —respondió mientras cogía al niño.

—Eso no ocurriría ni en mil vidas, hermanita. Parece que no conoces a esta gente, que no se pierde un sarao ni muerta.

—Venga, que tenemos mucho que celebrar. Vamos a poner música —dijo Diego, acercándose para darle un beso en la mejilla.

Estuvimos charlando durante un buen rato, bailando y tomando el aperitivo que Alegría y Diego habían preparado. En un momento determinado, y con la complicidad de mi cuñada Marta, la música cambió por una melodía más romántica.

—Ven, mi amor. Dale el niño a tu hermana y vamos a bailar.

—¿Ahora?

—Claro, hija, ahora. Dame a Mateo —dijo Alegría, cogiéndolo de sus brazos.

Nuestro hijo, al ver que su madre lo soltaba para venir a bailar conmigo, comenzó a llorar. Sin embargo, su tía y Dary, como si el niño pudiera entenderlos, consiguieron tranquilizarlo susurrándole algo al oído.

Estaba sonando nuestra canción, aquella que bailamos la primera vez que nos conocimos y que también sonaba en la discoteca la noche que terminamos juntos.

Cuando la melodía bajó de intensidad, le di una vuelta y, al quedar de nuevo frente a mí, me arrodillé, saqué el anillo del bolsillo y la dejé con la boca abierta.

—Libertad, sé que hemos empezado la casa por el tejado, como tú sueles decir, pero ha llegado el momento de colocar las flores, y no precisamente en el jardín.

—No, cariño, lo de plantar la semillita ya lo habéis hecho, y mira las dos preciosidades que tenemos aquí —dijo Víctor con su característico sentido del humor.

—Calla, coño, y deja hablar a mi cuñado, a ver si nos vamos de boda de una puñetera vez —le dijo Marta, quien, desde que se había alejado de su familia, se mostraba más natural que nunca.

—Como iba diciendo, y esperando que no haya más interrupciones…

—Hermano, ve al grano, que ya me duelen las manos de grabar —dijo Alonso.

—Vale, vale, voy a lo importante. Libertad, ¿me harías el honor de pasar el resto de tu vida a mi lado y convertirte en mi mujer?

—Sí, sí y mil veces sí —respondió ella.

Nos fundimos en uno de esos besos que te dejan las piernas temblando, como solían decir Víctor y mi propia chica, aunque con el llanto de Mateo como banda sonora. Comenzamos a reírnos porque el niño no soportaba ver que su madre se acercaba a mí.

Mi chica cogió a nuestro hijo, que se aferró a su cuello como si temiera que fueran a arrebatársela, y se sentó junto a mi madre y mi suegra. Les enseñó el anillo con la misma fascinación con la que Gollum contemplaba el suyo en *El Señor de los Anillos*.

Mi cuñada Alegría se acercó a mí y, con mucho disimulo, me llevó aparte. Supe que se le había ocurrido algo y que debía de ser una auténtica bomba, a juzgar por su expresión de pillina.

—Tengo que contarte un plan. Para la boda, digo.

—Eso tendrás que hablarlo con tu hermana, no conmigo, que es quien entiende de esas cosas.

—Ni hablar, porque ella no tiene que enterarse. Será un secreto hasta ese día…

Alegría me explicó que conocía a la perfección la boda soñada de su hermana, pues habían hablado de ella infinidad de veces: del vestido, la ceremonia, los invitados e incluso la fecha. Estaba dispuesta a organizarlo todo para que fuera una sorpresa y, sinceramente, me pareció una idea fantástica.

Capítulo 33

Rodrigo

Habían pasado varias semanas y ya estábamos en la casa de la playa, aunque no en la de sus padres, porque aquella la habían ocupado Alegría y Diego junto con sus respectivas parejas.

No lo habían hecho a mala leche, sino por necesidad, pues tenían que prepararlo todo para nuestra boda, una de la que la novia no tenía ni la más remota idea.

Organizarlo había sido toda una odisea, pero mi cuñada tenía tanto arte que Libertad ni siquiera sospechó lo que estaba ocurriendo. Empezando por el vestido. Aquel día tuve que marcharme al jardín, porque el ataque de risa que me entró amenazaba con arruinarlo todo.

Alegría apareció en casa con un vestido de novia que no podía ser más feo y con la excusa de que una de sus clientas había adelantado la boda por un problema familiar, pero no podía acudir a la prueba.

—Liber, por favor, tienes que probártelo y dejar que la modista haga los arreglos sobre tu cuerpo.

—Ale, no puede ser. Cada mujer tiene un cuerpo distinto y sabes que, aunque me lo ponga y me ajuste el ancho, puede que después a ella no le quede bien.

—Pero ya tendremos mucho adelantado. Por favor, por favor…

—Está bien, no me cuesta nada hacerlo. Dile que venga.

—No, si está en la puerta esperando a que dijeras que sí.

El vestido era horrible, pero ella estaba preciosa vestida de novia. Según su hermana, debajo de toda aquella tela espantosa llevaba el forro del vestido de verdad, que serviría de base para tomarle las medidas del que luciría el día de nuestra boda.

Tres días después, Alegría me avisó de que el vestido ya estaba listo y de que la modista de la tienda de novias le había puesto un cierre de corsé por si Libertad engordaba un poco antes de aquel día.

Otra de las cosas que había preparado era un arco de flores en la playa privada de la casa familiar y una alfombra que iría desde las escaleras hasta el altar, situado bajo el arco.

A ambos lados de la alfombra colocarían las sillas de los invitados. No seríamos muchos, unas quince o veinte personas, las justas y necesarias para acompañarnos, sin gente de relleno ni nadie que estuviera allí por compromiso.

El día anterior había ido a comprarme un traje de chaqueta, aunque no era el típico de novio. Según mi cuñada, como la boda se celebraría en la playa, debía ser de un color claro y, por supuesto, tendría que ir descalzo.

Escogí uno de lino beige, un tejido muy fresco y veraniego, con una camisa blanca y sin corbata. Nuestros hijos irían vestidos del mismo color que yo y sus trajes eran para comérselos. Tan pequeños que parecían ropa de muñecos.

Todos estaban al corriente de la sorpresa y habían preparado una coartada para aquel día. Alegría le había hecho creer a Libertad que debían acudir a una reunión importante en la casa familiar. Yo, para no cruzarme con ella mientras ultimaban los preparativos de la boda, me llevaría a los niños a la casa en la que se alojaban nuestros padres.

—¿Se lo ha tragado? —preguntó mi suegra.

—Espero que sí, porque, si no, me corta las pelotas.

—Bueno, eso tampoco sería tan malo, porque así no tendríais más hijos. Como vengan otros dos… —dijo mi hermano, haciéndose el gracioso.

—Pues, si vienen otros dos, ya tendremos cuatro.

—Claro, como tú no tienes que parirlos… Yo ya se lo he dicho a tu hermano: hasta que no se me olvide el parto, no vamos a por el segundo. Y créeme cuando te digo que tardaré mucho en olvidarlo —dijo Marta.

Solté una carcajada al ver la cara de mi hermano, que intentaba convencerla para que empezaran a buscar al segundo y no se llevara demasiados años con el pequeño Alonso.

Sabía por qué lo hacía. Nosotros lo habíamos pasado muy bien juntos cuando éramos pequeños y habíamos sido un gran apoyo el uno para el otro al crecer.

Por suerte, mis hijos tendrían algo parecido. Al ser mellizos, podrían vivir las mismas aventuras juntos, aunque ya comenzaban a apreciarse las diferencias entre sus personalidades. Mateo era más tranquilo, mientras Triana se mostraba más independiente.

Libertad

Todo el asunto de la casa me resultó muy extraño, porque mi hermana jamás me habría hecho algo así. No me la habría quitado sabiendo cuánto necesitaba estar allí, lo mucho que me gustaba aquella casa y pasear por su pequeña playa, pero no quise darle más vueltas.

Quizá lo hubiera organizado desde antes y no hubiera contado con que yo también querría pasar allí unos días. Sin embargo, lo que más me chirrió fue que me llamara para decirme que teníamos una reunión importante a la que no podía faltar.

—No te preocupes. Mientras tú estás en la reunión, yo iré con los niños a casa de nuestros padres.

—¿No te vas a enfadar porque trabaje estando de vacaciones?

—Cariño, hay cosas que no se pueden eludir, por mucho que queramos.

Me dejó un beso en los labios y salió de allí empujando el cochecito en el que iban los dos niños. Ni siquiera Mateo lloró por marcharse sin mí y os juro que aquello no me cuadraba en absoluto.

Cuando llegué a la casa familiar, había mucho más jaleo del que esperaba. Varias personas que no conocía pululaban por allí, entrando y saliendo del jardín. Miré a mi hermana, que me respondió con una sonrisa, y, al ver lo que colgaba de la lámpara, comprendí lo que sucedía.

—¿En serio? No puedo creerlo.

—Pues créetelo, hermanita, porque dentro de un par de horas te casas con el amor de tu vida.

—Te has acordado de todo…

—Lo hemos hablado tantas veces que podría haber organizado tu boda con los ojos cerrados. Pero venga, vamos, que al final no nos dará tiempo.

Allí estaba el vestido de mis sueños, colgado de la lámpara. Mi hermana me aseguró que Rodrigo no lo había visto. Además, una peluquera y una maquilladora me esperaban para ayudarme a prepararme.

El vestido era de corte sirena, sin apenas cola y con la espalda descubierta. Por delante tenía un escote en pico no demasiado pronunciado y unos tirantes finos que se cruzaban en la espalda. Era muy sencillo, pero realmente precioso.

La peluquera se encargó de marcar mis rizos naturales y recogió la parte delantera en dos trenzas que se unían por detrás para dejar mi espalda al descubierto. Después las adornó con pequeñas flores.

La maquilladora optó por algo muy sutil. Resaltó mis labios con un rojo que daba a mi boca un aspecto de lo más apetecible, aplicó un poco de máscara de pestañas y utilizó una sombra de ojos en tonos naturales.

Cuando salí al jardín y bajé las escaleras que conducían a la playa, no podía creer lo que estaba viendo. Era mi sueño hecho realidad: el arco de flores, la alfombra, toda aquella gente reunida allí…

Pero lo que más me emocionó fue ver a mi futuro marido esperándome descalzo frente al altar. Nuestros niños estaban junto a él, vestidos del mismo color que su padre y con aquellas caritas tan bonitas que tenían.

Llegué a su lado del brazo de mi padre, por supuesto, quien me acompañó hasta el altar de lo más orgulloso. Allí vi que tanto Rodrigo como mi suegra, que ejercía de madrina, eran incapaces de contener las lágrimas.

—Estás preciosa, mi vida.

—Tú sí que estás guapísimo, cariño.

—Si no os importa, dejemos los halagos para cuando termine la ceremonia —dijo mi cuñado, que era quien iba a casarnos.

La ceremonia fue de lo más emotiva, sobre todo cuando nuestros amigos subieron al estrado para dedicarnos unas palabras que nos arrancaron más de una carcajada, pero también alguna que otra lágrima.

La intervención que más me sorprendió fue la de Marta. Dijo que yo me había convertido en una persona fundamental en su vida porque había empezado siendo la organizadora de su boda y había terminado abriéndole los ojos sobre quién debía permanecer a su lado y quién no.

Después llegó el momento de los votos, que mi cuñado se encargó de conducir con su particular sentido del humor y que nos sacó más de una carcajada.

—Señorita Libertad Santana, ¿sería usted tan amable de quitarme de encima a mi hermano gemelo, ese al que confundió conmigo y que casi me arruina la boda?

—Por supuesto, señor Dávila. Me lo quedo para mí solita.

—Señor Rodrigo Dávila, ¿sería usted tan caballeroso como para quedarse con esta señorita, que casi me busca la ruina y que me ha dado los dos sobrinos más maravillosos del mundo?

—Sí, señor Dávila. Me la quedo para mí solito.

—Entonces, que lo que he unido yo no venga ningún gilipollas a joderlo.

A aquellas alturas, todos llorábamos de la risa. Entre abrazos y besos, subimos al jardín, donde los camareros nos esperaban con una mesa repleta de deliciosos manjares.

Epílogo

Diez años después…

Libertad

—Mamita preciosa, que dice tu querida hija que no consigue peinarse y que si puedes ayudarla a hacerse una trenza —me dijo mi hijo, tan zalamero como siempre.

—Dile que termine de vestir a tu hermano y ahora mismo voy.

—¡Triana, dice mamá que te esperes, que ahora va! —gritó desde la puerta de la habitación del pequeño Yarey.

Uy, se me olvidaba que a este no lo conocéis, pero eso tiene fácil remedio: os lo cuento y listo.

Veréis, la familia había crecido y ya teníamos cuatro hijos. Bueno, después del nacimiento de Yarey habíamos decidido cerrar definitivamente la fábrica.

No os asustéis, que no habían venido otros dos de golpe. Esta vez fueron llegando de uno en uno, despacito y sin prisas. Después de los mellizos llegó Luca, que ya tenía siete años, y hacía unos meses habíamos completado la familia con mi pequeñín, Yarey.

Éramos incluso más felices que antes, si es que eso era posible. Nuestros hijos habían venido a colmarnos de amor y risas porque lo que no se le ocurría a uno se le ocurría al otro.

Triana seguía siendo la princesita de su padre y, al ser la única niña, todavía más. Perdía pie por él, igual que Rodrigo por ella. Solo necesitaba dedicarle una sonrisa y una mirada pícara para que cayera rendido a sus pies.

Sé que muchas madres me entenderéis porque, aunque quería a todos mis hijos con toda mi alma, Mateo era mi debilidad.

Para él siempre estaba preciosa y no dudaba en darme un beso y un abrazo cada vez que pasaba por mi lado. Sus «te quiero» eran los más bonitos del mundo, algo que no habría cambiado por nada.

Aquel día íbamos a la boda de dos de nuestros mejores amigos, Víctor y Diego. Después de una década viviendo juntos, habían decidido dar el paso y estarían acompañados por todos nosotros, que éramos su familia.

Mi cuñado volvía a ejercer de maestro de ceremonias, pues, después de casarnos a su hermano y a mí, le había cogido el gusto. Podía hacerlo porque, cuando se desvinculó profesionalmente de su suegro y, como tenía algunos ahorros, decidió prepararse las oposiciones a notario.

Había conseguido plaza y abierto una notaría junto al despacho de mi marido. Aunque ejercían profesiones diferentes, ambos se habían hecho un hueco importante en el ámbito jurídico de la ciudad y colaboraban siempre que podían.

Marta, esa que decía que tenía que olvidarse del parto antes de pensar en otro hijo, debía de tener la misma memoria que Dory, la de *Buscando a Nemo*, porque, pocos meses después de pronunciar aquellas palabras, volvió a quedarse embarazada.

Y, ¡oh, sorpresa!, fueron gemelas. Dos niñas a las que llamaron Libertad y Felicidad. Una llevaba mi nombre y, para la otra, habían cambiado un poco el de mi hermana, de modo que no fueran dos calcos exactos nuestros.

Pero la cosa no terminó ahí, ni mucho menos.

Un año después, Marta volvió a quedarse embarazada, aquella vez de mellizos: un niño y una niña a los que llamaron Rodrigo y Gala. Después de aquel parto, mi cuñada le dijo a su marido que, o se la cortaba, o no volvía a tocarla ni con un palo.

Se lo soltó en el mismo paritorio, justo cuando le pusieron al pequeño Rodrigo en los brazos y sin que hubieran terminado todavía de darle los puntos, haciendo que todos se rieran por la manera en la que le habló a su marido.

Dary también había encontrado pareja entre uno de sus clientes, aunque no se había casado. Decía que no creía en la institución del matrimonio, que estaban mejor así porque, si algún día se terminaba lo suyo, cada uno cogería sus cosas, se iría a su casa y santas pascuas.

Sí, sí, lo sé, muy romántico, mi amigo. Sin embargo, él aseguraba que la vida lo había llevado a pensar de aquella manera, con los pies en la tierra y sin permitir que nadie le hiciera cambiar de opinión.

Mi hermana y Jaime tampoco se habían casado todavía. Solo tenían un hijo, Gonzalo, que había cumplido cuatro años y era la debilidad de todos. Gonzalo nació con síndrome de Down y, aunque al principio tanto su madre como su padre lloraron muchísimo cuando recibieron la noticia, ahora no lo cambiarían por nada del mundo.

Era un niño cariñoso, amable y de lo más educado, como pocos había conocido, y tenía mi corazón lleno de amor. Bueno, el mío y el de todos los que lo conocían, en especial el de mi marido.

Era su ojito derecho entre todos los sobrinos y no sería la primera vez que lo traía a casa para que mi hermana y Jaime pudieran disfrutar de un fin de semana de descanso. Quererlo con locura no impedía que la crianza fuera agotadora y que sus padres necesitaran desconectar de vez en cuando.

Los padres de Marta habían desaparecido del mapa y ni siquiera conocían a sus nietos. Su madre decía que su hija se había equivocado al escoger marido, que quien parecía el yerno perfecto se había convertido en un chabacano.

A mí ni siquiera me nombraba porque nunca fui santo de su devoción, eso era innegable. Desde que organicé la boda de su hija y mi cuñado y le dije las cuatro verdades que nadie se había atrevido a soltarle, me convertí en persona non grata para ella. Aunque a mí me daba exactamente igual, porque ni comía ni dormía con aquella mujer.

Y allí estábamos, en el jardín del hotel en el que Marta y Alonso habían celebrado su boda. Sin embargo, aquel día quienes se casaban eran Diego y Víctor, y yo ejercería como una de las madrinas.

Concretamente, sería la madrina de Diego, como no podía ser de otra manera. Tenía que subir a la habitación en la que mi amigo se estaba vistiendo para acompañarlo hasta el altar del brazo. La otra madrina era mi hermana, con quien Víctor había conectado desde el primer momento.

—Papá, ¿has visto lo preciosa que está mi madre? —le dijo Mateo a su padre.

—Hijo, voy a terminar teniendo celos de ti.

—¿Qué dices, papi? Pero si yo tengo novia. Se llama Clarita y va a mi clase.

—Anda, mira, y yo sin enterarme —dije, fingiendo indignación.

—Mamita, es que no quería romperte el corazón. No quería que te pusieras triste porque compartiera mi amor con otra mujer —me contestó.

—¿Has escuchado a tu hijo? —me preguntó mi marido, doblado de la risa.

—Y tanto que lo he escuchado, pero prefiero hacer oídos sordos. Voy a buscar a mi amigo para que no llegue tarde al altar.

Minutos después, Diego y yo ya estábamos en el altar, esperando a que llegaran mi hermana y Víctor, que no tardaron ni cinco minutos en aparecer. Los dos estaban guapísimos y la boda fue de lo más emotiva.

La forma en la que se miraban, la complicidad que existía entre ellos desde el primer día en el que se conocieron y aquella llama que continuaba viva a pesar de los años hicieron que una lágrima resbalara por mi rostro.

—Uf, cuando te he visto junto al altar, tan guapa con ese vestido, me han entrado ganas de gritar «sí, quiero» otra vez —me dijo mi marido.

—Pues menos mal que te has contenido, porque lo mismo Diego o Víctor pensaban que querías casarte con uno de ellos. Y bastante tienes ya conmigo como para que te acusen de bigamia.

—Tú eres la única mujer con la que me casaría una y mil veces. Además, tengo una sorpresa para ti.

—¿Otra sorpresa? La última vez que me dijiste algo así fue para enseñarme los resultados de la analítica que confirmaba que estaba embarazada.

—Desde que me hice la vasectomía, esa posibilidad ya no me da miedo, así que tranquila. No tiene nada que ver con un embarazo.

—Entonces, suéltalo ya, porque cada vez que anuncias una sorpresa me pongo a temblar.

—Nuestros padres se quedarán con los niños esta semana y se los llevarán a la playa. Como, además, hemos dejado el trabajo en buenas manos, nos iremos a Roma tú y yo solos, como una segunda luna de miel.

—¿En serio? ¿Una semana entera solos?

No le dio tiempo a responder porque, en aquel momento, vimos a Jaime arrodillado delante de mi hermana mientras Gonzalo sostenía una cajita con un anillo de compromiso. Mi cuñado le estaba pidiendo matrimonio y ella, como era lógico después de tanto tiempo, le dijo que sí.

No pude contenerme. Miré a Rodrigo y, con una sonrisa, me dirigí hacia él, que ya esperaba que soltara una de las mías.

—¡Vámonos de boda, cariño mío!

Puedes encontrarme en:

Facebook: Martina Leiva
Instagram: @martina.leiva.escritora